

# HERENCIA ENVENENADA

A photograph of a woman's legs from the knees down, wearing black high-heeled sandals with thin straps. She is sitting on a plush, red, textured surface, possibly a rug or bedspread. The lighting is dramatic, highlighting the contours of her legs against a dark background.

Por Fernando Neira  
(GOLFO)

No quería saber nada de mi padre, lo odiaba. Pero aun así, acepté su dinero

# HERENCIA ENVENENADA

Por Fernando Neira

HERENCIA ENVENENADA

© L.F.S.B.

Editado por sexomio.com

FOTO PORTADA POR LEANDRO DE CARVALHO en Pixabay.

Impreso en España 2018 Internet:

**Todos los derechos reservados.**

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización del propietario del copyright, bajo las sanciones previstas en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía o el tratamiento informático y su distribución.

## íNDICE

[Introducción](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[FIN](#)

# Introducción

Inmerso en el día a día de la oficina, mi secretaria me preguntó si podía recibir a mi abogado. Conociendo al sujeto, comprendí que esa visita no programada debía ser urgente, de no ser así, Manuel hubiese pedido cita. Sabiéndolo, pedí a Lara que lo hiciera pasar.

—¿A qué se debe este placer? —pregunté nada más verle.

Bastante nervioso contestó que venía a cumplir el deseo póstumo de un cliente y antes que pudiera reaccionar, me informó que mi padre había fallecido.

No supe qué decir ni qué hacer porque a la sorpresa de la noticia se unía un total desprecio por esa figura paterna que nos había abandonado a mi madre y a mí, siendo yo un niño. El rencor que sentía por él no menguó al saber que había muerto y por ello esperé sentado a que me informase de su encomienda.

—Tu viejo me contrató hace dos años para servir de albacea porque se temía que una vez supieras que te había nombrado su heredero renunciaras por despecho.

—Y tenía razón, no quiero nada de ese hijo de perra. Cuando lo necesité, no estaba y ahora que soy rico, no lo necesito —respondí con ganas de soltarle un guantazo por tener la osadía de haberle aceptado como cliente.

—Lo sé y además comparto tu punto de vista —contestó consciente del odio visceral que sentía por mi padre porque no en vano además de mi abogado, Manuel era un buen amigo— pero creo que antes de tomar cualquier decisión debes saber las consecuencias de ese acto.

Por su tono supe que era mejor escuchar qué tenía que decirme y deseando acelerar ese trámite, le pedí que se explicara:

—Aunque teóricamente don Ricardo os dejó cuando tenías apenas seis años y que según tú muchas veces me has comentado nunca hizo nada por ti ni por tu madre, tengo documentos que demuestran que eso no es cierto. Tu padre no solo financió tu educación, sino que sus compañías fueron las que te apoyaron cuando necesitabas un inversor para hacer realidad tus sueños.

—Desconozco que te traes entre manos, pero puedo asegurarte de que no tuvo nada que ver. Estudié con una beca de una farmacéutica suiza que fue la misma que entró como accionista cuando fundé esta empresa.

—Dolbin Farma, ya lo sé— replicó y sacando unos papeles de su maletín, me soltó: —Aunque no era del conocimiento público, él era el dueño y se

aseguró que recibieras toda la ayuda que necesitaras de su organización sin que nadie te revelara quien estaba detrás de ese conglomerado.

—¿Me estás diciendo que ese malnacido era millonario y que maniobró a mis espaldas para que nunca me enterara?

—Así es... no me preguntes sus motivos porque no los sé, pero lo que si tengo claro es que también era el propietario de Manchester Investment, la compañía con la que te acabas de fusionar.

Impresionado por esas noticias, me tomé unos segundos antes de contestar:

—Aun así, no quiero nada, que se meta por el culo su herencia.

Tomando un sorbo de agua, Manuel respondió:

—Será mejor que estudies antes su testamento. Si te niegas a aceptar lo que te deja, Antonio Flores será su heredero y con ello se convertirá en el accionista mayoritario de todo lo que has creado.

«Nadie más que un ser retorcido podría haber planeado algo así», pensé al escuchar que mi mayor enemigo, el tipo con el que llevaba en guerra casi diez años se convertiría en mi jefe si me negaba a aceptar su herencia y con un cabreo de narices, arrebaté el testamento de las manos de Manuel.

«No puede ser», exclamé en mi mente al leer todos los bienes que poseía ese indeseable, pero también al comprobar que mi abogado no había mentido cuando me hizo saber que, en la sombra, mi viejo había sido mi mayor socio desde que fundé mi empresa.

Enfrentado al dilema de aceptar algo de ese maldito o verme en la calle, seguí leyendo y casi al final descubrí que había puesto como condición necesaria para heredar que me comprometiera a vivir durante seis meses en un rancho en el suroeste mexicano y hacerme cargo de por vida de su mantenimiento, ¡con la prohibición expresa de venderlo!

Asumiendo que era una especie de trampa de ese cretino, pregunté a Manuel si sabía algo de esa finca.

—Solo sé que tu viejo vivía ahí, pero nada más.

—¿Cuándo tengo que contestar? —pregunté asumiendo que no me quedaba más remedio que viajar allí en cuanto pudiera.

—Tienes de aquí a un año, pero antes que transcurra ese plazo si al final aceptas, debes cumplir la condición de vivir ahí el periodo estipulado. Mientras tanto seré yo quien administre todo en su nombre— dijo mi amigo mientras guardaba todos los papeles en su maletín...

# Capítulo 1

Soltero y sin cargas personales, un mes después había organizado mi partida hacía la trampa urdida por mi progenitor y digo progenitor porque me niego a catalogarlo como padre porque nunca ejerció como tal. Mi ausencia tan dilatada me había obligado a dejar todos los asuntos de mi empresa bajo la dirección de mi mano derecha y eso me incomodaba.

La noche anterior a mi viaje, me fui con un par de amigos de juerga y suponiendo que en el “exilio” tendía pocas ocasiones de disfrutar de los placeres de la carne, tras la cena insistí en ir a un tugurio de mujeres alegres.

Mis acompañantes apenas pusieron objeción a mi capricho, de forma que directamente fuimos a uno de los puteros más famosos de Madrid. Lo malo fue que ya una vez dentro del burdel, perdí todo el interés al preguntarme uno de ellos cómo me había afectado lo del difunto.

—Ese capullo no existía para mí —respondí.

Pero lo cierto fue que por mucho que las meretrices intentaron vaciar nuestras carteras, al menos con la mía no lo consiguieron. Ya en el avión que me llevaría a cruzar el charco, me puse a pensar en mi destino y tengo que reconocer que odiaba todo lo referente a mi viaje. Incluso el nombre que el difunto había elegido para el rancho me escamaba y me jodía por igual.

«Solo a un imbécil se le puede ocurrir poner “el futuro del hombre” a una finca», murmuré mientras revisaba el itinerario que me llevaría hasta allí.

La información que había podido recolectar sobre esa hacienda no era mucha, aparte de unas fotos sacadas de Google Maps donde aparecía una mansión típicamente indiana y de la descripción de las escrituras, no sabía nada más.

«¿Qué se le habrá perdido ahí?», me preguntaba.

Me resultaba difícil de entender su importancia, algo debía tener para que un hombre tan rico como había sido ese cretino lo pusiese como condición indispensable para aceptar su herencia.

Me constaba que no era el valor económico porque ciento cincuenta hectáreas de selva montañosa no era algo representativo del total de su dinero, por lo que debía ser otra cosa. Y considerando que ese malnacido era incapaz de albergar sentimiento alguno en vida, tampoco creía que tuviese un valor afectivo.

«Una puta encerrona, eso debe ser», sentenció cabreado al saber que no me podía escabullir, pero también que iba preparado para no caer en ella.

«Seis meses, acepto su herencia y vuelvo a Madrid», me dije mientras me abrochaba el cinturón de seguridad de mi asiento.

Durante las once horas de viaje apenas pude dormir porque, cada vez que lo intentaba, el recuerdo de las penurias que ese cabrón había hecho pasar a mi madre volvía a mi mente. Por ello, al bajarme del avión, tenía un cabreo de narices y dado que Manuel había organizado que una persona de su confianza me recogiera en el aeropuerto, tuve que hacer el firme propósito de no demostrar de primeras mi disgusto por estar en ese país perdiendo el tiempo cuando tenía mucho trabajo en España.

Acababa de pasar la aduana mexicana cuando de pronto escuché mi nombre. Al darme la vuelta, me encontré de frente con una impresionante morena que reconocí al instante por haber asistido a un par de conferencias suyas.

—Doña Guadalupe... ¡qué casualidad encontrarme con usted! —exclamé bastante cortado por el hecho que esa eminencia en terapias génicas me hubiese reconocido, no en vano solo había cruzado un par de palabras con ella.

Para mi sorpresa, Guadalupe Cienfuegos respondió:

—No podía ser de otra forma. En cuanto me enteré de que el hijo de don Ricardo venía a comprobar el estado de nuestras investigaciones, insistí en recibirle en persona.

Totalmente fuera de juego, me la quedé mirando y molesto por haber mencionado mi relación de parentesco con ese capullo sin alma, contesté:

—No sé de qué habla. Mi intención en este viaje es cumplir con las directrices del testamento y me temo que eso no tiene nada que ver con sus investigaciones. Vengo a una finca que fue de él y que por alguna causa quiere que conozca antes de aceptar o no ser su heredero.

Con una enigmática sonrisa, ese cerebro con tetas replicó:

—El futuro del Hombre no es una finca. Es el laboratorio de ideas que su padre creó con la intención de explorar nuevas técnicas, alejado del foco de los periódicos y de la lupa de los gobiernos.

—¿Qué tipo de estudios o ensayos hacen ahí? —pregunté sintiéndome engañado.

Mirando a su alrededor como si comprobara que no había nadie escuchando, contestó:

—No estamos en un área segura. Espere a que estemos en el helicóptero para ser más explícita. Solo le puedo decir que de tener éxito la empresa



¡usted cambiará la historia de la humanidad!

Por lógica que envolviera sus estudios en tanto misterio me debía de haber preocupado, pero lo que realmente me sacó de mis casillas fue enterarme que íbamos a usar ese medio de transporte para llevarnos a nuestro destino. Hoy seguramente me hubiese negado, pero la vergüenza a reconocer mi fobia ante esa mujer fue mayor que el miedo cerval que tenía a ese tipo de aparato. Por eso dejé que me condujera sin decir nada a un helipuerto cercano mientras interiormente me llevaban los demonios.

Aun así, mi nerviosismo no le pasó inadvertido y al ver las suspicacias con la que miraba el enorme Eurocopter posado en tierra, comentó:

—Está considerado el más seguro de su especie.

Si intentó tranquilizarme con su sonrisa no lo consiguió y cagándome en el muerto por enésima vez, me subí al bicharraco aquel. Una vez dentro, tengo que reconocer que me impresionó tanto el lujo de su cabina como la sensación de solidez que transmitía, nada que ver con las cajas de zapatos en las que había montado con anterioridad.

Más calmado me senté en uno de los asientos y deseando que el mal rato pasara pronto, pregunté cuanto iba a durar el viaje.

—Casi dos horas —comentó Guadalupe mientras se ajustaba el cinturón de seguridad.

Ese sencillo gesto provocó que me fijara en ella y contra todo pronóstico me puse a admirar su belleza en vez de estar atento al despegue. Y es que no era para menos porque esa mujer además de tener un cerebro privilegiado poseía otros dones que eran evidentes.

«Está buena la condenada», me dije mientras recorría disimuladamente sus piernas con la mirada.

Morena de ojos negros y pelo rizado, la señorita Cienfuegos era una preciosidad de casi uno ochenta muy alejada del estereotipo que tenemos los europeos de las mexicanas porque a su gran altura se le sumaba unos pechos generosos, una cintura estrecha, con la guinda de un trasero duro y bien formado, todo lo cual la hacía ser casi una diosa.

«No me importaría darme un revolcón con ella», pensé mientras intentaba recordar quien me la había presentado en el congreso farmacéutico de Londres.

«¡Fue Manuel!», exclamé mentalmente al percatarme que era demasiada casualidad que mi abogado fuera también el de mi padre y que encima conociera a esa mujer.

Asumiendo que mi amigo me debía otra explicación al resultar que no había sido algo casual, sino que premeditado, me abstuve de comentarlo y en vez de ello le pedí que me explicara qué hacían en nuestro destino.

—Consciente que el futuro de la industria estaba en el estudio de los genes y sus aplicaciones en el ser humano, su padre reunió un conjunto bastante heterogéneo de científicos con los que buscar sin ninguna cortapisa las soluciones que siempre han acosado al hombre —contestó en plan grandilocuente.

Con la mosca detrás de la oreja, insistí en que fuera más concreta y entonces fue cuando esa mujer dejó caer la bomba en forma de pregunta:

—¿Ha oído hablar de la “Turritopsis Nutricula”?

—Cualquiera que trabaje en la industria farmacéutica conoce esa medusa —respondí con los pelos de punta al saber por primera vez cual era el objeto de tanto secretismo.

—Entonces sabrá que es el único animal que no muere de viejo y que es técnicamente inmortal porque es capaz de revertir su envejecimiento.

«No puede ser que gastara su dinero en esa entelequia», sentenció convencido de que era imposible reproducir en el ser humano ese proceso en el que, al llegar a su madurez sexual, en vez de originarse un deterioro irreversible, los miembros de esa variedad se ven afectados por una adolescencia al revés y comienzan un proceso de rejuvenecimiento hasta que el sujeto vuelve a ser una especie de bebé.

Resumiendo, en mi cerebro lo que sabía de la medusa, pensé:

«De una forma similar en que una serpiente pierde su piel sin dejar de ser ella misma, los Turritos se renuevan completamente, ¡manteniendo su identidad como individuo!».

La expresión de mi rostro, mitad estupefacción y mitad recochineo, la hizo reaccionar y adoptando un tono defensivo, me soltó:

—Como comprenderá no queremos llevar al límite ese proceso, pero queremos aprender de él para alargar la vida humana.

—En pocas palabras quieren conseguir la inmortalidad.

Sin cortarse en lo más mínimo, esa doctora en medicina replicó:

—Ese es el fin último, pero nuestros objetivos son más humildes. Nuestra prioridad es ralentizar el deterioro neuronal y conseguir la regeneración de miembros amputados o enfermos.

Que reconociera el buscar esa quimera sin ruborizarse, me extrañó. De decirlo en un entorno académico hubiera sido tachada irremediabilmente de

charlatana o lo que es peor de estafadora.

Aun así, insistí en el tema:

—Me imagino que están estudiando como consiguen transformar sus células a través de la transdiferenciación, pero como sabrá en la naturaleza solo se da en animales que pueden regenerar órganos o extremidades.

—Así es y la razón de centrarnos en esas medusas se debe a que los Turritos son los únicos que lo aplican invariablemente a todo su cuerpo al alcanzar determinado punto de sus ciclos.

—Personalmente no creo en ello —confesé midiendo mis palabras— pero no puedo emitir una opinión hasta estudiarlo.

Guadalupe estaba tan acostumbrada a que la tildaran de loca que tomó mi rechazo como un triunfo al darle la oportunidad de mostrarme sus hallazgos y con una alegría fuera de lugar, contestó:

—Don Ricardo me dijo antes de morir que no tendría problemas en continuar mis experimentos porque si de algo se vanagloriaba era de que su hijo poseía una mente una mente abierta, no anquilosada por prejuicios morales. Desde ahora le aseguro que no se arrepentirá... no sé cuánto tardaremos en tener éxito en humanos. Quizás tardemos años, pero al final demostraremos a la comunidad científica que estaba equivocada y usted aparecerá en los libros de historia como el salvador de la humanidad.

Esa perorata destinada a ensalzar mi figura no cumplió su objetivo de elevar mi ego porque fui capaz de vaciarla de palabras inútiles y caer en la cuenta del desliz que había cometido: Al decir que tardarían años en tener éxito con humanos, implícitamente estaba reconociendo que habían tenido éxito con otras especies.

Espantado por las consecuencias que podría acarrear ese descubrimiento de ser cierto, me quedé callado y mientras rumiaba toda esa información no pude más que aceptar que la sonrisa de ese cerebritito era hasta pecaminosa.

«No me importaría hacer con ella un ejercicio de anatomía comparada», mascullé mientras me preguntaba cómo sería en la cama...

## Capítulo 2

Desde el aire, nada podía hacer suponer que esa finca no fuera la típica hacienda productora de café y por mucho que busqué señales que delatara su verdadera función me resultó imposible.

«El camuflaje es perfecto», pensé al ver que el helicóptero tomaba tierra en una explanada cercana a la mansión y que incluso la pista de aterrizaje podía ser confundida con un vulgar prado.

Un automóvil nos esperaba y decidida a que no perdiéramos el tiempo, Guadalupe ni siquiera esperó a que recogieran el equipaje para ordenar que nos llevaran hasta el edificio principal.

«Se nota que tiene prisa por enseñar sus logros», pensé cuando ya en la escalinata de la mansión me tomó del brazo para forzar mi paso.

Tal y como había previsto, no se paró a mostrarme el lujoso salón por el que pasamos, sino que directamente me llevó a un ascensor escondido tras una cortina. Tampoco me extrañó que como tuvieran como medida de seguridad un escáner de retina, pero lo que realmente me dejó acojonado fue que antes de abrirse la puerta, ese cerebritito me informara que como éramos dos también tenía que pasar yo el examen de esa máquina.

—No tienen mi registro —contesté.

—Se equivoca, su padre insistió en grabar su pupila cuando instalamos este sistema.

Asumiendo que era verdad y que de alguna forma habían conseguido escanearla acerqué mi ojo al sensor. La puerta abriéndose confirmó sus palabras y con un cabreo del diez, entré junto a la morena.

«Llevan años preparando este momento», comprendí molesto por haber sido manipulado de esa forma y no haberme percatado de ello.

Mi desconcierto se incrementó exponencialmente al llegar a nuestro destino porque al abrirse el ascensor me encontré con un enorme laboratorio instalado bajo tierra donde pude observar que al menos trabajaban allí unas cuarenta personas.

«Debió de tener claro que debía mantener el secreto, para asumir la millonada que debió costar escarbar estas instalaciones», refunfuñé para mí mientras trataba de calcular cual sería el precio de mantenerlas abiertas y operativas tal y como mi progenitor establecía en su testamento.

Guadalupe aprovechó mi silencio y haciendo uso nuevamente de su arrebatadora sonrisa, comentó:

—He concertado una reunión con las máximas responsables para presentártelas.

En ese momento no caí en el género que había usado y por eso me sorprendió que fueran tres, las jóvenes científicas que estaban esperándonos en la sala a la que entramos.

—Alberto, te presento a Lucienne Bault, experta genetista de la universidad de Lausanne.

La aludida se levantó de su silla y llegando hasta mí, me saludó con un beso en la mejilla. Ignoro que fue más perturbador si esa forma de presentarse o que esa francesa me dijera medio en guasa que habían salido ganando con el cambio de jefe porque yo era mucho más guapo que mi padre.

—Gracias —alcancé a decir totalmente colorado antes que Guadalupe me introdujera al siguiente cerebritito señalando a una increíble hindú de ojos negros.

—Trisha Johar es nuestra heterodoxa bióloga y una de las culpables con sus teorías de que estemos aquí.

Al oír su nombre y su apellido caí en la cuenta de un artículo que había leído hacía años donde se criticaba con violencia unos enunciados teóricos de una doctora del Delhi Tech Institute en los que sostenía que era posible forzar la protógina en los mamíferos.

—Conozco sus estudios sobre el cambio de sexo en los animales —contesté francamente escandalizado por el tipo de investigación que me debería comprometer a mantener si aceptaba esa herencia.

«¿Qué coño esperaba ese cabrón obtener de estas locas?», pensé mientras observaba que al contrario que su predecesora esa morena se abstenía de acercarse a mí y desde su sitio me hacía la típica genuflexión de su país.

La tercera y última especialista resultó ser una candidata a premio nobel de la universidad de Chicago por sus investigaciones en la reproducción basada en el desarrollo de las células sexuales femeninas sin necesidad de ser fecundadas, la llamada partenogénesis.

A ella no hacía falta que la presentaran porque no en vano la conocía desde que, hacía casi diez años, habíamos coincidido en un curso impartido en Tokio donde presentaba el nacimiento de una rata engendrada sin necesidad de padre.

—Julie, me alegro de verte —comenté mientras esta vez yo era quien la saludaba de beso.

La treintañera se mantenía en plena forma y a pesar del tiempo

transcurrido seguía con el mismo tipo exuberante que había intentado sin éxito conquistar. Alta, rubia y dotada de dos enormes ubres había sido la sensación de ese simposio, pero enfrascada en su carrera no conocía a nadie que se vanagloriara de habérsela llevado a la cama, a pesar de que fueron muchos los que al igual que yo lo habían pretendido.

Manteniendo las distancias, contestó tomando la palabra en nombre de sus compañeras:

—Estamos deseando mostrarte los avances que hemos conseguido en nuestras áreas. Te aseguro que te van a sorprender.

Durante un segundo temí que se pusieran a exponer sus locuras en ese instante, pero afortunadamente Guadalupe saliendo al quite comentó que era casi la hora de cenar y que todavía no me había instalado. Tras lo cual las informó de que esa noche la cena se retrasaría media hora para dar tiempo a que me diera una ducha.

—¿Dónde vamos a cenar? —pregunté inocentemente al no haber visto ningún restaurante por las cercanías.

—En la casa— y sin dar importancia a la información, me soltó: — No te lo he dicho, pero durante la reforma de la hacienda, tu padre se reservó la parte noble de la mansión para alojar tanto a él como a sus más estrechas colaboradoras y así no perder el tiempo con los desplazamientos.

—¿Me estás diciendo que viviré con vosotras? —pregunté alucinado.

Con una sonrisa pícaro, la mexicana contestó:

—¿Tan desagradable te parece la idea? Piensa en el lado práctico, nos tendrás a tu disposición a todas horas.

Podía haber malinterpretado sus palabras si no se refiriera a ella y a los otros tres cerebritos porque tomándolas literalmente me estaba ofreciendo compartir algo más que sus conocimientos. Rechazando esa idea por absurda, tomé su frase desde una óptica profesional y contesté:

—Normalmente suelo separar el trabajo de los momentos de esparcimiento, pero lo tendré en cuenta si me surge alguna duda.

Lucienne soltó una carcajada al escuchar mi respuesta y deseando quizás acrecentar mi turbación, se permitió el lujo de intervenir diciendo:

—Por eso no te preocupes, hemos prohibido hablar de trabajo en casa. Bastantes horas trabajamos en este zulo, para llevarnos tarea a la cama.

Nuevamente al mirarlas, mi impresión fue que de algún modo estaban tanteando el terreno y que sin desear ser demasiado explícitas, se estaban ofreciendo como voluntarias a sudar conmigo entre las sábanas.

«O bien llevan tanto tiempo encerradas aquí que andan cachondas o bien han decidido darme la bienvenida tomándome el pelo», mascullé para mí.

Asumiendo que era la segunda opción, decidí seguir con su broma y sin cortarme, respondí:

—En eso estoy de acuerdo... en la cama se duerme o se estudia anatomía comparada.

Mi andanada lejos de reprimir a la francesa, la azuzó y riendo mi gracia, replicó:

—Ten cuidado con lo que dices. Somos cuatro y tú solo uno para comparar. No vaya a ser que te tomemos la palabra.

Sin pensar en las consecuencias, respondí mirándola a los ojos:

—Mi puerta siempre estará abierta para el estudio.

Si esperaba ver algún signo de vergüenza en ella, me equivoqué porque lo único que conseguí fue que, luciendo una sonrisa de oreja a oreja, esa muchacha me regalara la visión de su perfecta dentadura.

Guadalupe debió pensar que había que cortar esa conversación no fuera a ser que se despendolara y llamando a la calma, me recordó que todavía no me había mostrado la oficina que iba a ocupar a partir de ese día.

—Soy todo tuyo —respondí mientras teatralmente le ofrecía mi brazo.

La mexicana aceptó mi sugerencia y tras despedirse de sus compañeras, me llevó por los pasillos del laboratorio hasta una puerta con el mismo sensor que el ascensor y por segunda vez tuve que escanear mi retina para que el puñetero chisme se abriera.

—Resulta raro entrar aquí sin tu padre —murmuró la morena con tono apenado.

Me resultó extraño que alguien pudiese echar de menos a mi viejo, pero no queriendo indagar en sus sentimientos pasé a su interior con una mezcla de desconfianza e interés porque no en vano ese sujeto era un completo desconocido para mí.

Juro que me sorprendió descubrir lo mucho que se parecía a mi propia oficina. El mismo tipo de decoración, muebles muy semejantes pero lo que realmente me dejó impactado fue comprobar que al igual que ocurría en la mía, una de sus paredes lucía llena de pantallas.

—Se nota que os habéis inspirado en la reforma que hice en mi empresa —comenté al ver las semejanzas.

Guadalupe me preguntó porque lo decía y al explicarle lo mucho que se parecía a la oficina que había estrenado hacía unos seis meses, contestó:

—Debiste contratar al mismo decorador que don Ricardo porque lleva así al menos tres años que es cuando empecé a trabajar aquí.

No dije nada y me quedé pensando:

«Es imposible, yo mismo la decoré».

Que esa mujer me mintiera en algo tan nimio, despertó mis suspicacias y para no provocar que se pusiera a la defensiva, me puse a chismear el resto del despacho mientras mi cicerone se quedaba sentada en una de las sillas de cortesía.

«El cabrón de mi progenitor quiso que me sintiera cómodo trabajando aquí», deduje al no aceptar que fuese fortuita tanta similitud.

Habiendo satisfecho mi curiosidad, volví donde estaba la morena y le dije si nos íbamos.

—Todavía no. Tu padre me dejó instrucciones de traerte aquí — replicó y antes que pudiese hacer nada por evitarlo, se encendieron los monitores y la figura de mi odiado ascendiente apareció en ellos.

—Hola hijo. Gracias por estar aquí — fue su entrada.

—¿Me dejó un mensaje grabado? — escandalizado pregunté a la mujer.

En vez de ella fue la voz de mi padre quién contestó:

—Sí y no. Lo que estas escuchando es un programa resultado de años de desarrollo con el que he querido anticiparme a las dudas que te surjan sobre este proyecto en el que embarqué mi vida. Se puede decir que es un compendio de mis vivencias y opiniones.

Por si fuera poco, acto seguido esa especie de inteligencia artificial pidió a mi acompañante que nos dejara solos. Me disgustó ver que Guadalupe obedecía como si realmente hubiese sido su antiguo jefe quien le hubiese ordenado desaparecer de escena.

Tomando asiento, esperé a ver qué era lo que esa condenada máquina quería decirme. Nada más cerrar la puerta la mexicana, escuché que me decía:

—Antes de nada, nunca os abandoné, sino que fue tu madre la que me prohibió todo contacto bajo la amenaza de hacer público la que considero que es la obra de mi vida.

Indignado porque metiera a mi santa en la conversación, espeté a su imagen:

—No te creo. Fuiste un maldito egoísta toda tu vida... ¡me alegro de que estés muerto!

Nada más soltarlo, caí en la cuenta de que estaba enfadado con un



programa de ordenador y que, al gritarle, me había comportado exactamente igual que su subalterna. Si ya de por sí eso era humillante, más lo fue cuando con tono monótono, ese personaje virtual me contestó:

—No creo que sea la mejor forma de empezar nuestra relación, pero te puedo ofrecer pruebas de que no miento.

Ni siquiera aguardé a que terminara de imprimirse, en cuanto escuché que la impresora se ponía en funcionamiento, salí de su despacho jurando no volver jamás...

## Capítulo 3

«¡Maldito hijo de puta!», mascullé entre dientes mientras recorría los pocos metros que me separaban del ascensor. Estaba hecho una furia conmigo mismo al ser incapaz de actuar con lógica cuando algo tenía que ver con mi progenitor.

Llevaba demasiados años culpándolo para que ahora muerto, su fantasma me llegara a cambiar la versión que había mamado desde niño. Había aceptado ir a “El futuro del hombre” porque si me negaba a ser su heredero mi situación personal lejos de mejorar empeoraría, pero en ese instante decidí quedarme para boicotear desde dentro el sueño de ese capullo.

«Pienso destruir su gran obra y el mejor modo es aceptando su herencia», sentencié haciéndome una solemne promesa.

Para ello debía simular someterme a sus términos y hacer como si realmente me interesara lo que esas cuatro perturbadas estudiaban allí. El primer trago por el que tuve que pasar fue sonreír a Guadalupe cuando alcanzándome me preguntó:

—¿Dispuesto a conocer donde vivirás con tus niñas?

El tono suave que usó y que se refiriera tanto a ella como a las otras científicas de ese modo me intrigó porque dejaba entrever una relación más allá de lo profesional. Decidido a no despertar sus suspicacias, preferí no decir nada y esperé a que llamara al ascensor.

Al entrar, me percaté que la muchacha estaba intranquila como si deseara comentarme algo antes de mostrarme el lugar donde iba a vivir.

«¡Qué extraño!», pensé al ver casi temblando a esa mujer, que todo el mundo consideraba un témpano de hielo.

Por eso al comprobar que se incrementaba su nerviosismo al abrirse las puertas, no me quedó más remedio que preguntar qué le ocurría:

—Quiero explicarte algo sobre la distribución de nuestras dependencias.

—Perdona, pero me he perdido —contesté.

Con las mejillas coloradas y sin levantar la mirada, replicó:

—Ricardo era un hombre admirable, pero tenía sus manías y una de ellas es que quería que nos sintiéramos parte de una familia y lo tratáramos como un padre.

—Sigo sin saber de qué hablas.

Casi tartamudeando continuó:

—Insistía en que si teníamos algún problema o nos sentíamos solas todas

nosotras podíamos acudir a él y por ello nuestras habitaciones están conectadas a la suya.

Mientras en mi interior pensaba que, además de un cretino, mi odiado progenitor era un putito viejo verde decidí mantener el mismo estatus quo en la casa y por eso respondí:

—Al igual que con él, mi puerta estará siempre abierta para recibirlos.

Jamás se me pasó por la cabeza que ese cerebritito se emocionara al oírme y menos que abrazándose a mí, me contestara casi llorando:

—Le hecho mucho de menos... él me salvó cuando me llamó a su lado. Nadie creía en mis teorías y no solo me facilitó un sitio donde trabajar con entera libertad, sino que me dio un hogar donde sentirme querida.

Enterarme que esa morenaza sentía cariño por el ser que yo odiaba, me impresionó y por eso tardé en darme cuenta de que, levantando su mirada, Guadalupe buscaba algo más que mi consuelo. Es más, no supe qué decir cuando susurró en mi oído:

—Tenía mis dudas, pero ahora sé que a tu lado mis compañeras y yo podremos encontrar la misma felicidad que Ricardo nos regaló.

Confieso que me quedé pálido al sentir que lejos de separarse la mexicana afianzaba su contacto presionando con su cuerpo sobre el mío y si no llega a ser porque no sabía si la estaba malinterpretando, sé que la hubiese besado. Como no quería meter la pata a la primera, me abstuve de hacerlo y en vez de ello, siguiendo a rajatabla con mis planes, contesté:

—Te prometo por mi parte que pondré todo de mi parte para que así sea.

La cara de Guadalupe reflejaba una rara alegría, pero lo que me terminó de confundir fue cuando al observarla advertí que bajo su ropa esa mujer tenía los pezones completamente erectos.

«¡Qué bellezas!», exclamé mentalmente mientras intentaba retirar mis ojos de esas dos maravillas.

Curiosamente al darse cuenta, no solo no se sintió agredida, sino que le encantó sentirse objeto de mi deseo y comportándose como un pendón desorejado, me dijo entre risas que tenía la misma mirada calenturienta del difunto.

—Debe ser de familia —contesté molesto porque al compararme con él había roto el encanto del momento.

La morena se percató de mi incomodidad, pero eso no fue motivo suficiente para que cambiara de actitud y cogiéndome de la mano, me llevó a la zona noble de la mansión mientras yo trababa de adivinar qué tipo de

relación había tenido mi viejo con ella.

«Juraría que fue su amante», dije casi seguro: «Al cerdo ese lo entiendo porque hay que reconocer que tiene un culo estupendo, lo que no me cabe en la cabeza es que una belleza así estuviera interesada en alguien de la edad de ese cabrito».

Ajena a mis pensamientos, Guadalupe me hizo pasar a un enorme salón decorado con un estilo minimalista que bien podía haber sido elegido por mí. La ausencia de ornamentos lo hacía un lugar idílico para vivir y no pude más que aceptar que mi progenitor había tenido buen gusto tanto a la hora de elegir a las mujeres de las que se rodeó, como a la hora de la decoración.

Lo siguiente que me mostró fue mi habitación, si es que se le puede llamar así .... era tan grande y extraño que en un principio pensé que era otro salón.

—¿Te gusta la cama? — preguntó mientras se sentaba en ella.

Jamás en mi vida había visto algo semejante porque, con su colchón de tres por tres, ¡más que una cama parecía un campo de fútbol!

—Un poco excesiva —respondí confundido por sus dimensiones.

Muerta de risa, la mexicana contestó:

—Yo también lo pensé, pero luego resultó ser muy cómoda cuando Ricardo nos invitaba a ella.

Que confirmara que había sido una asidua visitante a ella y que encima lo dijera con tanta liberalidad, me impulsó a hacerle la pregunta que llevaba rondando mi cabeza:

—¿Eras su amante?

Soltando una carcajada, contestó:

—De haber querido él, lo hubiese sido encantada, pero decía que era demasiado mayor para nosotras.

—Disculpa, pero me acabas de decir que te metías en su cama.

—Lo sé, pero no a eso. A Ricardo le encantaba que sus niñas vieran la televisión con él y aunque no te niego que todas lo deseábamos, siempre se negó y nos decía que teníamos que esperar.

—¿Esperar a qué? — insistí al no cuadrarme que un hombre en su sano juicio se negara a acostarse con cualquiera de esos cuatro bombones.

Saliendo de la cama y acercándose a mí, murmuró en mi oído:

—¿A qué?... ¡No! ¿A quién? — tras lo cual sin mediar palabra me besó.

La tersura de sus labios quemó la piel de la mejilla donde esa loca depositó esa breve caricia. Todos los reproches que había construido a su

alrededor cayeron hechas trizas con ese beso y cogiéndola de la cintura, prolongué esa caricia forzando su boca con mi lengua.

Aunque interiormente sabía que estaba mal y que era poco profesional, la pasión con la que esa mujer respondió me impidió parar y tirándola sobre la cama, incrementé el ardor de mis acciones llevando mi mano hasta su culo. Tal y como había supuesto, mis yemas se encontraron con unas nalgas duras que sin duda debían parte de su firmeza al ejercicio.

Guadalupe al sentir mi manoseo pegó su cuerpo al mío, frotando sin disimulo su pubis contra mi pierna. Su ardiente respuesta azuzó mi lujuria, pero recordando que era mi empleada me aguanté las ganas de poseerla en ese preciso instante y separándome de ella, le dije que no estaba bien lo que estábamos a punto de hacer.

La morenaza escuchó en silencio mis argumentos y cuando creía que se iba a echar a llorar, alegremente se levantó de la cama y acercando su cara a la mía, contestó:

—No importa, tenemos toda una vida para que entiendas que soy y seré una de tus niñas— tras lo cual me hizo una carantoña en la mejilla y canturreando salió del cuarto mientras me decía: —La cena es en media hora.

Confundido por la actitud de esa mujer y a la vez bastante desilusionado porque esa mujer no hubiese hecho ningún intento por convencerme, la observé mientras se iba. Sabía que había hecho lo correcto, pero aun así el haber perdido la oportunidad de estar con ella me puso de mala leche y dejando mi ropa tirada en mitad de la habitación, me metí a duchar.

Ya bajo el chorro, me imaginé que esa mujer me acompañaba y la imagen de su piel mojada pegándose a mi cuerpo, provocó que mi miembro alcanzara de golpe toda su extensión.

En mi cerebro, sus negros pezones eran una tentación difícil de resistir y por eso me vi agachando cabeza y cogiendo uno de ellos entre mis dientes. Mi onírica acompañante sorprendida por mi audacia al mamar de su pecho sin pedirle permiso, no solo no se quejó, sino que, emitiendo un gemido de placer, riendo dijo:

—Soy toda tuya.

Ya lanzado en mi sueño, masajé la otra teta mientras con la mano que me quedaba libre iba bajando por su cuerpo. La morena cada vez más excitada separó sus piernas al notar que me acercaba a tesoro que escondía entre ellas. Guadalupe me pidió que fuera más lento.

— ¿No es esto a lo que has venido? – repliqué mientras violaba la

intimidad de su sexo con mis dedos.

No hizo ningún intento por evitar esa caricia, señal clara de que le estaba gustando el trato.

—Sí pero antes debes aceptar que voy a ser tu niña desde hoy.

«Hasta en sueños viene con esa monserga», maldije molesto por ser incapaz de controlar mi propia imaginación y dejándome, visualicé que me arrodillaba a sus pies.

La morena supo que iba a hacerle una comida de coño y separando sus labios con dos dedos, lo puso a mi entera disposición. Premié su entrega con un largo lametazo en sus pliegues y aunque resulte imposible de creer, os juro que en ese momento pude oler el aroma a hembra hambrienta de sexo que desprendía mientras su coño se empapaba producto de mis maniobras.

En mi mente, mis dedos entraban y salían de su chocho mientras los ojos de la científica brillaban de deseo. Al verlo, aumenté la velocidad con la que mi dedo se estaba follando su coño, lo que provocó que Guadalupe se estremeciera bajo la ducha y tuviese que agarrarse para no resbalar.

—La mexicanita está cachonda— le solté al comprobar que incluso los pezones la traicionaban.

— La culpa es tuya – respondió mientras presionaba mi cabeza contra su entrepierna: — ¿Por qué no me lo comes ya?

Torturándola, no la hice caso y le metí un segundo dedo en su interior. Aunque mi mente me pedía saborear ese coño y oír a su dueña gemir de placer, decidí prolongar los preparativos y sacando la lengua le pegué un segundo lametazo.

— ¿Ves cómo tú también lo estas deseando?

—De acuerdo, zorra. ¡Te lo comeré si me dejas después follarte!

Como respuesta en mi cerebro, Guadalupe separó sus rodillas. Su nueva posición permitió que mi lengua recorriera sus pliegues mientras no dejaba de gemir y jugueteando con la punta su clítoris, di un buen repaso a ese coño. Al notar que me ponía a mordisquear su botón del placer, pegó un aullido y cerrando sus puños, me rogó que la follara.

Siguiendo al pie de la letra sus instrucciones, ya me había levantado y tenía mi glande apuntando a su chocho cuando de pronto escuché que se cerraba la puerta de mi cuarto y temiendo que alguien hubiese sido testigo de mi onanismo, se me bajó la libido y lleno de vergüenza terminé de bañarme.

«Joder, parezco un crío», me reocriminé admitiendo que, si quería echar por tierra el proyecto de mi padre, no podía dejarme llevar por la lujuria y con

ese pensamiento en la cabeza, me vestí y fui a cenar...

## Capítulo 4

Ya en el comedor de la mansión, comprobé que era el primero en llegar y que ninguna de mis compañeras de vivienda se había dejado caer por ahí. Esa momentánea soledad me permitió recapacitar sobre lo raro que era todo aquello, pero sobre todo traté de comprender qué tipo de relación había tenido mi progenitor con ellas.

«Todas son eminencias en su rama, pero intuyo que tienen graves problemas de sociabilización», me dije mientras me servía un güisqui. «Si no, no es lógico que hayan decidido enterrarse en vida en este lugar con la única compañía de un viejo loco».

Saboreando mi bebida, me puse a recordar la manera tan descarada con la que Guadalupe se había echado en mis brazos, dando por sentado unos sentimientos por mi parte que no existían.

«Es como si creyera que estábamos predispuestos a encontrarnos», mascullé mientras trataba de hallar sentido a la fijación que esa morena tenía con autodefinirse y definir a las otras tres como “mis niñas”.

«Está convencida que mi destino es ejercer de una especie de patriarca en esta jaula de locas», sentencié justo en el momento en que un ruido me hizo girar.

Al darme la vuelta, casi se me cae la copa al suelo y es que no era para menos porque ni en mis sueños más calenturientos se me hubiese pasado por la cabeza que esa noche iba a ver entrar a Julie y a Lucienne casi desnudas y cogidas de la mano.

«Deben de ser lesbianas», pensé mientras con la mirada recorría sus cuerpos.

Vestidas con el mismo tipo de camisón transparente, las coincidencias terminaban ahí porque mientras la rubia era una mujer alta de enormes tetas, la francesa era al menos quince centímetros más baja y según acababa de descubrir a través de la tela, propietaria de unos pechos diminutos coronados por unos pezones negros y grandes que les hacía más tentadores si cabe.

—Buenas noches, papi – con su sensual acento la morenita me saludó y sin cortarse un pelo enfrente y su supuesta novia, me besó pegándose más de la cuenta.

Por un momento creí que Julie me iba a montar un espectáculo de celos, pero entonces imitando a su predecesora acercó su boca y me dio un breve pico en los labios mientras me decía:



—No sabes la ilusión que me hace que hayas decidido venir a hacerte cargo de nosotras.

Sus palabras me dejaron confuso y estaba tratando de encontrarles un sentido cuando por la misma puerta por la que entraron, vi aparecer a las dos que faltaban ataviadas de la misma forma e igualmente con sus manos entrelazadas.

«Estas hijas de puta han decidido tomarme el pelo para echarme de aquí», murmurando para mí decidí al ver que la mexicana con su espectacular sonrisa se iba aproximando a mí mientras la hindú más comedida se mantenía cabizbaja.

Deseando demostrar a esas zorras que iba ser un hueso difícil de roer no hice apenas caso cuando Guadalupe estampó sus labios contra los míos, esperando el turno de Trisha. Al llegar hasta mí esa mujer, respondí con pasión a su beso forzando con mi lengua su boca y sin decir ni agua va, me apoderé de uno de los duros senos que esa tímida mujer poseía.

Contra lo previsto mi víctima reaccionó presionando su cuerpo contra el mío y con una expresión de auténtica felicidad en su rostro, dijo casi susurrando en mi oído:

—He soñado con este momento desde que su padre me lo prometió. Quiero que sepa que soy y seré su niña.

Que repitiera como un papagayo la misma idiotez que Guadalupe me soltó cuando la rechacé, me hizo encabronar y más convencido que nunca que esas cuatro se había aliado para hacérmelo pasar mal, seguí acariciándola mientras me terminaba la copa. Desafiando la idea preconcebida que tenía de ella, la hindú no mostró rechazo alguno a que mi mano recorriera su cadera y se hiciera fuerte magreando sin disimulo los estupendos cachetes que formaban su trasero.

Es más cuando Julie nos informó que la cena estaba lista, esa morena se sentó a mi lado demostrando de esa forma lo a gusto que se sentía con ese trato.

«No entiendo nada», tuve que reconocer en mi interior al comprobar que sentadas a mi alrededor en una mesa circular las cuatro se desvivían por darme conversación mientras la criada nos servía la sopa.

Mirando disimuladamente, comparé a la dos que tenía enfrente y por mucho que intenté elegir cual me gustaba más, no pude llegar a una decisión porque si Guadalupe parecía una diosa sacada de un comic porno con ese vaporoso encaje que apenas podía disimular la belleza de sus curvas, Julie

con sus firmes e impresionantes tetas no le iba a la zaga.

Estaba pensando en ello cuando de pronto la francesa me cogió la mano y sin venir a cuento me preguntó si tenía novia.

—No he encontrado nadie que me convenza —respondí sin hacer ningún intento de retirarla.

—No se preocupe— respondió mientras llevaba con descaro mi mano hasta su muslo— con nosotras cuatro tendrá un hogar.

El evidente flirteo de la francesita no me pasó inadvertido y más cuando con un breve movimiento de su pierna me insinuó que quería sentir mis dedos recorriéndola. Como un autómatas obedecí acariciando lentamente su piel con mis yemas mientras Trisha me preguntaba qué película me apetecía ver esa noche.

—La que os apetezca —respondí totalmente cortado al comprobar que la americana se había dado cuenta que estaba tocando a su novia y que lejos de molestarla por el volumen de sus pezones parecía que le gustaba.

«Esto no está pasando», dije para mí al notar que, cogiendo mi mano, Lucienne la llevaba hasta su entrepierna.

Interviniendo Guadalupe propuso que viéramos una de miedo justo en el instante que acababa de descubrir que la mujer a la que estaba tocando no llevaba ropa interior. Reconozco que ese descubrimiento me excitó y mientras Julie protestaba porque luego iba a ser incapaz de dormir, dediqué al sexo de la francesa un mar de buenos meneos.

—¡Que no! ¡Sabéis que me meto en el papel de la protagonista y luego me paso toda la noche creyendo que el asesino viene a por mí! — insistió al comprobar que Trisha se aliaba con la mexicana en la elección de una de terror.

Muerta de risa, Guadalupe respondió:

—Por eso, aprovechando que hoy te toca dormir con Papi, déjanoslas ver y si no puedes dormir, te abrazas a él y ya está.

—¿Has dicho que hoy le toca a Julie dormir conmigo? —pregunté alucinado sin dejar por ello de masturbar a Lucienne.

—¿No lo sabías? — intervino con voz dulce la hindú— Desde que llegamos a esta casa han existido turnos para dormir con Papi.

Cabreado porque me identificara con mi odiado progenitor y supusiera que iba a continuar todo igual, decidí lanzarles a las cuatro un órdago a la grande y al tiempo que introducía uno de mis dedos dentro del coño de la muchacha objeto de mis caricias, comenté:

—Debéis asumir que no soy mi viejo y si alguna desea dormir conmigo, debe saber que en mi cama se folla.

—Eso esperamos y deseamos— respondió la mexicana y demostrando su desvergüenza innata, señalando a Lucienne me soltó: —Si el modo en que estás tratando a esa guarrilla es una muestra de lo que nos espera, te aseguro que nos peharemos por acudir cada noche a tu lado.

Para terminarla de joder, en ese preciso instante la francesa se corrió con un grito provocando las risas unánimes de sus compañeras. Sintiendo que era una marioneta, protesté y poniendo las cartas sobre la mesa, les exigí que me explicaran exactamente qué era lo que esperaban de mí.

Con la voz entrecortada por el placer que acababa de asolar su diminuto cuerpo, Lucienne contestó:

—Que seas nuestro Papi y que nos aceptes como tus niñas y nos tomes como mujeres a todos los efectos. Hemos consagrado nuestra vida a este proyecto y esperamos que tú hagas lo mismo con la tuya.

Escandalizado por el sacrificio que me pedían, respondí con una tranquilidad que hasta a mí me sorprendió:

—Eso es ridículo, ¡apenas me conocéis! Es imposible que mujeres inteligentes se entreguen a un desconocido de la forma en que proponéis.

Con su tono dulce tan característico, Trisha me replicó:

—Te equivocas. Aunque nunca te había visto, llevo enamorada de ti desde hace años. Y a mis hermanas les ocurre igual. Cualquiera de nosotras daría la vida por ti...solo te estamos pidiendo que nos des una oportunidad de demostrártelo.

Cada vez más pálido, tuve que soportar que una tras otra me repitiera esa misma oferta y cuando Julie, la última de ellas, casi llorando me imploró que al menos lo pensara y no tomara una decisión antes de conocerlas, totalmente aturdido contesté:

—Estáis completamente locas... pero como a nadie le disgusta un dulce, me comprometo por los seis meses que me exige el testamento. ¡Ni un día más!

La alegría de las científicas fue unánime pero la que más entusiasmada estaba fue la hindú que tras agradecérmelo con un tierno beso, me dijo al oído:

—Has de saber que serás el primer y único hombre que tendré en mi vida. Las mujeres de mi etnia se entregan para siempre y cuando me toque el turno de dormir contigo, me convertiré en tu eterna compañera.

—¿Eres virgen? —pregunté enfebrecido por la idea de ser yo quien desflorara a esa belleza de rasgos orientales.

En plan coqueto y entornando sus negros ojos, la hindú contestó:

—Claro Papi, ¡Ricardo me reservó para ti!

## Capítulo 5

Apenas me acuerdo del resto de la cena. Mi cerebro tenía suficiente con digerir tamaño desatino. Mi detestado viejo había seleccionado para mí cuatro de los mejores cerebros que existían sobre la tierra y para colmo además de ser unas bellezas, estaban convencidas que su razón de existir era vivir conmigo.

Por ello al terminar ni siquiera pregunté dónde íbamos a ver la película y ante mi sorpresa llegamos a mi cuarto.

—¡Si aquí no hay tele! — exclamé al ver que iban tomando sitio sobre la inmensa cama.

Cogiéndome de la mano, Julie me tumbó en el centro y mientras pegaba su cuerpo a mí, Guadalupe dio una palmada y desde el techo bajó un gigantesco televisor. Fue entonces cuando recordé que la mexicana me había comentado que a mi progenitor le gustaba verla en su habitación acompañado de sus niñas.

Lo que tampoco me esperaba es que, en la pantalla, apareciera la imagen de ese odioso sujeto y que preguntara que era lo que nos apetecía ver:

—Insidiosa: La última llave —contestó sin dar importancia al hecho que el programa que me había enseñado fuera el que se ocupara de ese tema.

Con un escalofrío, comprendí que había minusvalorado la inteligencia de mi antecesor en esa habitación y que aún muerto, me costaría desprenderme de su siniestro abrazo paterno.

«Debo aprender a desactivar esa mierda», decidí y gracias a que ya había visto esa cinta con anterioridad, me puse a observar a mis acompañantes sin que ellas se percataran de mi escrutinio.

A mi derecha, Guadalupe había apoyado su cabeza en la hindú mientras esta permanecía muy pegada a mí. Al otro lado, Lucienne abrazaba a la rubia la cual, haciendo uso de su turno, tenía su pierna cruzada sobre las mías.

«Hay que reconocer que me podía acostumbrar a esto», sentenció satisfecho por la naturalidad que demostraban al estar todas juntas.

En la pantalla, la protagonista una parapsicóloga medio boba acababa de salvar a un tipejo de un demonio cuando recibe la llamada de una familia que se había instalado en su antiguo hogar y decide volver a casa.

Tal como había anticipado, la rubia era sumamente susceptible y antes de ocurrir el primer susto, ya se había abrazado a mí hundiéndome su cabeza sobre mi pecho.

—Tranquila mi niña— susurré con ganas de consolarla mientras dejaba caer mi mano sobre su rotundo trasero.

Al sentir mis dedos recorriendo sus nalgas, la americana se incorporó y sin que la demás la oyeran, me dijo al oído:

—Siento no haberte hecho caso en ese congreso, pero tu padre me lo prohibió. Decía que tenía que esperar a que él faltara para entregarme a ti en cuerpo y alma.

Algo de en su tono, me intrigó y profundizando en mis caricias, le pregunté si siempre hacía lo que le mandaban.

Con una mezcla de pena y deseo, respondió:

—Solo cuando me lo manda mi dueño.

Su confesión me impactó y queriendo indagar si como acababa de insinuar esa impresionante americana tenía alma de sumisa, mordí su labio mientras le decía:

—¿Te refieres a mi padre?

Cerrando los párpados, muerta de vergüenza, susurró:

—Él ya es pasado, ahora tengo un nuevo dueño al que obedecer y dedicar mi vida.

No tuve que rebanarme la cabeza para saber que estaba hablando de mí e inexplicadamente el conocer su secreto despertó en mí las ganas de experimentar con Julie actuando como su amo. A pesar de no haber sido nunca consciente de poseer a un dominante dentro mí, esa confesión azuzó un brutal apetito bajo mi bragueta.

La rubia no tardó en descubrir mi erección y restregando su muslo contra mi pantalón, me preguntó si era por ella:

—Así es, putita mía —respondí sin saber que esa respuesta junto con ese cariñoso insulto iba a provocar que dos gruesos lagrimones cayeran por sus mejillas.

El llanto sordo de esa mujer me alarmó y he de admitir que por un momento creí que me había pasado, pero entonces la espectacular tetona me sacó del error al decirme:

—No tiene idea de lo feliz que me hace el saber que mi dueño se siente atraído por su putita.

Que me hablara de usted era otra señal del cambio que se había producido en ella. Al sentirse aceptada, ¡se vio obligada a hablarme con respeto! Por ello, no me extrañó que olvidándose de la película esa mujer buscara el cobijo de mis brazos, pero lo que sí no me esperaba fue que su sexo se

pusiera a chorrear de tal manera que la humedad de su coño me empapara las piernas.

—Estás cachonda —comenté descojonado al confirmar con mi mano entre sus muslos la excitación de la rubia.

Julie no consiguió articular palabra y muerta de vergüenza se tapó la cara con sus manos cuando desde mi derecha escuchó a Trisha decir:

—Alberto tienes que disculparla, lleva todo el día alborotada desde que supo que le tocaba compartir esta noche la cama con su amo.

Me pilló desprevenido que la sexualidad de Julie fuera conocida por la hindú y pensando que quizás ella compartía la misma predilección, se lo pregunté directamente:

—No, papi. De todas nosotras, solo ella muestra esa faceta— respondió con una sonrisa: —A mí me van otras cosas.

—¿Qué cosas? — quise saber.

En plan coqueto entornó sus negros ojos y posando su mano sobre mi pene replicó:

—Eso no se le pregunta a una dama, pero te juro que estoy deseando contártelo— tras lo cual, dando un breve apretón con sus pequeñas manos sobre mi erección, me dijo: —Mañana es mi turno, ¡mañana lo sabrás!

El misterio que encerraba su respuesta solo consiguió elevar mi interés, pero asumiendo que podía esperar veinticuatro horas, decidí no insistir. Eso sí, conociendo lo amoral que en su cultura eran las muestras de afecto en público, decidí castigar su negativa llevando mi boca hasta uno de sus pechos.

Para asombro de todos, Trisha al sentir mis dientes a través de su camión pegó un chillido y sin importarle que pudiesen pensar de ellas sus compañeras, sollozó de placer mientras me decía:

—Por favor, Papi... ¡tengo los pezones super sensibles!

Si su desesperado ruego era para evitar que siguiera mordisqueando su seno, se equivocó porque al enterarme de ello no me pude retener y alternando de una teta a otra, fui torturándolas con mi boca mientras la dulce hindú se derretía sin parar de gritar.

—¡Vaya con la mosquita muerta! —exclamó Guadalupe a carcajada limpia al escuchar sus gemidos— Y nosotras que creíamos que era frígida.

Si las risas unánimes de sus compañeras ya habían conseguido ruborizar a la hindú, la gota que derramó el vaso de su completa humillación fue que, producto de mis caricias, su cuerpo se vio desbordado y por primera vez se

corrió entre mis manos.

Con las mejillas coloradas y rezumando vergüenza por todos sus poros, salió de la cama y sin despedirse de nadie huyó hacia su cuarto.

—¿Cómo sabías qué ese era su punto flaco? — me preguntó la mexicana partida de risa.

—No tenía ni idea— reconocí: — ¡Ha sido casualidad!

—Pues espero que conmigo también aciertes a la primera —contestó con picardía esa morena para acto seguido pedir a Lucienne que la acompañara porque esa noche la invitada de honor era Julie.

La francesita que hasta entonces se había mantenido al margen, se despidió de mí con un morreo y obedeciendo a su amiga desapareció por la puerta que daba a su habitación.

Al quedarnos solos, me quedé pensando en lo ocurrido con Trisha y no pude más que corroborar que era de lo más raro que esos cuatro cerebritos compartieran la misma fijación por mí, sin mostrar ningún tipo de celos entre ellas.

«No es lógico», sentenció mientras observaba que a mi lado Julie mostraba una excitación descomunal al saber que su dueño no tardaría en hacerla suya.

—¿Estás nerviosa? —pregunté impresionado por el modo en que temblaba.

—Sí — contestó sin ser capaz de levantar su mirada— porque no sé cómo quieres que me comporte.

Fue entonces cuando la duda si esa mujer había estado antes con un amo me surcó en la mente y como era importante, acercándola a mí, se lo pregunté:

—Usted va a ser el primero.

Que fuera inexperta me intranquilizó porque a mí me ocurría lo mismo, ¡jamás había estado con una sumisa! La inexperiencia de los dos me indujo a pensar que esa noche tenía todos los visos de resultar un completo fracaso.

«Tengo que tomármelo con calma», pensé y mientras intentaba planear mis siguientes pasos, la americana quiso saber que tenía que hacer.

A lo que respondí:

—Desnúdate lentamente. Me debes convencer de que merece la pena ser tu dueño.

No tuve que repetir mi orden con un brillo alegre en sus ojos que antes no existía, deslizando los tirantes, dejó caer su vestido al suelo. Al verla casi



desnuda, con la ropa interior como únicas prendas, obtuve la confirmación del magnífico cuerpo que poseía esa mujer.

«Es impresionante», dictaminé pensé al comprobar que además de unos melones enormes, la rubia era dueña de una cintura de avispa y de un alucinante pandero con forma de corazón.

Supo por mi cara que me estaba gustando lo que veía y por ello más tranquila, se fue quitando el sujetador sin dejar de mirarme a los ojos mientras trataba de descifrar, por mis gestos, si debía acelerar la velocidad con la que se quitaba la ropa o por el contrario aminorarla, enfatizando la sensualidad del striptease.

Viendo que acababa de desprenderse del tanga y que ya estaba totalmente desnuda, me puse a su lado.

—Mírame— le dije mientras levantaba su barbilla.

La rubia pensó que iba a besarla y abriendo sus labios, esperó ansiosa sentir los míos. Su entrega despertó mi lado dominante y contra toda lógica, supe lo que tenía que hacer. Olvidado su boca entreabierta, me concentré en examinarla a conciencia.

—Para tener ya más de treinta años, te conservas estupendamente— afirmé mientras deslizaba una mano por su cuello.

La ilusión que mostró con ese rudo y humillante piropo me permitió continuar y masajeando sus hombros, Llegué hasta sus dos gigantescos senos. Julie que hasta entonces se había mantenido inmóvil y callada, suspiró al sentir que, sosteniendo sus ubres en mis palmas, le regalaba un suave pellizco en una de sus areolas.

—Aunque pareces una vaca, tengo que reconocer que me gustan tus pezones.

Mi insulto y la ausencia de pasión la preocuparon, pero no por ello puso ningún impedimento a que siguiera valorándola como si fuera ganado.

Al llegar a su abdomen, me tomé mi tiempo sabiendo que no iba a salir corriendo y que, de hacerlo, volvería al no tener donde ir. Por ello y mientras mis yemas recorrían lentamente la distancia entre sus pechos y su ombligo, pude admirar que el tacto de su piel era cálido y suave pero también que caricias habían comenzado a afectarle.

«Se está poniendo cachonda», dije para mí al comprobar que con la respiración entrecortada esa americana no podía dejar de temblar cada vez que mis yemas se apoderaban de otro centímetro de su cuerpo.

«Espacio», me repetí al comprobar que sus areolas estaban totalmente

erectas y ver que su cara reflejaba la una creciente excitación.

Ralentizando mis caricias, seguí acercándome su sexo. Julie al percatarse de mis intenciones, facilitó mi tarea, separando sus rodillas y aunque parezca imposible, fue entonces cuando caí en la cuenta de que la rubia llevaba el pubis completamente depilado.

«Parece el coño de una quinceañera», comenté mentalmente al tiempo que usando mis dedos separaba sus labios.

Satisfecho observé que estaban hinchados y que, aunque no lo supiera, no tardaría en verse dominada por la lujuria. Deseando acelerar su claudicación, mis toqueteos se centraron en su clítoris. Apenas llevaba un par de segundos acariciando ese erecto botón cuando de improviso Julie se corrió empapando con su flujo mi mano.

Asustada por la fuerza de sus sensaciones, se puso a llorar mientras me decía:

—No pude evitarlo.

Obviando que un amo debería haberla castigado en ese instante, incrementé mi ataque introduciendo un par de dedos en el interior de su coño. El ritmo con el que torturaba ese punto erótico, la hizo profundizar en su orgasmo hasta que agotada me pidió que la dejara descansar.

Mostrándole un supuesto enfado, repliqué:

—Zorra, ¿te has corrido sin mi permiso!

Cayó al suelo de rodillas al escuchar mi queja y con lágrimas en los ojos imploró mi perdón mientras me ofrecía a que castigara su osadía poniendo su culo en pompa. Su sumisión lejos de cortarme me excitó y sentándome en la cama, le ordené que se acercara.

Si todavía albergaba alguna duda de su condición de sumisa, esta desapareció cuando acercándose hasta mi lado la oí contestar:

—Amo, he sido mala.

Dominado por una nueva inquietud, la tumbé sobre mis rodillas y empecé a azotarle el trasero mientras trataba de controlar mi propia excitación. Viendo que no se quejaba, esos suaves azotes se fueron incrementando tanto en su intensidad como en velocidad hasta convertir esas paredes en un despropósito de gritos y de nalgadas.

En un momento dado, el color amoratado de su trasero me hizo parar y horrorizado observé los efectos de esa tunda.

«Me he pasado dos pueblos», comprendí y queriendo aliviar mi error, fui al baño a coger crema con la que hidratar su piel.

Al verme volver con el bote, Julie me soltó:

—No se preocupe por mí, ¡me lo tenía bien merecido!

No me sirvió de nada que no me considerara culpable y abriéndolo, cogí entre mis dedos una buena cantidad de crema y comencé a esparcirla por la adolorida piel de la rubia. El efecto fue inmediato, los sollozos de dolor de la rubia cesaron al notar el frescor de esa pomada y acomodándose sobre las sabanas, permaneció quieta mientras la repartía por los adoloridos cachetes.

Llevaba apenas unos segundos haciéndolo cuando pude escuchar unos suaves pero insistentes gemidos de satisfacción que brotaban de su garganta.

«No puede ser», sentencié mentalmente, «¡se está excitando!».

Fue entonces cuando comprendí que, tras el castigo sufrido, Julie estaba interpretando esas caricias como una especie de recompensa y como buena sumisa, no podría evitar el excitarse. Que esa mujerona pudiese pasar del dolor al gozo en tan corto espacio de tiempo me intrigó y queriendo conocer hasta donde llegaría su calentura, deposité sobre sus glúteos otra buena dosis de ese potingue y seguí reconfortándola.

—No me lo merezco, ¡he sido mala! — sollozó al experimentar la ternura con la que mis yemas recorrían su trasero.

—Lo sé y por eso tuve que castigarte —contesté mientras pensaba en cuánto tardaría en llevarla hasta el orgasmo.

La calentura de la científica creció exponencialmente cuando dividí mis caricias y mientras una mano dirigía sus mimos al inhiesto botón que se escondía entre los pliegues de su sexo, la otra hacía lo mismo con los bordes de su cerrado ojete.

— ¡Gracias! — aulló de placer mientras involuntariamente intentaba forzar ambos contactos con rítmicos movimientos de cadera.

Viendo que con renovada fuerza la pasión la iba dominando, sonreí y obsesionado con determinar sus límites, seguí torturando su clítoris cada vez más rápido.

—Amo, ¡por favor pare! ¡No quiero fallarle otra vez y si sigue me voy a correr! — gritó desolada al saber que no aguantaría más.

Que fuera honesta, me alegró y dándole vía libre para hacerlo, mantuve el feroz ritmo con el que atormentaba su coño mientras con uno de mis dedos violaba la virginidad de su esfínter. Ese doble estímulo desbordó las defensas de la rubia y como había previsto, todo su cuerpo se vio sacudido por un brutal orgasmo.

— ¡Soy su niña! — con un chillido confirmó su completa entrega.

Sin advertir que el oscuro dominante que había en mí se iba liberando al ir cayendo las cadenas que lo mantenían preso, disfruté de la claudicación de Julie mientras en mi entrepierna se alzaba sin control mi lujuria.

«Ella se ha corrido dos veces y yo sigo vestido», me dije mientras me despojaba del pantalón.

Al ver que mi pene emergía inhiesto de su encierro, la rubia pegó un gemido y sin que yo se lo tuviera que exigir, se puso a cuatro patas sobre la cama haciéndome saber de ese modo que podía tomarla.

La devoción con la que se fijaba en mi erección azuzó mi calentura y acercando la punta de mi glande a su abertura, puse mis manos en sus hombros. No pregunté:

Tirando de ellos hacía mí, clavé mi estoque en ella.

La demostración que la mujer había absorbido por completo mi extensión llegó cuando mis testículos rozaron sus nalgas.

—Por fin, después de tanto tiempo, ¡soy suya! —gritó embargada por la emoción.

Sin llegar a comprender sus palabras empecé a sacarla lentamente. Eso me permitió notar cada uno de los pliegues de su coño y sin haber terminado, volví a metérselo centímetro a centímetro.

Repitiendo esta maniobra, incrementé mi ritmo poco a poco hasta que paulatinamente, noté que la presión que ejercía sobre mi extensión iba menguando y que ese estrecho conducto era todo lo que un hombre podía desear.

—Tu sexo me viene como un guante —comenté encantado.

Mi lisonja emocionó a la mujer, la cual meneando sus caderas y pegando un aullido, me pidió que siguiera usándola. Su obediencia y el modo en que acompañaba sus movimientos a los hicieron que nuestro suave trote se convirtiera en un galope desenfrenado.

—No puede ser, ¡estoy a punto de correrme otra vez! — dijo totalmente entregada a la pasión al sentir que mis huevos rebotaban contra sus nalgas.

«Va a resultar multi orgásmica», afirmé mentalmente y asiéndome de sus pechos, los usé como agarre.

La nueva postura le encantó. Cogiéndolo entre sus uñas, como posea se apoderó de su clítoris y siguiendo el ritmo con el que machacaba el interior de su sexo, lo torturó. Su orgasmo no tardó en llegar y al sentir las primeras descargas, se desplomó sobre la cama dejando su culo en pompa. En esa posición, mi pene entraba más profundamente en su interior y mientras mi

recién estrenada sumisa gritaba a los cuatro vientos el placer que experimentaba, la agarré de su melena y tirando de ella hacia atrás, esparcí mi simiente sobre su fértil vagina.

Agotado, disfruté de los estertores de su placer mientras digería todo lo sucedido.

—Nunca creí posible ser tan feliz... ¡qué razón tenía su padre cuando me hizo admitir la sumisa que había en mí! — susurró la rubia en mi oído interrumpiendo mis pensamientos.

— ¿No lo sabías antes de llegar aquí? —pregunté alucinado.

Con una dulce sonrisa en su boca, esa obediente mujer contestó:

—Lo descubrí cuando un día en el que se había enfadado conmigo, me sentí tan mal que le imploré que no me echara y le juré que siempre le iba a obedecer.

—No entiendo, ¿me estás diciendo que fue entonces cuando supiste que eras sumisa?

—No exactamente— bajando su mirada replicó: —comprendí mi naturaleza cuando al igual que usted me puso en sus rodillas y me corrí al experimentar el dulce dolor de sus nalgadas...

## Capítulo 6

A pesar del jet-lag, apenas dormí esa noche. Hasta las tres fue culpa de la enorme capacidad sexual que demostró la americana sobre las sábanas, pero a partir de esa hora la causa de mi insomnio fueron la odiosa figura de mi padre y el convencimiento que tanto esas cuatro mujeres como yo éramos unas meras cobayas de otro de sus siniestros experimentos.

Pero lo que realmente me trajo por la calle de la amargura fue reconocer en mi interior que algo me impulsaba a quedarme en ese lugar y ver en que terminaba.

«Debo de estar loco. Si estuviera en mis cabales, saldría corriendo de aquí», me dije mientras a mi lado descansaba Julie después del esfuerzo que tuvo que soportar durante horas debido a mi lujuria.

Sobre ella no tenía queja porque no solo había descubierto que lejos de ser una estrecha, era una de las mujeres más ardientes que jamás conocí, sino que además su peculiar modo de amar me había embelesado.

«Cuando vuelva a España, esta zorrita se viene conmigo», murmuré entre dientes admirando la belleza de su cuerpo desnudo. Deseaba despertarla, pero consideré mejor dejarla dormir un poco más porque de nada me serviría compartir con ella mis inquietudes.

Completamente desvelado me puse a pensar en las otras tres y contra mi voluntad se incrementó mi turbación al tener que admitir que de manera diferente todas me atraían.

«No se parecen en nada y aun así las deseo», advertí de mal humor que me apetecía descubrir cómo se comportarían en la cama la dulce e inexperta Trisha, la descocada y calenturienta Lucienne, pero sobre todo la despampanante y alegre Guadalupe.

«¡Estoy jodido!», reconocí, «¡Me llevaría a todas a Madrid!».

La certeza que el difunto conocía mis gustos mejor que yo me cabreó y lleno de angustia, tuve que combatir las ganas de ir a ver como estaban “mis niñas”.

—¡Es ridículo! —escandalizado exclamé al percatarme que acababa de usar el mismo apelativo que mi viejo para referirme a ellas: — ¡Son mujeres hechas y derechas!

—¿No puede dormir? —murmuró Julie mientras se desperezaba—  
¿Necesita algo de mí?

La dulzura de su tono me conmovió y pasando mi mano por su rubia

melena, contesté:

—No pasa nada, preciosa. Sigue durmiendo.

Desgraciadamente el mal estaba hecho y con una expresión triste en sus ojos, me replicó:

—Mi mayor ilusión es servirle y si no me deja, me hace sufrir.

El desconsuelo que traslucían sus palabras era tan genuino que decidí aparcar de momento mis dudas y atrayéndola hacía mí, la besé. Reaccionando pegó su vulva contra mi sexo y sin esperar a que yo se lo pidiera, puso sus pechos a mi disposición.

—Sé que le gustan, son suyos mis pechos.

No os podéis imaginar lo que sentí al ver sus dos rosados botones y sin dejar que se arrepintiera, bajé mi cabeza hasta ellos para inmediatamente y sacando la lengua, empecé a jugar con sus bordes.

—Disfrute de su sierva —exclamó la mujer en cuanto sintió la humedad de mi boca.

Pocas cosas son tan convincentes como una mujer deseosa de caricias restregándose contra ti mientras le mamas los senos y por eso despertando de su letargo, mi pene se irguió inhiesto contra su entrepierna.

Julie al sentir la presión contra su sexo, intentó empalarse con él, pero eso no era lo que en ese momento deseaba y deshaciéndome de su acoso, la tumbé sobre la cama y empecé a recorrer con mis besos sus piernas.

—Obedece y quédate quieta —ordené porque tenía un objetivo claro, su coño.

Alternando de un muslo a otro, me fui acercando a mi meta. Mientras iba recorriendo los escasos centímetros que me separaban de su tesoro, no dejé de escuchar su gozo. La rubia completamente entregada no pudo aguantar su excitación y pellizcándose los pezones me gritó:

— ¡Cómase! ¡Su puta lo está deseando!

Levanté mi mirada porque me extrañó oír de los labios de una sumisa tan abrupta exclamación. Al advertir que el deseo la tenía subyugada, acorté los preliminares y cogiendo su clítoris entre mis dientes, los mordisqueé suavemente.

— ¡Dios! ¡Cómo me gusta! —exclamó separando aún más sus rodillas.

Reforzando mi dominio, introduje un dedo en su interior sin dejar de recorrer con mi lengua el hinchado botón de su sexo. Mi doble caricia la volvió loca y forzando el contacto, presionó mi cabeza contra su vulva. Convencido de que esa mujer necesitaba desfogarse, aceleré mis maniobras

mientras le introducía una segunda falange en su interior.

—Amo, necesito correrme —chilló temblando por la pasión que la consumía.

Lametazo tras lametazo de mi lengua, incursión tras incursión de mis dedos, sus defensas fueron cayendo una a una hasta que desplomándose sobre la sabana casi llorando me rogó que la dejara llegar.

—Puedes hacerlo —respondí sin saber que al escuchar que tenía mi permiso, la rubia se iba a ver sacudida por un gigantesco orgasmo.

Juro que me impresionó porque apenas acabábamos de comenzar y deseando que para ella algo tierno también fuera inolvidable, seguí mamando de su sexo mientras mi sumisa convulsionaba se derretía en mi boca.

—¡Qué maravilla! —sollozó al sentir que su placer se prolongaba más allá de lo razonable.

Levantando sus piernas, las puse sobre mis hombros y olvidándome que era su dueño, la besé tiernamente mientras la ensartaba lentamente con mi verga. Mi intrusión la terminó de enloquecer y berreando como una histérica, me rogó que la tomara.

—Lo haré todas las veces que quieras y no solo hoy —respondí y satisfaciendo su lujuria, usé sus hombros como agarre para empalarla una y otra vez.

A cada estocada, esa rubia respondía con un grito de pasión. Sonriendo pensé que era imposible que las otras tres fueran capaces de seguir durmiendo con lo que estaba ocurriendo en mi habitación.

—Como sigas berreando de esa forma, vas a despertar a tus amigas —comenté y dándole un suave pellizco en un pezón, pregunté si quería que siguiera.

—Se lo ruego —contestó moviendo sus caderas— intentaré gritar menos.

Supe que iba a ser incapaz y con el propósito de demostrarle que estaba mintiendo, incrementé tanto el ritmo como la profundidad de mis ataques. Mordiéndose los labios para no chillar, Julie se agarró a los barrotes de la cabecera y su nueva posición me permitió sumergirme aún más en su interior.

Comprendió su error al sentir mi glande chocando con la pared de su vagina y aunque me pidió un momento de tregua, no la hice caso y seguí machacando su sexo buscando liberar la tensión acumulada entre mis piernas. Paulatinamente sus gemidos y sollozos volvieron a llegar a mis oídos y ya convertidos en verdaderos aullidos, la rubia sucumbió ante mi ataque.

Con su olor a hembra satisfecha y con mi miembro a punto de explotar,



seguí ampliando su orgasmo con prolongadas estocadas durante unos minutos. Cuando comprendí que estaba a punto y que mi eyaculación no tardaría en llegar, la pregunté si quería que me corriera en su interior.

—Lo necesito.

Sus palabras fueron una dulce orden que obedecí y descargando dentro de ella, pregoné a voz en grito mi placer mientras anegaba su sexo con húmedas y blancas andanadas. Al notar mi semen llenando su conducto, Julie sintió que todo su cuerpo se estremecía de placer y sin importarle que sus compañeras pudiesen oírla, gritó:

— ¡Siempre seré su esclava!

Exhausto me acababa de tumbar a su lado cuando, desde la entrada de la habitación, me llegó el sonido de unos pasos. Creyendo que era otra de las científicas con ganas de pasar un rato agradable, levanté mi mirada y horrorizado descubrí que quien nos miraba desde el borde de la cama, no era ninguna de las tres sino una preciosa bebida de unos dos años.

Avergonzado estaba intentando tapar nuestra desnudez cuando con una ternura que me erizó todos los vellos de mi cuerpo, esa criatura preguntó:

— ¿Eres tú mi papá?

Nada en la vida me había preparado para esa pregunta. Temiendo herir los sentimientos de la nena, me abstuve de negarlo y luciendo una sonrisa forzada, miré a la mujer que tenía a mi lado esperando que ella se lo aclarara, pero entonces totalmente aterrorizada contestó:

—Déjeme que le explique...

No me hizo falta que dijera nada más, su ruego me confirmó que de alguna manera era hija mía. He de confesar que me entraron ganas de estrangularla, pero la presencia de la nena me lo impidió y haciendo un esfuerzo sobrehumano para no montar un espectáculo, exigí a la americana que fuera a por las otras tres arpías.

No tuve que repetírselo porque vio en mi orden un modo de escapar y como una exhalación salió de mi cuarto sin importarle que ir desnuda, mientras la niña en su inconsciencia se subía a la cama y se acercaba a mí. Para mi pesar, descubrí mis ojos en los suyos y ya convencido de mi paternidad, intenté descubrir cuál de las zorras de mi viejo era la madre.

Desgraciadamente, tras un breve examen, no lo tenía claro porque el pelo rubio hacía que mis sospechas recayeran en Julie, pero la forma de la cara me recordaba a Trisha.

«¡No habrán sido capaces!», exclamé en el interior de mi cerebro al

comprobar que la boca era de Lucienne y el color de la piel de Guadalupe.

La bebita, ajena al cabreo que sentía, se subió sobre mi pecho y comentó:

—Me llamo María como mi abuela.

«¡Hijo de puta!», mascullé para mí al comprender que ese nombre era idea de mi viejo que en su retorcida mente sabía que al llamarla como a mi madre me sería más difícil desentenderme de ella.

Rompiendo el silencio que se había establecido entre nosotros, acaricié su pelo mientras le preguntaba si alguien le había dicho que era preciosa. Sonriendo con una ternura que removió unos sentimientos que jamás creí tener, María corroboró mis más negros pronósticos diciendo:

—Mis mamás continuamente. Sobre todo, Mama Lupe, cuando me baña no para de decirme lo guapa que soy.

Deseando confirmar mi condena, le pregunté cuántas mamás tenía. Haciéndose la sabionda, respondió demostrando que sabía contar:

—Cuatro. Mamá Lupe, mamá Julie, mamá Trisha y mamá Lu.

«¡Menudas zorras! Han mezclado sus genes con los míos y ésta pobre es el resultado de su experimento», pensé descompuesto y con ganas de vomitar.

Como María no tenía culpa alguna, no la separé de mí cuando me dio un beso en la mejilla diciendo:

—Tenía muchas ganas de conocerte, el abuelo siempre me habla de ti. Dice que tú me cuidarás y me enseñarás a ser la persona más inteligente del mundo.

—No tengas dudas que así lo haré— repliqué mientras mi interior se consumía por la ira.

El concepto que tenía del que fue mi padre no mejoró porque ese capullo hubiese hablado bien de mí a la niña. Mientras vivía, Ricardo Almeida había sido un puñetero grano en el culo y pensaba que una vez su cuerpo estuviese criando gusanos, jamás volvería a pensar en él. Desgraciadamente ese cabrón era como un cáncer, ¡incapaz de erradicar! Aun muerto, su fantasma volvía a torturarme con mayor eficacia que cuando estaba vivo.

«¿Qué pasa con las brujas?», pensé mirando el reloj mientras me vestía, «Ya deberían estar aquí».

Como Julie había tenido tiempo suficiente para avisarlas, su tardanza solo podía ser debida a dos causas: o que ninguna tenía el valor de enfrentarse a mí, o todas juntas estaban decidiendo en un aquellarre el modo de disculparse.

«No hay excusa posible a lo que ha hecho, ¡me siento violado!», ofendido hasta el tuétano sabía que de ningún modo las podía perdonar. Es más, estaba

pensando en llevarme de ahí a esa pobre criatura y que por su bien no volviera a ver a las científicas.

«Cualquier contacto con ellas será contraproducente», sentenció justo en el momento en el que la puerta de mi cuarto se abrió y vi entrar en comandita a las cuatro.

Su nerviosismo era evidente, así como el hecho que ninguna quisiera llevar la voz cantante por eso cuando llevaban unos segundos frente a mí con sus cabezas gachas y sin empezar, fui yo quien les preguntó:

— ¿Cuándo me ibais a decir que tenía una hija?

Nadie contestó y eso me enervó aún más. Juro que tenía ganas de abofetearlas, pero con María presente no podía hacerlo y por eso insistiendo les informé que sabía el modo pero que no me imaginaba cuál de las cuatro la había parido.

Solo conseguí mirando fijamente a los ojos de Julie que ella me respondiera:

—Don Ricardo seleccionó un vientre de alquiler porque decía que el tiempo de sus niñas era demasiado valioso.

«¡Tiene cojones! ¡Con cuatro zorras y se tuvo que buscar una quinta!», protesté en mi interior al no poder exteriorizarlo y viendo que la sumisa había roto el pacto de silencio, girándome hacia Luciana le solté:

—Me imagino que el diseño es tuyo— su silencio no pudo evitar que supiera que era así y por ello, quise saber qué porcentaje de los genes de María eran herencia mía.

—Cerca del treinta y tres por ciento— respondió sin levantar la mirada.

— ¿Cómo determinaste qué genes coger y cuáles desechar? ¿Un porcentaje fijo de cada donante? — reclamé.

Increíblemente, esa zorra se sintió menospreciada y alzando la voz, contestó:

—Eso hubiese sido poco profesional. La elección fue consensuada en virtud de su valía...— y como la moderna Mengele que era, me dio un ejemplo diciendo: —...para que te hagas una idea, a la hora de elegir el aspecto físico pedimos a un artista que mezclara nuestros rasgos para que buscara la combinación perfecta y entonces seleccionamos los genes que dieran ese resultado.

Interviniendo por vez primera, Guadalupe murmuró no muy segura:

—Sentimos que te hayas enterado de este modo, pero Ricardo nos prohibió hacerlo porque quería decírtelo él. Sé que tenía planeado contártelo

en tu despacho, pero tu rápida marcha se lo impidió.

Conteniendo mi mala leche porque la cría seguía la conversación desde mis rodillas, contesté:

—Esa excusa no me sirve y esto va por todas, Don Ricardo está muerto.

María en su infantil ingenuidad dijo medio llorando:

—Eso no es cierto, el abuelo se ha ido a la televisión.

El dolor de esa criatura me conmovió y no queriendo profundizar su dolor, la pregunté dulcemente qué era lo que le apetecía desayunar.

—Papá, ¡sigo tomando pecho! — riendo contestó y creyendo que no la creía, quiso mostrarme lo equivocado que estaba.

Bajándose de mis piernas, se acercó a la hindú, desabrochó su blusa y sacándole una teta, se puso a mamar.

— ¿Tú no eras virgen?

Mi sorpresa fue tal que Trisha totalmente colorada quiso aclarármelo diciendo:

—Creímos conveniente para fomentar sus lazos afectivos que una de nosotras le diera de mamar y como yo era la única voluntaria, Guadalupe se ocupó de inyectarme las hormonas necesarias para así poderla alimentar cuando naciera.

— ¡Estáis de psiquiátrico! — grité mientras salía de la habitación...

## Capítulo 7

Huyendo de ese lugar, me interné en la selva con el corazón encogido por el destino de esa niña. María no era culpable del modo en que había sido concebida y bastante tendría al crecer con saber que era producto de las mentes perturbadas de las que consideraba sus madres.

Por mucho que hubiesen sido presionadas para aceptar esa infamia, debían hacerse negado a colaborar con mi viejo. No podía dejarlas de responsabilizarlas de ello, aunque algo en mi interior me hacía preguntarme qué tipo de chantaje o recompensa había usado el loco aquel, para que cuatro jóvenes científicas hubiesen aceptado participar en ese experimento.

«Aunque fuera una fortuna, debían haberle mandado a tomar por culo», sentenció cada vez más enfurecido.

La furia que me consumía no me permitió disfrutar de la belleza salvaje de los alrededores y al cabo de una hora, volví sobre mis pasos con la firme decisión de coger a esa criatura y salir por patas de ahí. Pero al llegar a la mansión encontré a María jugando con Guadalupe en mitad del salón. El amor que ambas se demostraban me hizo dudar y con disgusto añadido, recordé mi sufrimiento durante la niñez al crecer sin un padre a mi lado.

«Lo quiera o no, es una de sus madres», lamenté mientras me dejaba caer sobre un sillón.

Con el llanto a flor de piel rememoré el dolor que experimentaba cada vez que veía a desconocido jugando con su padre y sin darme cuenta dos lagrimones surcaron mis mejillas mientras escuchaba las risas de la cría retozando dichosa entre los brazos de Mamá Lupe.

«No puedo hacerle eso», hundido en la miseria, pensé al darme cuenta de que, a pesar de considerarlas un estorbo para su educación, mi hija necesitaría el cariño de las cuatro mujeres con las que compartía sus genes.

El problema es que eso chocaba directamente con mi opinión sobre ellas, pero entonces observé el modo en que la mexicana se divertía haciendo carantoñas a la niña y un hálito de esperanza empezó a crecer en mi interior al comprender que nadie malvado podía comportarse tan cariñosamente.

«Tengo que saber que les indujo a participar en esta locura», me dije dejando todo y rompiendo una promesa que me había hecho, me dirigí al despacho del difunto y nada más aposentar mi trasero en su silla, exclamé:

— ¡Maldito cabrón! ¡Tienes suerte de estar muerto! ¡De estar vivo te mandaré al otro barrio con mis manos!

—Esa no es forma de iniciar una conversación, hijo— respondió el fantasma de mi viejo a través de las pantallas colgadas en la pared.

—No soy tu hijo, maldito. ¡No eres más que un holograma al que da vida un programa!

Mi exabrupto no consiguió sacar de las casillas al sujeto de mis iras y sin que en la modulación de su voz notara ni enfado ni decepción, contestó:

—Eso no puedo negarlo, pero en mi programación está que te llame así — y haciéndome saber que sus tentáculos siempre estaban alertas, me dijo: —Me imagino que vienes a preguntar por María.

—Así es pedazo de hijo de puta— confirmé sin advertir que, al hablar de esa forma a la máquina, estaba presuponiendo que se podía molestar: —Necesito saber qué hiciste para convencer a tus “niñas” para que te ayudaran.

Increíblemente, la puñetera imagen sonrió mientras respondía:

—Nada que no hubieran aceptado previamente— y viendo que había captado mi interés, prosiguió diciendo: —Hace cinco años supe que iba a morir antes de lo previsto y por eso me aseguré de que continuaras mi gran obra.

Que me involucrara en sus planes me hizo tener la tentación de quemar ese sitio con él, ese programa, dentro pero como necesitaba respuestas, le pedí que se explicara.

—Te he estado investigando desde niño y con orgullo puedo decir que resultó una grata sorpresa descubrir que habías heredado mi inteligencia, pero también observé que tenías un carácter difícil de satisfacer, lo que ponía en peligro mis planes.

—No sé a qué cojones te refieres— repliqué: — Me considero un tipo normal y corriente.

Con expresión burlona, contestó:

—Como diría yo si estuviera todavía vivo: normal y corriente ¡mis huevos! No puedes negar la complejidad de tus gustos y tras estudiarte con detenimiento decidí que, ya que serías incapaz de encontrar en una mujer el sosiego necesario para continuar mi obra, tenía que fabricarte una.

—¿Has dicho fabricar? — escandalizado pregunté.

Mi evidente cabreo no le molestó y olvidando cómo podía tomármelo, se reafirmó en lo dicho al decir:

—No ahorré gastos. Por eso pedí un análisis psicológico de tu persona a los mejores loqueros del día de hoy y todos ellos confirmaron lo que ya sabía,

pero me negaba a admitir...

—¿El qué?

—Que era imposible que una mujer reuniera en su persona todas aquellas facetas que te harían concentrarte en seguir mi obra.

De esa forma el espíritu de mi padre me informó que jamás iba a ser feliz y como si me conociera al ver mi cara, prosiguió:

—Sabes nunca me gustó darme por vencido. Por ello, encargué a esas lumbreras que me dieran su opinión si un grupo podía hacer realidad ese imposible y para mi sorpresa, declararon que sí pero que entre ellas debía de existir un vínculo que evitara que sus intereses personales hicieran volar por los aires tu relación con ellas.

«María es ese nexo», comprendí.

Nuevamente interpretó mis gestos y dijo:

—Afortunadamente uno de esos psicólogos tenía una mente más abierta que los otros y dejó caer que compartir de algún modo un hijo sería lo suficiente. Sé que ese tipo se refería a una adopción, pero dado a lo que yo me dedicaba, intuí que nada les uniría más que ser madres y por eso me dediqué a buscar candidatas que cumplieran tus requisitos.

—Serán los tuyos, yo ni siquiera opiné.

—Como quieras —contestó sin alterarse: —Tras mucho buscar encontré a las cuatro que ya conoces y reuniéndome con ellas, una a una negocié un acuerdo satisfactorio para ambas partes.

—¿Qué tipo de acuerdo? — le increpé porque ese era el meollo del asunto que me había llevado hasta él.

Con una indisimulada satisfacción el holograma del difunto contestó:

—Yo les daba el dinero y la libertad que la ciencia oficial les negaba para trabajar en sus áreas y ellas me daban manga ancha para que yo me dedicara a satisfacer sus carencias.

—No te entiendo— reconocí.

—Habrás adivinado que esas cuatro tenían un problema antes de llegar aquí porque a pesar de ser bellas y tener unas mentes brillantes, habían accedido a encerrarse aquí.

«Ese fue mi razonamiento cuando las conocí» pensé para mí, pero haciendo como si no fuera consciente de ello, le pregunté qué tipo de problema tenían en común.

—Eran unas inadaptadas, incapaces de retener a una pareja a su lado— dijo dejando caer la bomba— y cuando me comprometí con ellas a que, si me

daban la misma libertad que yo les ofrecía, encontraría un hombre que las comprendiera. Ninguna dudó y todas firmaron sin preguntar el método.

—¿Qué cojones les hiciste? — espantado quise saber.

—Afianzar la naturaleza de sus deseos mientras les iba inoculando la idea que tú, mi hijo, eras la solución que buscaban.

—Me he perdido —contesté.

—Es muy sencillo. Usando a Julie como ejemplo, esa mujer tenía un alma sumisa que anhelaba salir a flote. A través de un sistema de reeducación, esa rubia aprendió a aceptarse a sí misma y a ver en ti a su futuro amo. Con eso mataba dos pájaros de un tiro, me aseguraba que uno de los mejores cerebros del mundo trabajara para mí y resolvía las urgencias de tu lado más oscuro.

—No has contestado a mi pregunta, ¿en qué consistió esa reeducación?

Dando por sentado que conocía los avances en psiquiatría sobre inducción pasiva, respondió:

—Después de trabajar, las hacía ver conmigo películas que llevaban incorporados mensajes subliminales para ayudarles a romper las cadenas que evitaban salir a sus verdaderos yos.

—Les lavaste el cerebro— exclamé colérico.

—Ese es un concepto antiguo, fijé en sus mentes lo que ya existía en ellas y únicamente grabé un par de conceptos necesarios.

—¿Qué conceptos?

—Eso es fácil de responder. El primero es un amor incondicional por ti y el segundo la completa aceptación de que sin ti no pueden vivir.

Tras digerir esa información comprendí que ese capullo había instalado en sus mentes el segundo no para tenerlas controladas, sino para garantizarse que no las dejaría a su suerte una vez hubiera conocido que formaban parte de su plan. ¡De hacerlo las abocaba casi al suicidio o a algo peor!

—Siempre pensé que eras un hijo de perra y me alegra saber que no estaba equivocado.

Mi nuevo insulto le hizo reír y estaba a punto de cerrar la comunicación con ese programa tan perverso cuando me preguntó si era consciente de lo que habían provocado mis actos en sus “niñas”.

—Realmente no.

Ese malnacido o mejor dicho su imagen contestó:

—Por primera vez en tres años, no han ido a trabajar.

Y antes que pudiese hacer algo, fui testigo a través de esas pantallas del



sufrimiento de Trisha que instalada en su cuarto y mientras usaba un sacaleches, no dejaba de llorar.

—Me da lo mismo.

Cambiando de mujer, los monitores me mostraron a Julie flagelándose con un látigo por haber fallado a su amo.

—¿Tampoco te importa que tu sumisa esté pensando en demostrarte su fidelidad haciéndose algo irreparable?

No esperé a qué me mostrara a las otras dos y corriendo salí en busca de la americana para evitar que cometiera una tontería. Tal como me había anticipado encontré que la rubia estaba a punto de infligirse un castigo atroz y retirando de sus manos las cuchillas con las que pensaba cortarse las venas, la abracé.

Julie se derrumbó en mis brazos y con una angustia que me dejó paralizado me confirmó sus intenciones diciendo:

—Después de haberle fallado, sé que no merezco vivir.

Viendo su dolor, supe que solo había una forma de consolarla y cuidando de su bienestar como solo un amo saber hacer, mordí cruelmente sus labios mientras le decía:

—Te perdono, pero te prohíbo que ni siquiera vuelvas a pensar en algo así.

Con lágrimas en los ojos, agradeció mi perdón y dando muestra de la completa subordinación que sentía hacia mí, me rogó que podía castigarla pero que nunca la dejara porque sin mí no tenía sentido su existencia.

«Cabrón, seguro que había otro método de convencerme de seguir tus pasos», pensé mientras acunaba a mi sumisa sobre mis rodillas...

## Capítulo 8

Durante largos minutos consolé a la desesperada rubia y mientras lo hacía no dejaba de pensar en qué hacer con esas mujeres porque, aunque tenían parte de responsabilidad en su destino, eran tan víctimas de la mente trastornada de ese viejo como María o como yo.

«No sabían en quién depositaban su confianza», me dije valorando en su justa medida que una vez su cerebro había asimilado las enseñanzas de ese loco era casi imposible que hubiera una marcha atrás,

«Aun así deben de conocer a qué se enfrentan y será cosa suya cómo afrontarlo», concluí y viendo que Julie estaba bastante más respuesta, le pedí que reuniese a sus compañeras en el salón.

—Amo, ¿traigo a María o la dejo con su cuidadora?

—Mejor déjala con ella. Es demasiado joven para entender lo que os voy a decir.

Asustada y temiendo nuevamente que la dejara desprotegida, se echó a mis pies implorando que la permitiera seguir a mi lado.

Acariciando con dulzura su rubia melena, la conseguí tranquilizar al decirle:

—Desde ahora te juro que seguiré siendo tu dueño, a no ser que tú decidas lo contrario.

Secándose las lágrimas con su vestido, sonrió y fue a cumplir con mi orden con la seguridad que era mía. Cinco minutos después, me informó que las cuatro estaban ya esperando y sabiendo que, aunque les doliera era necesario que supieran que el hombre que tenían en tal alta estima había sido un malnacido que había abusado de su ingenuidad, fui a su encuentro.

Como me esperaba en todas encontré rastros de haber llorado y sentándome frente a ellas, les informé que era tan importante lo que quería notificarles que no debían interrumpirme.

—Así lo haremos— dijo Lucienne con sus ojos todavía rojos de tanto llorar.

Me sorprendió que fuera ella la que tomara la palabra porque hasta entonces ese papel se lo tenía reservado en solitario Guadalupe. Buscando una razón a ese mutismo, la observé y con disgusto concluí que su dolor era tal que se sentía incapaz de hablar.

Mi examen no le pasó inadvertido y eso la puso aún más nerviosa porque sin desearlo su cuerpo reaccionó dando muestras de una creciente excitación.

—Por favor, empieza— sollozó la mexicana al saber que en ese momento tenía los pezones totalmente erizados.

La visión de esos montículos reafirmó mi decisión y por ello, comencé a explicarles sin perder ningún detalle mi conversación con ese programa que tanto mi hija como ellas veían como una reencarnación electrónica de mi viejo.

Supe que me creyeron al contemplar sus caras. Caras que, si en un principio mostraban dudas de la veracidad de lo que les estaba informando, esas dudas se fueron convirtiendo en certezas y las certezas en indignación.

Al terminar, la mexicana tomando la iniciativa, me preguntó.

—Supongamos que tiene razón y Ricardo se dedicó a incrementar la fuerza de nuestros deseos más privados... ¿nos puede informar a Lucienne y a mí en qué consisten?

—Sinceramente, ¡no lo sé! Pero al igual que al tratarme Julie reconoció en mí a su amo y que Trisha vio cómo su cuerpo reaccionaba al sentir mis labios sobre sus pechos, sé que no tardaré en descubrirlo porque, si es cierto lo que ese cretino me dijo, de alguna forma mi progenitor os ha moldeado para que fuerais complementarias a mí.

Aunque mi intención no había sido mortificar a la hindú, al hacerle recordar la sensación que la dominó al sentir mis labios mordiendo sus pezones no se pudo contener y pegando un gemido, nos hizo saber al resto el grado de calentura que eso le había provocado.

—A nosotras ni te nos acerques— exigió Guadalupe mientras levantaba a la francesa de su asiento y llevándola cogida de la mano, se dio la vuelta diciendo: — Estas dos harán lo que quieran, pero Lucienne y yo ¡nos vamos!

Supe que al menos su compañera no se veía cumpliendo esa amenaza porque con sus ojos me imploró que la retuviera, pero haciendo caso omiso a lo que inconscientemente todo su ser me imploraba, contesté:

—Me parece lo más acertado. Contad con mi ayuda y mi dinero para seguir con vuestras vidas lejos de mí. Lo único que no me podéis pedir es a María. Nuestra hija se queda conmigo.

—No esperaba menos de un cerdo como tú— respondió llena de ira: — ¡Ojalá nunca te hubiese conocido!

Tras lo cual, dando un portazo, se encerró junto a Lucienne en su habitación. Al girarme a comprobar la reacción de las otras dos, Julie me devolvió una sonrisa.

—¿Qué piensas hacer? —pregunté a Trisha porque estaba seguro de las

intenciones de su compañera.

Conteniendo el llanto, la morena contestó:

—Mañana no lo sé, pero esta noche quiero conocer lo que eres capaz de hacerme sentir.

—No me parece una buena idea. Cuanto más roce tengáis conmigo y en tu caso con mis labios, más difícil os resultará dejarme.

Fue entonces cuando Julie, interviniendo por vez primera, me soltó:

—¿No ha pensado en que su padre nos hizo un favor? Al menos yo sé que junto a usted, voy a conseguir una felicidad que nunca imaginé. Desde niña sabía que era diferente pero no tenía el valor de aceptar que lo que realmente necesitaba era someterme a la voluntad de un amo.

—¿Quién lo está diciendo? La verdadera Julie que creció en un suburbio de Chicago o la Julie que fue moldeada para mí— repliqué molesto al darme cuenta de la alegría que sus palabras habían provocado en mi interior.

—¿Importa acaso? — dijo arrodillándose ante mí.

La postura de sumisión absoluta que adoptó levantó de golpe una brutal erección bajo mi pantalón y contra mi voluntad, tuve que aceptar que todas las células de mi cuerpo me azuzaban a aceptar a esa mujer tal y como era.

Curiosamente fue la hindú la que, al ver el bulto que crecía entre mis piernas, me convenció al decir:

—Manuel vete con ella, ambos lo necesitáis.

Supe que era así. Levantando a la mujer del suelo, la tomé entre mis brazos y despidiéndome de Trisha la llevé hasta mi cama. Nada más quedarnos solos, Julie buscó con urgencia desnudarse. Con mi corazón a mil por hora, me despojé de mi ropa para recibir a mi sumisa.

El júbilo que descubrí en sus ojos me hizo asumir que esa mujer ya era parte integrante de mi vida y por eso no comprendí que, en vez de abalanzarse sobre mí, Julie me dijera mientras se sentaba en una esquina de la cama:

—Solo le pido que me deje velar su sueño esta noche. Hoy no es mi turno— y levantando sus ojos me señaló hacia la puerta donde encontré a Trisha indecisa sin saber si entrar.

Por su mirada comprendí que esa mujer se debatía entre acudir a mí y salir huyendo, pero incapaz de forzar su entrega, me quedé callado y tuvo que ser la rubia la que, dando una palmada sobre el colchón, le dijera:

—Tonta, no ves que él también te desea.

Llorando a moco tendido, la morena acudió en busca de mis besos.

Conmovido por sus lágrimas, la besé y haciendo un hueco en la cama, la tumbé a mi lado.

—Por favor, no me eches— sollozó la hindú mientras buscaba el cobijo de mis brazos: —Puede que el amor que siento por ti sea no sea natural, pero me moriría si me rechazas.

—No te voy a rechazar ahora ni nunca. Lo único que quiero es que estés segura de lo que haces.

Creo que fue al escuchar mis reparos cuando realmente Trisha se convenció de entregarse a mí y sin decir nada, se incorporó en la cama:

—Me da igual porque te amo— susurró y dejando caer los tirantes de su vestido, insistió: — ¡quiero ser tuya!

No pude dejar de recrear mi mirada en sus areolas sobredimensionadas, en las venas azules que las circuncidaban, pero sobre todo en la leche que los mantenía tan hinchados y en cómo sabría, pero no por ello me lancé en picado sobre ellos, porque debía ser ella quien lo hiciera.

Aun así, reconozco que para entonces se había despertado en mí un apetito salvaje que no pude contener e involuntariamente repliqué maravillado:

— ¡Qué hermosas son!

Trisha al oír mi halago me pidió que me acercara más y la acariciara. No pude negarme e incorporándome sobre el colchón, pasé mi mano por sus piernas mientras seguía embobado observando esos dos cántaros llenos de leche. La morena se removió inquieta y sin ningún reparo, empezó a gemir al experimentar mis caricias sobre su piel.

La mezcla de sensaciones, el pudor y miedo de ser virgen, mi mano tocándola, pero sobre todo mis ojos fijos en sus senos la fueron llevando a un estado de euforia difícil de describir.

Por mi parte también es difícil plasmar en palabras lo que sentí al ver que sus pezones reaccionaban dejando emerger un poco de leche, lo cierto es que ni pude ni quise evitar que mi mano subiera por su cuerpo como tampoco que, al llegar hasta una de esas fuentes, dos de mis dedos recogieran un poco de ese néctar.

La hindú se desbordó al ver que los metía en la boca y soltando un gemido, me pidió que le ayudara a liberar la tensión de sus pechos. Supe a qué se refería y acercando mi boca, con la lengua fui recogiendo las gotas que iban manando de esos enormes recipientes.

Costándole respirar, la mujer no dejó de gemir al sentir como jugaba con

su pezón, pero cuando abriendo mis labios me puse a mamar, no pudo más y se corrió sin que yo hubiera hecho nada más. Para el aquel entonces el sabor de la leche de esa mujer me tenía subyugado y temiendo que se negara a seguir alimentándome con ese néctar, llevé mi mano a su entrepierna y cogiendo su clítoris entre mis dedos, la empecé a masturbar.

— ¡No puede ser! — sollozó al ver prolongado su orgasmo y sin poder controlar su impulso, colaboró conmigo moviendo sus caderas.

Curiosamente, no solo fue su vulva la que fluyó, sino que sus pechos se convirtieron en dos grifos abiertos de los que bebí como poseso. Apenas me daba tiempo a tragar, cuanto más mamaba mayor era la cantidad que segregaba cada uno de sus pezones y completamente entregado a ese dulce sabor, seguí bebiendo sin dejar de tontear con el botón del placer de su entrepierna.

— ¡Por favor! ¡Para! ¡Quédate quieto! — escuché que me decía y asumiendo que de algún modo había metido la pata, dejé de ordeñarla y me la quedé mirando.

Afortunadamente esa mujer no estaba enojada sino decidida y en silencio, se terminó de desnudar mientras con enorme interés yo seguía su striptease.

«¡Coño! ¡Vaya coño!», exclamé mentalmente al contemplar el espeso bosque que crecía salvaje y que no me permitía ver nada de lo que escondía. Curiosamente, esa foresta no me repelió sino todo lo contrario, habituado a que la gran mayoría de las mujeres lo llevaran parcial o completamente depilado, al encontrarme con ella azuzó mi morbo.

Es más, no me avergüenza reconocer que me puse a babear mientras me imaginaba traspasando esa selva y hundiendo mi lengua en su interior.

—Déjame a mí— dijo Trisha al ver que acababa de quitarme el cinturón y sin esperar mi permiso, me bajó los pantalones.

Me hizo gracia verla mordiéndose los labios, al pugnar con mi calzón que se había quedado atascado en mi erección.

—Será mejor que yo lo haga —comenté con una sonrisa mientras liberaba mi pene del atasco.

—Nunca había tocado uno —murmuró mientras lo tomaba entre sus manos.

Sus ojos resplandecieron al comprobar que a pesar de su dureza era suave y como si no se lo terminara de creer, se recreó acariciándolo mientras yo la observaba con una creciente excitación.

—Es preciosa— concluyó tras examinarla y levantando su mirada, me

dijo con una pizca de miedo en su voz: — ¡Necesito sentirla dentro!

Tras lo cual, sin mediar palabra, se trató de empalar, pero tras metérselo unos centímetros se topó con un obstáculo y se quedó paralizada. Comprendí lo que le ocurría y susurrando en su oído, le pedí permiso para terminar lo que ella había empezado.

Pero entonces izando su cuerpo sobre mí, se dejó caer con fuerza con determinación y pegando un grito, derribó para siempre la última barrera que evitaba que se sintiera completamente mía.

A pesar de la brutalidad con la que dijo adiós a su virginidad, no dije nada y mientras trataba de reponerse al dolor, tomé sus pechos con la boca y me puse a disfrutar del manjar que ellos me brindaban. Y desde entonces comprendí que pocas cosas se pueden comparar tener a una mujer ensartada mientras te recreas con la leche que destilan sus pechos.

La verdad es que ella debió pensar lo mismo porque nada más sentir mis manos ordeñando sus senos y mis labios recorriendo sus areolas, comenzó a mover sus caderas buscando así que el placer amortiguara el sufrimiento de su pérdida.

—Soy tu eterna compañera— gritó mientras imprimía a su trasero un ritmo constante sin dejar de exigirme al mismo tiempo que siguiese mamando.

Poseída por el frenesí de saberse mía, Trisha forzó mis labios apretando mi cabeza contra sus pechos y demostrando que a pesar de su inexperiencia era una fiera follando, los músculos de su vagina se contrajeron presionando con cada sacudida mi erección de tal manera que no tardé en sentir que me estaba ordeñando del mismo modo que yo lo hacía con sus pechos.

Sus gemidos y sollozos se fueron convirtiendo en aullidos al ir, golpe a golpe de mi sexo contra el suyo, acumulando un exceso de excitación y tras unos minutos de loco galopar, explotó sobre mis piernas con un sonoro orgasmo que debió resonar en toda la casa.

Su cálido flujo empapando mis muslos y la tibieza de su leche en mi cara fueron los elementos necesarios para darme la puntilla y sin poder retrasar más mi propio orgasmo, esparcí mi semilla por su fértil vagina mientras mi cuerpo convulsionaba por el placer. La hindú al sentir mis descargas en su interior gritó con todas sus fuerzas que no parara y prolongando su propio clímax, se desplomó agotada contra mi cuerpo.

Fue entonces cuando Julie se acercó hasta la cama y se pegó a mí mientras nos recuperábamos del esfuerzo. Minutos después al comprobar que

Trisha respiraba sin esfuerzo, me obsequió con una dulce sonrisa diciendo:

—Mi amado amo ya ha convencido a dos de sus niñas para que reconozcan su destino. Quiero que sepa que con gusto aceptaría que me pidiera ayuda para que las otras dos vuelvan al redil y todas juntas seamos su familia.

La ternura de su voz y el brillo de su mirada me hicieron saber que, aunque no se lo pidiera esa rubia iba a hacer lo que fuera por reunir a las científicas en torno a mí, por eso sin contestarla pasé mi mano por su cuerpo y atrayéndola hacia mí, la besé con pasión.

—No es justo, ¡hoy era mi turno! — oí que la hindú protestaba.

Comprendiendo que era así, Julie se separó de mí y levantándose de las sábanas ya se marchaba cuando de pronto escuchó que Trisha le decía totalmente colorada:

—No quiero que te vayas...era broma. Sé que algún día tendré que saber que se siente y me gustaría que fuera esta noche.

Confundida, la rubia se la quedó mirando sin saber de qué hablaba y por eso tuvo que ser la propia hindú la que se lo aclarara con voz firme:

—Putá, no quiero que te vayas... ven y ponte a ordeñar mis pechos mientras nuestro hombre me hace el amor.

No pude evitar soltar una carcajada, carcajada que se prolongó al escuchar a Julie contestar mientras volvía hacia la cama gateando:

—Ama, será un placer obedecerla hoy y ¡siempre!...



## Capítulo 9

Debían ser cerca de las siete de la mañana cuando sentí que Trisha se levantaba en silencio. Al preguntar dónde iba, la hindú se giró hacia mí y luciendo una sonrisa, contestó:

—A dar de mamar a nuestra hija, si es que me habéis dejado algo en mis pechos.

Su guasa me hizo gracia y riendo contesté que se diera prisa en volver si después de María le quedaba algo y que, si no, no volviera.

—Eres malo— replicó muerta de risa: — ¡Solo me quieres como tu vaquita!

Tras desaparecer por la puerta, me puse a pensar tanto en mis siguientes pasos con esas científicas, como en lo que debía hacer con la locura que mi padre, todavía me costaba llamarlo así, estuvo financiando hasta su muerte y que, de aceptar su herencia, me obligaba a sufragar. Reconociendo que sabía poco, por no decir nada, de los avances que habían conseguido hasta esa fecha, comprendí que debía estudiarlos no fuera a ser que hubiese alguno que realmente valía la pena salvar de la quema.

Y como de las cuatro solo dos me hablaban, decidí empezar con las reacias porque así conseguiría matar dos pájaros de un tiro. Por una parte, confirmaría que las investigaciones que llevaban a cabo eran el sueño de un chiflado sin aplicaciones prácticas o por el contrario que, obviando a su impulsor, esos experimentos podrían algún día retornar lo invertido en ellos. Y, en segundo lugar, pero no por ello menos importante, con ello obligaría a las disconformes a tratar conmigo porque, lo quisiera o no, me sentía responsable de lo que les ocurriera.

«También ellas son las madres de María», concluí justificando con ello ese acercamiento.

La duda era con cuál debía de empezar. Cada una de las dos tenía sus pros y sus contras, pero recordando que Lucienne, la francesita, de alguna forma ya había recibido mis atenciones pero que la mexicana era la que llevaba la voz cantante de las dos, decidí empezar por esta última al ser el hueso más difícil de roer.

Habiendo tomado esa decisión, me rebané la cabeza intentando averiguar qué fetiche o gusto sexual era el de Guadalupe, pero tras mucho revisar lo que sabía o había oído de ella, no hubo nada que me diera una pista para deducirlo.

Julie, desemperezándose a mi lado, me recordó su promesa y aunque sabía que no era bueno involucrarla, no encontré ninguna razón de no preguntarla por ello. Por eso acercándome a ella, susurré en su oído:

—Zorrita mía, ¿nos damos un baño?

Mi pregunta fue bien recibida y con cara de alegría, esa rubia contestó:

—No puede haberme dado mejor despertar— y saliendo de entre las sábanas, se fue a preparar el jacuzzi. Desde la cama, escuché que abría el grifo del agua caliente y que se ponía a trastear en el baño. Sin nada que hacer decidí acudir junto a ella.

Tal y como había supuesto, Julie había echado sales en la bañera y mientras veía como se llenaba se espuma, estaba comprobando su temperatura.

—Está perfecta— dijo al verme y acercándose a mí, me ayudó a entrar.

Aunque no necesitaba su auxilio para algo tan nimio como eso, supe que debía dejar que lo hiciera porque para ella era importante sentirse necesaria y por ello agarrado a su mano, me sumergí en el jacuzzi.

La rubia esperó a que saliera a flote para comenzar a enjabonarme con una delicadeza tal que afianzó en cierta medida la certeza que tenía de su total sumisión y dependencia que esa científica sentía por mí.

—Entra conmigo— con los ojos cerrados comenté.

No necesité abrirlos para saber que iba a obedecerme y no tardé en notar que se unía a mí, pero con lo que no contaba fue que, mostrando una extraña timidez, Julie se quedara del otro lado de la bañera.

—¿Qué haces tan lejos? Te juro que no muerdo— entre dientes mascullé.

Con voz apenas audible, respondió:

—Mi amo no me ha dicho lo que debo hacer.

—Ven – dije tirando de su brazo y pegándola a mí— una sumisa debe de conocer a su dueño y sé que eres lo suficientemente inteligente para saber lo que necesito y me apetece en cada momento.

La respuesta que me dio a esa pequeña bronca me dejó totalmente fuera de juego:

—Sabía que quería hablar conmigo y mi deber era esperar a que usted comenzara sin que la calentura de su zorrita pudiera hacerle perder el hilo de lo que quería decirme.

—¿Cómo sabes que quería hablar contigo?

—Como usted dice el deber de una sumisa es conocer a su amo —contestó luciendo su mejor sonrisa – y si mi dueño hubiese deseado usar

mi cuerpo, directamente me lo hubiese pedido.

Dándole la razón premié su inteligencia con un suave pellizco en un pezón, tras lo cual la puse de espaldas a mí y apoyándola sobre mi pecho, la interrogué por la vida en ese lugar antes de llegar yo.

Demostrando que además de estar buena, era la propietaria de una mente despierta, me soltó:

—Me imagino que lo que quiere saber son los gustos de Lupe y de Lucienne...— viendo que no contestaba, interpretó mi silencio como un sí por lo que muerta de risa dijo: —Usted conquiste el favor de la mexicanita mientras yo me ocupo de ponerle en bandeja a la otra zorrita.

Aunque intenté que me informara sobre el punto débil de Lucienne, no conseguí sonsacarle nada al decirme que quería que fuera una sorpresa. Aceptando el consejo de despreocuparme por la francesa, insistí que me dijera algo sobre Guadalupe mientras la acariciaba.

Pegando un gemido, contestó:

—Lupe se cree a salvo, pero le aseguro que por muchas defensas alce a su alrededor, todas ellas se quedarán en nada en cuanto usted le haga un par de carantoñas.

—¿Exactamente a qué te refieres? — no pude dejar de preguntar porque había muchas clases de “carantoñas”.

Poniendo voz misteriosa, replicó:

—Es la que más colada ha estado siempre por usted, pero lo niega. Si quiere que venga a su lado, solo tiene que de vez en cuando hacerle una caricia sin presionarla y ella caerá sola a sus pies implorando que la acepte a su lado.

—¿Estás segura?

—Amo, seré sumisa, pero ante todo soy una mujer con tres doctorados, dos carreras y que habla cinco idiomas... ¡no voy a perder mi prestigio mintiéndole a mi amo!

El aplomo y la seguridad con la que mantenía su opinión me convencieron y antes de zanjar el tema, únicamente pregunté si tenía algún otro consejo que darme.

Entornó sus ojos en plan pícaro antes de contestar:

—La mexicana debe rendirse plenamente. Amo, no le debe bastar con ganar una batalla, tiene que ganar la guerra y por ello, si intenta acercarse a usted sin haberse arriado su bandera pidiendo una paz sin condiciones, rechácela y a esa zorra no le quedará más remedio que ceder.

—Tienes una mente manipuladora— dije riendo.

Poniéndose seria, Julie me replicó:

—Soy su sumisa y no me merecería tal título sino buscara su bien.

Agradeciendo a la mujer sus consejos, la besé. Su rápida respuesta me permitió acariciar su cuello y hombros sin otra intención que relajarla, pero, al llegar a sus grandes pechos, sus pezones se me mostraron erectos y no pude reprimir cogerlos entre mis manos y darles un suave pellizco. Al escuchar su gemido y recordar cual era mi trabajo, llevé mi boca a ellos y tras recorrer los bordes de su aureola con mi lengua, descaradamente empecé a mamar de esa enormidad.

Julie, sin abrir los ojos, suspiró de deseo, lo que me ratificó que era lo que esperaba de mí y por eso, bajando por su torso, me fui aproximando a su entrepierna. Ella separó sus rodillas dejándome disfrutar de la visión de su sexo.

—Me encantas— murmuré mientras acariciaba los pliegues que me separaban de mi meta.

Mis palabras y mis caricias provocaron que la mujer, mordiéndose los labios, empezara a gemir calladamente. Ya seguro de sus deseos, tomé entre mis dedos su clítoris y lentamente di inicio a un ligero toqueo. Toqueo que se convirtió en masaje, al comprobar que Julie lo recibía con agrado y que, moviendo sus caderas, trataba de colaborar conmigo. Acelerando mis maniobras, froté a un ritmo endiablado su botón mientras introducía una de mis yemas en el interior de su cueva.

— ¡Que gusto! — suspiró al experimentar que su cuerpo se retorció de placer y que el orgasmo se avecinaba.

Queriendo forzar su excitación, ya sin recato, hundí mi dedo en su vagina mientras le seguía mordisqueando los pezones. Mi intromisión tuvo por efecto que la mujer llevando su mano a la entrepierna, gritara en voz alta que quería más. Siguiendo sus órdenes, empecé a sacar y a meter dos dedos en su interior sin dejar de masturbar su clítoris. Julie no tardó en correrse y cuando lo hizo pegando un grito, llevó mi boca a la suya y me besó.

—Me gustaría hacerle una mamada.

Solté una carcajada al oírla y haciéndola caso, me senté al borde del jacuzzi.

— ¡Qué bello! — musitó mientras ella tomaba mi pene entre sus manos y comenzaba a besarlo.

Ensimismada en mi miembro, recorrió con sus labios mi extensión

mientras acariciaba con sus manos mis testículos. Era tal su necesidad que tuve que apoyarme en la pared para no caer. Ajena a que estuve a punto de resbalar, Julie cada vez más alterada, había sacado su lengua y con ella había empezado a explorar mi piel, dejando un sendero húmedo a su paso. Los mimos de esa explosiva mujer me estaban llevando al orgasmo y abriendo su boca fue engullendo lentamente mi pene.

«No puede ser», pensé al percibir que Julie estaba tan sobreexcitada que se estaba corriendo al hacerme una mamada sin necesidad de que la tocara.

Torturando su propio clítoris mientras disfrutaba de mi sexo, esa mujer gritó en voz alta su placer mientras todo su cuerpo tiritaba a mis pies. Sabiendo que debía de aprovechar ese instante, me separé de ella y dándole la vuelta, comencé a penetrarla. Mi sumisa perdiendo cualquier tipo de decoro, convirtió sus gritos en estremecedores aullidos al sentir mi pene apoderándose de su interior. Fue alucinante, a cada movimiento por mi parte, esa mujer respondía con un chillido, de manera que parecía que estaba matándola. Pensando en las otras decidí acelerar mi ritmo para terminar cuanto antes. Mi decisión alargó su clímax y totalmente descompuesta, convirtió sus caderas en una batidora del sexo. Meneando su culo, no dejó de berrear como una becerria mientras de su cueva un torrente de flujo caía por sus piernas.

— ¡Dios mío! — la oí imprecicar cuando buscando un punto de apoyo, me agarré a los dos enormes melones que la naturaleza le había dado.

Ese nuevo anclaje, permitió que mis penetraciones fueran más profundas y con mis huevos rebotando en su sexo, me lancé a un desenfrenado galope que hubiera dejado en ridículo al sexto de caballería. Julie, convertida en mi montura, convulsionaba cada vez que sentía a mi glande chocar con la pared de su vagina. Fue entonces, cuando al sentir que estaba a punto de explotar, le mordí el cuello.

Es difícil de expresar su reacción, sollozando, gritó que nunca la dejara de follar así. Su absoluta sumisión fue la gota que le faltaba a mi pene para reventar y esta vez, fui yo quien rugió de placer sentir que regaba con mi simiente su interior. Ella al advertir mi orgasmo, se desplomó en la bañera mientras todo su cuerpo no dejaba de agitarse con los últimos estertores de su rendición.

—Soy y seré siempre su más fiel sumisa pero ahora me tengo que ir a trabajar— declaró con una sonrisa de oreja a oreja justo antes de salir de la bañera...

## Capítulo 10

Después de desayunar, busqué a la morena de ojos negros y pelo rizado, pero al llegar a su laboratorio, la secretaria de esa mujer me informó que su jefa estaba demasiado ocupada para atenderme.

«Si cree que me voy a ir de vacío, se equivoca», pensé y tomando asiento en una mesa desde donde podía observarla, comencé a pedir información de los experimentos que ahí se estaban desarrollando.

Al ser el gran jefe, su asistente no quiso ni pudo evitar dar esa información, aunque eso sí corrió a decirle a la mexicana que no pensaba marcharme y que estaba revisando los expedientes. Como no podía ser de otra forma, no tardó en llegar hecha una furia a preguntar qué era lo que exactamente quería.

Con voz suave, contesté:

—Disfrutar de tu compañía.

Por supuesto no me creyó y menos al advertir que descaradamente examinaba con la mirada el volumen de sus pechos y la rotundidad de su trasero.

—Si vienes a pedirme que me quede, desde ahora te informo que no lo haré. En cuanto acabe los temas que tengo iniciados, me iré para no volver.

—Deja de decir tonterías, tú bien sabes que nadie te permitirá seguir este tipo de investigación fuera de aquí— y sin dejar que se repusiera, la susurré en su oído mientras rozaba con mi mano su trasero: —Además si te vas, ¿cómo vas a cuidar a María?

Aunque retiró mi mano inmediatamente, pude comprobar que mi maniobra había tenido éxito al ver como el rubor de sus mejillas mientras me respondía:

—Me da lo mismo, prefiero hacer ciencia tradicional a soportar tu presencia un minuto más de lo necesario.

No queriendo ahondar más en la herida, contesté:

—Es tu elección, pero mientras tanto, ¿me puedes explicar el alcance de tus investigaciones o lo vas a delegar en tu ayudante?

Con evidente enfado, Guadalupe llamó a Lucienne a su despacho. Al llegar a la francesita le sorprendió mi presencia hasta que, con tono serio, su amiga le explicó que solo había venido a interesarme por sus experimentos.

Curiosamente creí descubrir una cierta desilusión en su rostro como si hubiera esperado que mi visita tuviese otro cometido, pero reponiéndose casi

al instante, encendió un proyector y olvidándose del rencor que me tenía, me fue desgranando los avances que habían conseguido hasta la fecha.

Así me enteré de que habían aislado en la famosa medusa el gen que les permitía rejuvenecer, pero también que, al intentar reproducirlo en ratones, todavía no habían conseguido controlar ese proceso porque una vez instalado en el genoma del roedor, el animal no llegaba a madurar sexualmente y se mantenía siempre en una especie de adolescencia.

«Eso les ocurre por pensar que somos Dioses», pensé sin decir nada porque lo que realmente me había dejado acojonado fue conocer de sus labios que las ratas en cuestión habían quintuplicado ya la edad máxima de supervivencia de su especie sin mostrar ningún signo de senilidad.

«Eternamente jóvenes pero incapaces de procrear», mientras rumiaba para mí que sonaba a venganza bíblica, caí en la cuenta de que de no ser así se multiplicarían sin límite produciendo un problema sin solución: «si no mueren es lógico que tampoco se reproduzcan.

Al señalarles ese punto, Lucienne replicó:

—Reconocemos que es un problema, pero creemos que en otros mamíferos eso no tiene que ser exactamente así. Ahora estamos probando en chimpancés adultos y parece que hemos frenado el envejecimiento con el único inconveniente que los sujetos presentan un mayor apareamiento que sus congéneres.

—Me imagino que habéis comparado los datos obtenidos con los que muestran los chimpancés más jóvenes.

—Así es. Consideramos que era lógico que un espécimen sano y joven tenga más necesidad sexual que un adulto sano, pero en este caso los del estudio tienen un veinte por ciento más de actividad sexual que ellos.

«Ancianos que no dejan de follar», reí para no llorar, hasta que no se demuestre lo contrario, lo único que habían conseguido era sustituir el viagra y tratando de hacer una guasa, comenté:

—¿No me habréis inoculado este compuesto a mí? Lo digo porque llevo unos días que no paro de aparearme. Si queréis os doy una muestra de semen.

Al oírme la francesita no pudo evitar temblar como un flan al sentir que recorría su cuerpo con mis ojos.

El segundo experimento que tenía visos de futuro versaba sobre la característica que tenían algunos animales para recuperar miembros u órganos seccionados. Juro que aluciné cuando me mostraron que en cobayas habían conseguido que regeneraran sus páncreas, aunque eso sí nuevamente

se habían topado con numerosos problemas entre ellos y no menos importante que solo tenía efectos visibles en sujetos jóvenes y no en maduros.

Al preguntar por qué creían que eso era así, Guadalupe que se había mantenido en segundo plano elucubró:

—Creemos que la virulencia de la adolescencia favorece estos cambios y aunque los adultos lo lleven en el interior no se manifiesta porque les falta ese torrente hormonal propio de la adolescencia.

«Joder, esto sí sería un avance», exclamé para mí y sin exteriorizar mi entusiasmo, pregunté si no habían intentado subir el nivel de hormonas artificialmente a los sujetos.

—Sí pero no conseguimos resultados visibles. Aunque esa sea la causa principal debe haber otros factores que desconocemos.

Con un cerebro acostumbrado a buscar la vertiente práctica, no tardé en percatarme que la gran mayoría de los fallos de órganos en humanos se daba en adultos pero que aun así sería un avance sin precedentes en la medicina.

—¿Habéis intentado juntar ambos experimentos? Puede que los efectos nocivos de uno se contrarresten con los del otro.

Nunca pensé que esa sugerencia provocara que, olvidándose de mí, esas científicas empezasen a discutir sobre las posibilidades teóricas que ello conllevaría y aunque no soy un iletrado en esos temas, en un momento dado me perdí.

«No entiendo nada», reconocí y al no poder seguir el hilo de sus discusiones, me quedé observando como ese intenso debate había intensificado la atracción que sentía por ellas.

Sin nada que aportar a esa discusión, decidí irme, pero antes me permití el lujo de pinchar sus egos diciendo que ya que les había abierto los ojos sobre una posibilidad que no habían tomado en cuenta, tenían que darme un premio.

—¿Qué quieres? – preguntó la morenita con la mosca detrás de la oreja.

—Un beso.

Tal y como había previsto, ambas me mandaron a la mierda, pero eso no me enojó porque lo quisieran o no mi deseo había cumplido su objetivo, al observar que bajo sus blancas batas de laboratorio seguían existiendo dos mujeres hambrientas de mis caricias.

—Vosotras os lo perdéis, hay otras que me lo darán encantadas— repliqué muerto de risa mientras salía por la puerta.

Las miradas de odio y los insultos que me lanzaron me sonaron a música



en mis oídos y de un humor excelente, fui a ver dónde estaba mi hija.

Encontré a María con su cuidadora y me sorprendió comprobar que, aunque fuera mediante un juego, esa mujer la estaba enseñando conceptos matemáticos muy por delante de su edad, lo cual me preocupó por que no era normal que una niña de dos años dividiera y multiplicara con facilidad. Nuevamente el rencor que sentía por ese tipo de manipulación genética y qué había menguado al ver los avances en otras áreas, volvió con mayor fuerza y decidí que no me podía dejar engañar por mi progenitor.

«Su forma de ver la ciencia nos llevaría al desastre», sentenció ya sin ganas de hablar con la cría y no por ella sino por mí, al verme copartícipe del incierto futuro que tenía reservado.

Estaba a punto de marcharme en silencio, cuando María me vio y olvidando el juego, corrió hacia mí riendo.

—Papá, ¿sabes que mamá Lupe va a llevarme a la playa?

—No sabía —respondí reprimiendo mi cabreo y mientras en mi mente me daban ganar de volver por donde había venido y dar una azotaina a esa mujer, le devolví una caricia en su mejilla.

«No puedo ni debo permitir que se la lleven. Esta niña necesita un padre con los pies en la tierra y que no la vea como el conejillo de indias de un experimento».

La alegría de la chavalita hacía aún más patente mi enfado porque lo que ella veía como una excursión, yo sabía que era un intento de separarme de ella, por eso y buscando no ser demasiado ansioso, pregunté cuando habían pensado irse:

—Mamá Lupe me ha dicho que esta misma tarde y que mamá Lu nos iba a acompañar.

«Serán putas», maldije en silencio, pero tras pensarlo detenidamente comprendí que ellas mismas habían tejido la trampa en la que iban a caer y mirando a la nena, le pregunté si quería que yo las acompañase.

—Claro, papá. Mira que eres tonto— respondió.

Sin decirle nada más, le di un beso y me fui a hacer los preparativos. Para ello conté con la ayuda de Trisha, la cual tras explicarle mis planes se rio de lo desesperadas que estaban por alejarse de mí y me ayudó a localizar un discreto y pequeño hotel en la costa, alejado de todo, así como el transporte que nos llevaría hasta allí.

Una vez organizado, me fui a ver a Julie para comentárselo. Esta aceptó de buen grado lo que habíamos planeado, pero, como la perfecta

manipuladora que me estaba demostrando ser, dio un par de ideas para complementar las nuestras.

—Eres una zorra —comenté descojonado al darme cuenta de su maldad.

—No soy una zorra... soy su zorra y todo lo que hago o pienso es por usted— replicó en plan meloso.

Por un momento estuve tentado de premiarla con un beso, pero sabiendo que tenía cosas que preparar, cambiando de objetivo, la regalé un azote mientras le decía:

—Recuérdame que esta noche te ate a la cama. Me da miedo lo que tu cabecita es capaz de pensar.

—Se lo recordaré ¡no lo dude!...

Dos horas antes de lo habitual, Lucienne y Guadalupe dejaron su puesto de trabajo y sin despedirse de nadie, recogieron su equipaje para no volver. En teoría nadie sabía que tenían un todoterreno preparado para salir huyendo e iban medianamente tranquilas a recoger a María en su cuarto cuando al abrir la puerta, se encontraron que la niña estaba acompañada por nosotros tres.

Pero su verdadera sorpresa fue cuando me escucharon decir:

—¿Ya nos vamos?

La primera en reponerse fue la francesa que, poniendo cara de ignorancia, preguntó que a donde.

—A la playa.

Fue entonces cuando cayeron en que las había descubierto, pero ninguna de las dos quiso reconocer que era así y extrañadas se pusieron a despotricar que tenían mucho trabajo y que no podían acompañarnos.

—Pero mamá Lupe, me lo prometiste— casi llorando protestó María,

Cogida en un renuncio, no pudo echarse atrás y disimulando ante la niña, le pidió perdón por no acordarse de que habían quedado.

—Como ya está aclarado, vámonos. El helicóptero debe estar a punto de llegar —comenté tomando a María en brazos.

—Danos diez minutos para que cojamos nuestras cosas— respondió Lucienne asumiendo que iban directas hacia una encerrona.

—Por eso no os preocupéis, Julie se ha ocupado de todo.

Las mujeres supieron que de nada servía discutir y aceptaron su destino por lo que, en cuestión de minutos, nos subimos al aparato los seis: la niña y cinco adultos. Tres de ellos felices e ilusionados con el viaje y dos sintiéndose reos de muerte camino del patíbulo.

¡No hace falta comentar quienes eran los o las desdichadas!

Ellas lo sabían y por eso a Guadalupe no le sorprendió que al ir a entrar al helicóptero la parara antes. Estaba convencida que le iba a echar una bronca, pero lo único que escuchó de mis labios fue:

—¿Te he dicho que estás preciosa?

Tras lo cual, la dejé sola y me senté en mi asiento. Totalmente confundida y ruborizada, no le quedó más remedio que apoltronarse en el único libre, el cual para su pesar era el de mi izquierda.

Si alguna duda tenía que no era casual que le tocara ese sitio, desapareció en cuanto sintió posarse mi mano sobre unas de sus rodillas mientras charlaba animadamente con la cría y le preguntaba qué era lo que quería hacer al llegar a la playa.

—Jugar con la arena— respondió ésta sin percatarse de la incomodidad que su mamá Lupe sentía en esos momentos.

—Soy el mejor haciendo castillos, ¿verdad cariño? — dirigiéndome a la mujer que estaba sufriendo a mi lado pregunté.

Desde el otro lado del aparato, Lucienne contestó que eso era mentira porque los mejores y más bonitos castillos estaban en Francia y que ella al ser de ese país era mejor constructora que yo.

Satisfecho porque interviniera sin obligarla a ello, me enzarqué en una cordial discusión con la francesa mientras disimuladamente seguía acariciando la pierna de Guadalupe. Discusión que acabó con una apuesta en la que el ganador podría obligar al perdedor a hacer lo que quisiera durante una hora.

—¿Qué piensas que le haré hacer si gano? — susurré al oído de la mexicana.

—¡Cualquier idiotez que se te ocurra!

Su mala leche no me perturbó en absoluto porque para entonces era consciente que mis planes iban desarrollándose al pie de la letra al ver que esa mujer era cada vez menos reacia a mis caricias.

Por ello y retirando mi mano, con tono dulce la repliqué en voz baja:

—Las idioteces que se me ocurren son con una morena de melena rizada.

Por segunda vez en minutos la cogí en fuera de juego y con el rubor en sus mejillas, no pudo contestar y se puso a mirar por la ventanilla mientras frente a ella, Julie que había visto todo haciéndome una seña me decía que ya bastaba y que no siguiera acosando a Guadalupe.

Advertido por la sumisa, fijé mis miras en la francesa y dirigiéndome a la

niña, le pregunté si sabía si mamá Lu tenía cosquillas.

—Muchísimas —contestó con una alegría, no exenta de complicidad — cuando juega conmigo siempre la venzo. Si quieres esta noche entre los dos se las hacemos hasta que se rinda.

Debía ser cierto porque temiéndose que lo hiciéramos real, la francesa protestó diciendo que eso sería injusto porque éramos dos y ella solo una.

María imitando a una niña repelente, contestó:

—La vida es injusta pero así es la vida.

Esa ocurrencia hizo gracia a la francesa que riendo a carcajadas la amenazó con unirse conmigo en contra suya.

—Mamá Lupe acudiría en mi ayuda y entre las dos os ganaríamos.

Confieso que no me esperaba que la aludida que hasta entonces se había mantenido al margen, aprovechara para hacerme cosquillas y menos que al devolvérselas se riera a carcajadas. Quizás por ello no me percaté de lo que estaba a punto de hacer cuando de pronto me vi besándola y a ella respondiendo con pasión. Entonces como si fuera en ese momento recordé las palabras de Julie en las que me pedía que no cediera ante sus encantos hasta que se rindiera por completo a mí.

—Estás guapa cuando te ríes— dije separándome de ella.

Mi falta de entusiasmo desarboló a Guadalupe que herida en su amor propio casi se echa a llorar frente a todos, pero no por mi piropo sino al darse cuenta de que estaba jugando con ella y que no podía hacer nada por evitarlo.

—Eres un cerdo— respondió sin advertir que unos asientos más allá la francesa la miraba con cara de pocos amigos.

«Creo que su alianza se está tambaleando», sonriendo concluí, «solo se mantendrá mientras las dos defiendan juntas las distancias conmigo. En cuanto una se acerque, la otra vendrá directa» ...

# Capítulo 11

Estaba a punto de anochecer cuando el helicóptero aterrizó a escasos metros de nuestro destino, un coqueto hotel en una cala del Mar de Cortés. Aun así, me dio tiempo para disfrutar de la puesta del sol mientras Trisha rellenaba nuestros datos y distribuía las habitaciones.

Estaba contemplando el horizonte, cuando escuché que a mi lado Lucienne exclamaba:

—¡C'est magnifique!

No podía estar más de acuerdo. La escena era digna de ser inmortalizada, pero al girarme para darle la razón, me quedé sin habla. Producto de esa luz mortecina la francesita mirando el acantilado, estaba impresionante. La fina tela de su vestido a contraluz se transparentaba, dejándome intuir la forma de sus pechos.

«Está preciosa», pensé mientras me acercaba a ella.

No pude ni quise vencer la tentación de acercarme a ella y poniéndome a su espalda, susurré en su oído lo guapa que era. Contra todo pronóstico, no hizo intento alguno por separarse. Es más cuando al señalarle la playa pasando mi brazo sobre su hombro, la escuché suspirar diciendo:

—J'aime ton odeur.

A pesar de mi pésimo francés, comprendí que la morena me acababa de decir que le gustaba como olía y creyendo que después de todo el día me apestaba el sobaco, me aparté de ella avergonzado. Pero al darse la vuelta y ver que estábamos solos, Lucienne hundió su cara en mi axila mientras me decía:

—Necesito un abrazo.

Sin que yo hiciera nada por provocarlo, la morena se puso a rozar con su cuerpo el mío al tiempo que murmuraba de placer aspirando el aroma que desprendía mi camisa. No supe que decir al comprender que de alguna forma con solo olerme se estaba excitando y quizás por eso me mantuve inmóvil mientras Lucienne se iba alterando por momentos.

—Soy muy débil— musitó en voz baja sin dejar de restregar su sexo contra mi entrepierna.

Asumí que en su interior se estaba produciendo una guerra entre su razón y sus hormonas, pero no hice nada para desnivelar a los contendientes porque era evidente que su calentura se iba imponiendo.

—No me dejes seguir— sollozó casi llorando cuando su pequeño cuerpo

se empezó a estremecer producto de tanto roce contra mi pene.

Quizás debía haberme compadecido de ella, pero en ese momento sabía que debía obligarla a correrse y bajando mi mano hasta su trasero, incrementé la presión sobre ella diciendo:

—Aunque lo niegues, eres y serás mi niña.

Mis palabras cayeron como un obús en sus precarias defensas. La morenita no pudo contenerse más y pegando un gemido, dejó que la naturaleza siguiera su curso. Estaba a punto de experimentar las delicias de un orgasmo cuando unos pasos nos hicieron saber que alguien se acercaba. Pensando quizás que era la mexicana, se retiró de mí y salió huyendo rumbo al jardín.

Afortunadamente la recién llegada era Julie, la cual comprendió de inmediato lo que había pasado y sabiendo que necesitaba consuelo, salió corriendo en su busca. A mí no me quedó otra que ir al encuentro de la hindú para que me entregara mi llave.

Al llegar al hall, Trisha me estaba esperando con una sonrisa.

—Amor, tal y como habíamos quedado, he repartido las habitaciones.

—¿No te han puesto problemas?

—Guadalupe se quejó que su cuarto compartiese el baño con el tuyo, pero en cuanto le dije que era ese o que tendría que dormir con María y soportar que la despertara al ir a darle de mamar, aceptó a regañadientes.

—Perfecto —respondí satisfecho del modo en que estaban saliendo nuestros planes.

—A la niña no le toca hasta dentro de una hora y me duelen los pechos —comentó con cara de pena.

Aunque era evidente que estaba actuando y que lo que le apetecía era que nos diéramos un revolcón, le pregunté si podía hacer algo por ayudarla.

Soltando una carcajada me tomó de la mano y me llevó a su habitación donde nada más cerrar la puerta se lanzó a mis brazos mientras decía:

—Tu vaquita necesita que la ordeñes.

No hizo falta que me lo repitiera otra vez, bajando los tirantes de su vestido dejé al aire sus pechos y para mi sorpresa solo con mirarlos de sus negros pezones comenzaron a brotar dos hilillos de leche, a los cuales no pude obviar y acerqué mi boca a ellos.

En cuanto vio mis labios abrirse, Trisha me ofreció sus ubres para que mamara y cediendo a sus deseos, me apoderé de ellas succionando con placer ese blanco manjar.

—¡Cómo necesitaba que lo hicieras! — gritó feliz al sentir que me hacía cargo de su producción láctea.

El dulzor de su leche me pareció todavía más sabroso que la primera vez y sin quitar mi boca de uno de esos bellos surtidores, le llevé en brazos hasta la cama. Todavía no comprendo cómo Trisha pudo quitarme la ropa, pero lo cierto es que de pronto me vi desnudo mientras ella seguía con el vestido puesto.

—Hazme el amor— rugió mientras se sacaba las bragas por los pies.

Haciendo caso omiso de sus deseos, seguí disfrutando de ese maravilloso néctar mientras comenzaba a acariciar su cuerpo hasta que, rasgando su propio vestido, me dejó clara la urgencia que en ese momento amenazaba con hacerla explotar.

Ensimismado por el sabor y deseando seguir extrayendo su jugo, llevé mi mano a su entrepierna y cogiendo su clítoris entre mis dedos, la empecé a masturbar.

— ¡No puede ser! — sollozó al dejarse llevar por el orgasmo y sin poder controlar su impulso, colaboró conmigo moviendo sus caderas.

Curiosamente, no solo fue su vulva la que fluyó, sino que su pecho se convirtió en una fuente de la que bebí como poseso. Apenas me daba tiempo a tragar, cuanto más mamaba mayor era la cantidad que segregaba su pezón y completamente entregado a ese dulce sabor, seguí bebiendo sin dejar de tontear con el botón del placer de su entrepierna.

Sin mediar palabra no fuera a ser que me negara, cogió mi erección y llevándola hasta su sexo, se empaló. Pocas cosas tan placenteras había experimentado como estarme tirando a esa mujer mientras me recreaba con la leche que destilaban sus pechos. La verdad es que ella debía estar pensando lo mismo por el frenesí con el que buscó su placer y es que retorciéndose entre mis piernas, imprimió a su trasero un ritmo constante mientras no dejaba de chillar que siguiese mamando.

Abducida por su propia calentura, la hindú forzó mi lactancia apretando mi cabeza contra sus pechos, pero lo que finalmente me convenció de que era una fiera follando, fue la forma en que los músculos de su vagina se contraían cada vez que la penetraba, ordeñando mi miembro del mismo modo que yo lo hacía con sus pechos. Sus gemidos y sollozos se fueron convirtiendo en aullidos al ir acumulando, golpe a golpe de mi sexo contra el suyo, un exceso de excitación, de manera que tras unos minutos de meter y saca nuevamente se vio sacudida por el placer.

— ¡Me vuelves loca! — aulló como una loba al experimentar que se formaba un huracán entre sus piernas.

La calidez de su flujo sobre mis muslos y la tibieza de su leche entrando directamente por mi garganta fueron la puntilla que necesitaba y sin poder retrasar más mi propio orgasmo, esparcí mi semen su interior mientras mi cuerpo convulsionaba por el placer. Trisha, al sentir las descargas en su vagina, gritó con todas sus fuerzas que no parara y prolongando su propio clímax, se desplomó agotada sobre las sábanas.

Permanecimos abrazados mientras nos recuperábamos del esfuerzo. Ella fue la primera en reponerse y separándose de mí, me obsequió con una dulce sonrisa mientras me decía:

— ¿No te da vergüenza haber dejado a tu hija sin la cena? ¡No sé si voy a tener que prepararla un biberón!

Me hizo gracia su queja y llevando mi mano a uno de sus senos, solo con apretarlo pude comprobar que seguía teniendo leche suficiente para dar de comer a un regimiento. Por ello muerto de risa, la pregunté:

— ¿Seguro que no eres suiza?

Tardó unos segundos en entender que mis palabras hacían referencia a la famosa raza de vacas lecheras de ese país. Tras lo cual, defendió la producción de la cabaña hindú riendo a carcajadas. Viendo que no se había tomado a mal que la comparara con ganado, quise repetir, pero cerrando tal posibilidad me echó del cuarto diciendo:

— ¡Fuera de mi habitación! Todavía tengo que ir a ver a María y luego arreglarme para la cena.

Alegre y satisfecho la hice caso....



## Capítulo 12

Ya en el pasillo, saqué la lista que me había dado con la distribución de los cuartos y comprobé que en esa planta estaba también el que Julie compartiría con mi hija mientras que, tal y como habíamos planeado, los otros tres estaban el piso de arriba.

«Eso les dará la intimidad que necesitan», sentenció porque esperaba que las dos reticentes vinieran a mí sin tener que delatar su rendición al subir o bajar por las escaleras.

Ratifiqué que habíamos hecho bien en cuanto puse el pie sobre el primer escalón por el crujido que provoqué con mi peso y es que, a pesar de ser una monada, ese hotel no podía negar el paso de los años.

Al entrar en mi habitación, comprobé que compartía el baño con la de Guadalupe y sin nada más que hacer, me tumbé en la cama a descansar un rato porque sabía que tarde o temprano vendría mi sumisa a pedir su ración de caricias.

Estaba medio amodorrado viendo la tele cuando escuché el ruido de la ducha. Que esa mujer se estuviera bañando a escasos metros me hizo recordar la maravilla de piernas con las que la naturaleza le había dotado y por un momento pensé en espiarla.

Es más, creo que lo hubiera hecho si no llega a ser porque en ese momento y motivado quizás por la antigüedad de su cerradura, la puerta que me separaba de ese monumento de mujer se abrió ella sola. No mucho, solo lo suficiente para que desde el colchón viera como se desnudaba reflejada contra el espejo.

Su involuntario striptease fue suficiente para que mi pene saliera de su letargo y por ello no pude abstraerme de contemplar como esa diosa se desprendía una a una de sus prendas. Lo primero que cayó fue su vestido, dejándome comprobar el buen gusto de esa mexicana en ropa interior y es que era de cortar la respiración el modelito que lucía sin saber que la estaba observando.

Acto seguido se despojó del sujetador con una mano mientras tanteaba con la otra la temperatura del agua.

«Está mejor de lo que pensaba», reconocí un tanto incómodo pero excitado por la situación.

Ni que decir tiene que no perdí detalle de Guadalupe sacándose el tanga por los pies y es que, al igual que la hindú, esa morenaza tenía un buen

bosque entre las piernas. Saber que si algún día me acostaba con ella iba a tener que lidiar con esa foresta elevó hasta límites insospechados el morbo que sentía y temiendo que en cualquier momento me descubriera, decidí tapar mi erección con las sábanas.

No sé si hice bien porque lo cierto es que, al sentirme bajo el amparo de la tela, no vi inconveniente en quitarme el pantalón y quedarme en calzoncillos.

«Estoy en mi cama», me dije en un intento de obviar lo evidente y que no era más que tenía ganas de masturbarme.

Juro que hasta entonces no lo pensé hasta comprobar que como si fuera una película porno podía ver su silueta a través de la mampara transparente de la ducha.

«Definitivamente esta mujer es un diez», sentencié mientras desde mi cama disfrutaba del modo tan sensual con el que Guadalupe se enjabonaba.

Todo en ella era perfecto. Si sus piernas eran espectaculares qué decir de los pechos. Grandes, duros e hinchados eran de los mejores que había visto hasta entonces y ya sin ningún recato me deshice del calzón.

— ¡Qué maravilla! — exclamé en voz baja al darse la vuelta y comprobar nuevamente la belleza tanto de los negros pezones que decoraban sus tetas como del poblado coño que esa mexicana lucía entre sus piernas.

Desde mi puesto de observación, disfruté no solo el tamaño de sus pitones sino también la exquisita belleza del resto de su cuerpo mientras mi mano intentaba relajar la presión a la que la escena estaba sometiendo a mis huevos.

«¡Joder! ¡Cómo está!», exclamé para mí cuando la mujer separó sus piernas para enjabonarse la ingle, permitiendo que mi vista se recreara en su vulva. La mata de pelo de su coño lo hacía extrañamente atractivo. Educado a la vieja usanza, me gustaba el pelo en el chocho y por eso mi respiración se aceleró al contemplar esa maravilla.

Si no llega a ser por el odio que me tenía esa mujer, hubiese supuesto que se estaba exhibiendo y que lo que realmente quería era ponerme cachondo si solo me fijaba en la manera tan lenta y sensual con el que se enjabonaba. Adorándola como a una diosa, me masturbé con más fuerza mientras prestaba atención a todos y cada uno de sus movimientos. No miento si digo que en ese momento deseaba ser yo el que estuviera enjabonándola para así acariciar ese impresionante cuerpo. Es más, en mi mente, era yo quien palpaba el volumen de sus pechos mojados.

Os he de reconocer que la gota que derramó el vaso y que provocó que mi

pene explotara, fue ver a Guadalupe inclinándose a recoger el jabón que había resbalado de sus manos, ya que al hacerlo me permitió maravillarme nuevamente con su culo y descubrir entre sus nalgas su rosado y virginal esfínter.

Puede parecer algo infantil, pero al pensar que podía ser yo quien desvirgara esa maravilla de la naturaleza me terminó de excitar y descargando mi simiente sobre las sábanas, me corrí sin saber que Julie me estaba mirando desde la puerta. Curiosamente, no vi un reproche en sus ojos sino una extraña satisfacción y sin que yo se lo tuviera que pedir, cerró la puerta que daba al baño sin hacer ruido para acto seguido, comentar en voz baja:

—No le puedo dejar solo ni un minuto, ¿no habíamos quedado que no iba a presionarla? — dando por supuesto que había sido yo quien la había abierto.

Abochornado, le expliqué que, aunque lo había aprovechado para pajearme, nada tenía que ver en que se hubiese abierto. Al mirarme a los ojos, me creyó y mientras usaba mi calzón para limpiar las pringosas y blancas manchas de las sábanas, contestó:

—Si se exhibe así ante ti, entonces esa putita está más desesperada de lo que creía.

No quise llevarle la contraria. A pesar de sus sospechas, creía que había sido algo fortuito y no deliberado, pero me seguía avergonzando mi comportamiento. Por ello agradecí que tras pedirme que me vistiera la manipuladora rubia saliera de mi habitación con mis calzoncillos en las manos porque sin pruebas, ¡no hay delito!

Como la mexicana seguía en el baño, decidí postergar la ducha y tras elegir la ropa que me iba a poner, me vestí para la cena. La casualidad quiso que nada más terminar de hacerlo como un tornado entrara María en mi cuarto.

—Papá, todas mis mamás están ocupadas. ¿Me puedes llevar a ver la piscina?

La alegría de la chavala siempre conseguía enternecerme y tomándola de la mano, la llevé fuera. La piscina o la alberca como la llaman en México era pequeña pero el entorno en el que estaba ubicada hacía que ese chapoteadero fuera una monada.

«Este sitio es precioso», reconocí mientras María me pedía permiso para quitarse los zapatos y meter los pies en el agua.

—Nos van a matar tus mamas... pero ¡qué coño! ¡A mí también me apetece! —respondí mientras desde la piscina la salpicaba.

Tardó unos segundos en darse cuenta de que era un juego porque habiéndose criado sola no estaba acostumbrada a que un mayor se comportara como un crío.

—Eres malo— riendo respondió a mi ataque con sus pies.

Durante unos minutos la lucha fue encarnizada pero no hubo ganador porque al ver Trisha a su hija totalmente empapada, la tomó en brazos y me echó la bronca por irresponsable.

— ¡No ves que puede enfriarse!

Destornillado de risa, quise hacerla ver que a treinta grados era imposible pero la hindú no dio su brazo a torcer y me volvió a recriminar mi actitud mientras se la llevaba a cambiar.

«Joder, ¡no es para tanto!», pensé al ver su cabreo, pero al salir, sentí la brisa sobre mi cuerpo y comprendí que tenía razón. Con el rabo entre las piernas, tuve que volver a mi cuarto a quitarme la ropa mojada y ponerme otra que no estuviese mojada.

Estaba a punto de abrir mi puerta cuando vi que Julie salía de la habitación de Lucienne. La sorpresa que demostró cuando me vio, me hizo saber que de algún modo la había pillado y haciéndole una seña, la exigí que me acompañara a la mía.

— ¿Qué te traes entre manos? — dejé caer al ver la expresión picara que lucía en su rostro.

Descojonada, la rubia contestó:

—He sido buena...vengo de dar de comer al hambriento.

Reconozco que creí que se refería a que se había acostado con la francesa. Cuando quise saber cómo había ido y si lo había disfrutado, la rubia contestó:

—Muy bien. Tal cómo me imaginaba, esa zorrita agradeció mi regalo y me pidió que no te lo dijera pero que le consiguiera más.

—No te entiendo, ¿de qué hablas?

Una sonrisa iluminó su cara antes de contestar:

—En cuanto le he dado el calzón lleno de semen y sin importarle lo que pudiese pensar, se ha puesto a lamerlo como una loca para extraer tu jugo de él.

—¿Me estás diciendo que le pone cachonda mi esperma?

—Amo, ¡cachonda es poco! Tenía que verla masturbándose mientras lo saboreaba lentamente.

La imagen de esa morenita tocándose mientras lo que se bebía mi semilla despertó mi lado más bellaco y entrando al baño, volví con un vaso.

—¿Y? — preguntó mi adorada cómplice.

En silencio me desabroché el pantalón y después de sacar mi pene de su encierro, respondí.

—¡Eso tengo que verlo!

—Amo, ¡le juro que lo verá! — sonriendo la rubia contestó mientras acercaba su boca a mi entrepierna...

## Capítulo 13

Ya en mi cuarto y mientras Julie me ayudaba a vestir, me puse a recapitular sobre lo que había descubierto de las dos científicas rebeldes. De Lucienne me hacía gracia que se pirrara por mi semen y más cuando de cierta manera desde que llegamos a ese hotel sabía que era cuestión de poco tiempo que la francesita cayera entre mis brazos.

A la que no llegaba a entender era a Guadalupe. Aunque la mayoría de las veces se mostraba arisca y distante, en otras cambiaba y me dejaba acariciarla. Pero lo que realmente me había dejado pasmado y sin respuesta fue la escena del baño.

Teniendo mis dudas, si hacía caso a la sumisa la escenita del baño no había sido fortuita sino premeditada y de ser así, no alcanzaba a comprender sus motivos. Que fuera así, significaría que de alguna forma esa morena quería seducirme y eso chocaba frontalmente con el supuesto de enfado que tenía desde que le expliqué que mi padre, su amado mentor, las había lavado el cerebro para que no pudieran vivir sin mí.

«Debo tener paciencia con ella. Es una víctima más de mi viejo», estaba pensando cuando de pronto me topé con los ojos de Julie mirando fijamente a mi entropierna.

—¿En qué estás pensando? — preguntó sonriendo al ver que un sospechoso bulto se iba formando bajo mi pantalón.

Ni si quiera me había fijado y fue entonces cuando al responder mentalmente a esa pregunta, me quedé horrorizado por lo que significaba: con solo pensar en ellas, ¡me ponía bruto! Y eso solo podía entenderse si o bien estaba enamorado o lo que era más plausible yo también era un conejillo más de los experimentos del cerdo de mi progenitor.

Me senté en la cama y casi temblando le expliqué a la rubia mis sospechas. Durante unos segundos, esa mente privilegiada se quedó pensativa tras lo cual replicó:

—Sería lógico que tuviese que hacer unos ajustes también en ti para que aceptaras de corazón compartir la vida con cuatro mujeres tan diferentes. Piensa en mí, sé que ha fijado e incrementado mi necesidad de un dueño, pero no me importa porque sigo siendo yo.

—¿Me estás diciendo que solo debería preocuparme si esos cambios hubieran afectado a mi verdadero ser? Si es así, siento discrepar. Ese maldito no tenía derecho en manipularnos así.

—Desde una óptica moral así es, pero no te dejes engañar. A todos les ocurre o ¿no crees que cuando un profesor enseña a valorar el arte a sus alumnos, en realidad está fijando sus propios gustos en ellos? Toda enseñanza significa cierto grado de manipulación.

—No es lo mismo.

—Si lo es— con una sonrisa replicó— lo único es que tu padre ha usado unas técnicas novedosas a las que no estamos acostumbrados pero que llevan decenios siendo parte de nuestras vidas. Acaso no es parecida la publicidad subliminal a la que diariamente estamos sometidos en nuestra vida. Piensa en la botella de Coca—Cola que aparece casualmente en una película o en la imagen del presidente Trump que aparece tras el presentador cuando habla de la falta de democracia. Lo queramos o no, a diario recibimos miles de impactos de este tipo de publicidad— tras lo cual y a modo de colofón, me soltó: —Por ejemplo, debes preguntarte si la atracción que sientes por ser mi dueño es algo inducido o siempre ha estado ahí.

—Joder, ¿no lo sé! —respondí: —Quiero creer que siempre he tenido mi lado dominante pero ahora no estoy seguro de nada.

Con un profundo dolor en su tono, replicó:

—Pues tenemos un problema porque, al menos yo, soy propiedad de un dueño que no sabe si quiere serlo.

Sin buscarlo, me contagié de su angustia y mirando su desconsuelo, comprendí que ella era parte integrante de mi ser y que no podría vivir sin ella. Por eso, atrayéndola hacía mí, la contesté:

—En lo que respecta a ti, eres mía y nunca dejarás de serlo.

Enjuagándose las lágrimas, sonrió mientras me decía:

—Lo malo es que no soy solo yo, somos una familia. Extraña, pero familia y para que seamos felices necesitamos a Trisha y a las otras dos.

Hundido en la miseria comprendí que tenía razón y que tampoco me veía sin las otras tres, por ello la pregunté qué debíamos hacer.

—¡Conseguir que acepten su destino! — concluyó mientras abriendo la puerta me mostraba la salida para acudir a su encuentro.

Lucienne y Guadalupe ya habían llegado al comedor cuando entramos y al no ver a la hindú entre ellas, pregunté por su paradero.

—Está acostando a María— respondió sin ser capaz de mirar hacia mí la mexicana— la pobre estaba muy cansada y Trisha decidió darle de cenar para que descansara hasta mañana.

La imagen de ella dando de mamar a mi hija me hizo alternarme más de

lo estrictamente lógico y asumiendo que las rebeldes debían conocer que de manera artera mi progenitor también me había lavado el cerebro, les pedí que se sentaran.

—¿Qué quieres? — preguntó de muy malos modos la francesa.

Haciendo caso omiso a su desplante, esperé a que tomaran asiento para explicarles que había descubierto que yo era al igual que ellas una víctima del difunto. Haciendo un verdadero esfuerzo, medí mis palabras para evitar un rechazo por su parte. Por la expresión de sus rostros fui siguiendo su reacción y aunque en un principio era incredulidad y cabreo lo que reflejaban sus caras, al cabo de unos minutos se fueron relajando y fueron adoptando una pose más tranquila y amistosa.

«Se están dando cuenta que no les miento», pensé y dando un salto al vacío, les expliqué que con solo pensar en ellas todo mi cuerpo reaccionaba.

—¿Crees que eso nos consuela? — replicó la mexicana— Te aseguro que no. Lo que hizo tu padre es incalificable y no puedo evitar sentirme violada cuando te veo.

—¡Pues anda que yo! ¿Te parece lógico que me excite con solo tener a cualquiera de vosotras cuatro cerca?

Recalcando mis palabras, me levanté de la silla y las mostré que, bajo el pantalón, tenía mi pene erecto. Curiosamente, ese gesto fue más convincente que mis explicaciones y ambas comprendieron que nos unía una atracción que era recíproca.

—Por favor, ¡siéntate! ¡No puedo soportarlo! — casi chillando, exigió Lucienne incapaz de retirar su mirada de mi bragueta.

Todos en la habitación comprendimos que se refería a la tentación de tener mi erección a su alcance. Por ello, me abstuve de prolongar su sufrimiento y me senté mientras las dos díscolas empezaban a discutir qué hacer y cómo actuar.

Curiosamente la más reacia a cambiar de opinión era la francesa que seguía repartiendo las culpas de su situación entre mi viejo y yo mientras la otra sostenía mi inocencia. Estaba a punto de intervenir cuando Julie se me anticipó y diciéndola algo al oído, le puso un vaso en frente. De inmediato reconocí que mi semen en su interior al igual que Lucienne, la única que no comprendió a qué venía eso fue Guadalupe.

—¡Maldita seas! — encolerizada exclamó la francesita con los ojos fijos en mi semilla.

Durante unos segundos estuvo combatiendo la fascinación que sentía por



apoderarse de esa ambrosía, hasta que, con lágrimas en los ojos, la cogió y se puso a degustar su sabor con un ansia que me dejó acojonado. Y es que, olvidándose de nuestra presencia, la muchacha se bebió el contenido de ese vaso lentamente como si estuviera saboreando el vino más exclusivo.

Ante mi sorpresa, como por arte de magia dos pequeños bultos hicieron su aparición bajo su blusa, delatando la hoguera que amenazaba con achicharrar su interior. No contenta con ello, al terminar y con la respiración entrecortada, usó su lengua para rebañar los últimos restos pegados al cristal mientras la mexicana se la quedaba observando sin enterarse de nada.

Una vez lo había dejado immaculado se percató que todos habíamos seguido con detalle su claudicación y la vergüenza de saberse descubierta la obligó a desaparecer corriendo escaleras arriba hacía su habitación.

—¿Alguien me puede contar que es lo que ha pasado? — preguntó Guadalupe totalmente perdida.

Como me sentía incapaz de ser yo quien se lo explicara, miré a mi sumisa. Julie entendió de primeras que le había adjudicado esa misión y con voz suave pero firme, contestó:

—Lucienne me pidió que intercediera ante Alberto porque ella no se atrevía a hacerlo directamente y este le ha demostrado que, a pesar de todo, no la guarda rencor y ha accedido a complacerla sin pedir nada a cambio.

—¿No entiendo? — insistió — ¿Qué le has dado a beber?

—Su semen— Julie contestó sin ningún tipo de floritura— ella me dijo que lo necesitaba y yo se lo di.

Guadalupe explotó al enterarse de la naturaleza de mi regalo y fuera de sí me empezó a recriminar mis actos, pero entonces mi sumisa la cortó de plano diciendo:

—No seas hipócrita, tú también andas mendigando que te haga caso... o te crees que Alberto no sabía que necesitabas exhibirte ante él como una vulgar puta. No solo lo sabía, sino que lo entendía y por eso se quedó observando mientras te bañabas.

Al escuchar la dura réplica en la que Julie la acusaba de usar un doble rasero para valorar mi actitud o la suya, se puso colorada y sin levantar su mirada, me preguntó que si lo sabía por qué no le había dicho nada.

—¿Qué querías que te dijera? —contesté sin entrar en terreno resbaladizo

—Quizás decirme que era lo que hacía.

—¿No te das cuenta de que dada la forma en que te estabas exhibiendo lo único que podía hacer era entrar a la ducha contigo? ¿Es eso lo que querías?

— me atreví a conjeturar en voz alta.

Debí de acertar porque sus ojos se poblaron de lágrimas antes de responder:

—Sí... no... puede, ¡joder! ¡No lo sé! En ese momento, ¡necesitaba que me vieras desnuda!

Tratando de aliviar su congoja al reconocer ese pecado, comenté:

—No tienes que sentirte mal, ¡me encantó que lo hicieras!

Al escucharme, Guadalupe se echó a llorar desconsolada y tal como había hecho Lucienne minutos antes, cogió su bolso y salió huyendo de ahí sin darme la oportunidad de retenerla.

—¿Qué he hecho mal? —pregunté a Julie.

La rubia, muerta de risa, contestó:

—Ser sincero y no ha podido soportarlo. Pero no te preocupes, sino me equivoco tu actitud ha sido la correcta y esta noche recibirás su visita.

—¿Querrás decir recibiremos o no vas a dormir conmigo?

Entornando sus ojos y en plan coqueta, respondió:

—Por mucho que me gustaría pasar la noche contigo, creo que es mejor que no haya nadie si al final decide acercarse.

Estaba a punto de protestar, pero justo entonces por la puerta entraba Trisha, la cual al no ver a las otras dos preguntó qué era lo que se había perdido.

Soltando una carcajada, Julie replicó:

—Por culpa de esas dos zorritas, has de saber que esta noche seré yo quien te ordeñe...

## Capítulo 14

Durante la cena, la rubia explicó a Trisha lo que había pasado y tras escuchar las razones, la hindú no puso objeción alguna en no pasar la noche en mi habitación. Es más, creo que la perspectiva de disfrutar para ella sola de Julie, le resultó atrayente. Aun así, me extrañó que al despedirse de mí no hiciera intento alguno por cambiar esa decisión.

«Tengo que acostumbrarme a que no soy indispensable», pensé mientras las veía entrar riendo en el cuarto de Julie.

De bastante mal humor, me fui al mío. Según Julie debía esperar ahí a ver si alguna de las dos que todavía no se habían entregado a mí, daba su brazo a torcer. Por ello, tras lavarme los dientes, me metí en la cama y encendí la tele, con la esperanza de hacerme más llevadera la espera.

Sobre las doce de la noche, escuché que Guadalupe se despedía Lucienne en el pasillo. Por su voz, supe que había bebido. Al entrar al baño que compartíamos, el ruido que hizo me confirmó ese extremo.

«Viene tocadilla», pensé mientras bajaba el volumen del televisor para oírla mejor.

Durante más de media hora esperé su llegada, estaba medio adormilado cuando de pronto un ruido me despertó. Mi sorpresa fue total al verla entrar con un camisón de encaje negro completamente transparente. Reconozco que me costó reconocer a la diosa que me miraba desde el quicio de la puerta. Guadalupe se había hecho algo en el pelo y estaba impresionante con esa ropa tan corta como sugerente.

Para entonces, sabiendo que había captado mi atención, me preguntó:

— ¿Estoy guapa?

Con la boca abierta y babeando descaradamente, la observé modelarme ese conjunto. Las sospechas de que me estaba poniendo a prueba se confirmaron cuando cogiendo el mando puso algo de música y empezó a contornearse bajo mi atenta mirada.

Decidida a impresionarme, dotó de una exacerbada sensualidad a sus movimientos y siguiendo el ritmo de la canción, hizo como si yo no estuviera.

«¡Qué buena está!», reconocí en silencio al admirar el modo en que con sus manos se empezaba a acariciar por encima de la tela mientras, mirándome, se mordía sus labios!

Estaba a punto de claudicar y salir de la cama para estrecharla entre mis

brazos, cuando de repente con un tono teñido de deseo, me soltó:

—Creerás que estoy loca, pero necesito sentirme observada— tras lo cual me pidió que le jurara que, aunque ella me lo pidiera, no iba a intentar hacerla el amor.

Anonadado por tal extraña petición, contesté:

—Te lo prometo.

Sonrió al oír mi respuesta y reinició su baile aumentando más si cabe el erotismo con el que hacía gala de su belleza. Por mucho que intenté no verme afectado con esa demostración, fallé por completo. Sabía que estaba medio borracha pero aun así bajo el pantalón de mi pijama, mi pene se despertó alcanzando una desmesurada erección. El tamaño del bulto que intentaba ocultar era tal que no le pasó inadvertido y en vez de hacer como ni no se hubiera dado cuenta, acercándose a mí, susurró con voz alcoholizada:

— Me encanta comprobar que no era mentira cuando decías que te atraía— y señalando mi entrepierna, me soltó: —Se nota que te gusta lo que estás viendo.

Avergonzado y con mis mejillas teñidas de rojo, me quedé callado. Envalentonada por mi silencio, Guadalupe decidió incrementar mi turbación y sentándose sobre la cama, dejó caer los tirantes de su camisón.

— ¿Son bonitos mis pechos? — me dijo mientras ponía sus tetas a escasos centímetros de mi boca.

— Solo tienes que ver cómo me tienes —respondí sin querer exteriorizar lo mucho que me atraían.

Mi esquiva respuesta no le satisfizo y cogiendo sus gigantescas peras entre sus manos, insistió:

— ¿No te parece que son demasiado grandes?

El exhibicionismo de la mexicana me estaba poniendo malo y pesar que mis hormonas me azuzaban a hundir la cara en su hondo canalillo, decidí hacer caso a mi mente que me pedía prudencia. Por ello haciendo un esfuerzo contesté:

— Nunca son demasiado.

Guadalupe sonrió al escucharme y disfrutando de mi parálisis, se bajó del colchón y despojándose del picardías, se puso nuevamente a bailar. El movimiento de sus caderas me hipnotizó de inmediato y siguiendo con la cabeza el ritmo con el que sus senos rebotaban, comencé a babear soñando en echarles el guante. No contenta con ello, poniendo su pandero a la altura de mi cara, empezó a perrear.

El diminuto tanga maximizó el efecto de sus nalgas temblando a tan pocos centímetros de mí e involuntariamente lamí mis labios, muestra fehaciente de lo mucho que me estaba afectando ese bailecito. La cabrona se rio al observar mi gesto y sabiendo lo mucho que la deseaba, descaradamente siguió acosándome al preguntar:

— ¿Verdad que tengo un culito duro?

He de confesar que tuve que hacer un verdadero ejercicio de autocontrol para no saltar sobre ese portento que con tanta desfachatez me exhibía. Ante mi silencio, Guadalupe acrecentó su acoso al pedirme que comprobara su dureza. Como esclavo de la lujuria que para entonces ya me poseía, obedecí llevando mis manos hasta sus glúteos. Si ya de por sí me parecía que tenía un trasero impresionante al palpar con mis yemas su firmeza, no pude más que decir mientras seguía manoseándolo:

— ¡Tienes un culo increíble y quién diga lo contrario es un imbécil!

Guadalupe al sentir mis magreos gimió de placer y con su respiración entrecortada, se sentó sobre mis rodillas presionando con su pandero sobre mi verga. Entonces y con un tono burlón, me preguntó:

— ¿Entonces porque todavía no te lanzas?

Tras lo cual y perdiendo cualquier recato, la imponente morena comenzó a mover sus caderas con un suave vaivén dejando aprisionado mi pene entre sus nalgas.

— ¡Quédate quieta o no respondo! — protesté al sentir flaquear mis defensas por el roce de su sexo contra el mío.

— ¡Respóndeme maldito! — gritó sin dejar de moverse— ¡Necesito saber si te resulto atractiva!

Supe que mi resistencia duraría poco a al sentir la humedad de su vulva a través del pantalón de mi pijama y llevando mis manos hasta sus pechos, me apoderé de ellos mientras la replicaba chillando:

— ¡Ya te lo he dicho!

Ese grito fue una confesión, confesión que no fue escuchada por esa mujer. La cual, olvidando la prudencia, forzó mi calentura restregando sin pausa su coño contra mi miembro. La profundidad de su ataque no menguó un ápice cuando metí mis manos bajo el camisón para amasar sus pechos. Es más, al notar que cogía entre mis dedos sus areolas, rugió como una perra en celo:

— ¿No te das cuenta de que te necesito?

Esa pregunta en labios de una mujer que acababa de pedirme que no

intentara hacerle el amor resultaba chocante y más si pensáis que en ese instante, mi verga y su coño estaban a punto de explotar. Aun así, contesté:

— ¡Lo sé, pero no me dejas!

Acababa de responderla cuando ambos nos vimos sacudidos por el placer extrañamente sincronizados y sin dejar de moverse, Guadalupe se corrió mientras sentía entre sus piernas que mi pene empezaba a eyacular. He de reconocer que mi orgasmo fue brutal pero también que ella disfrutó tanto como yo.

Confieso que ya me veía poseyéndola, pero entonces levantándose de mis rodillas me preguntó si podría mantener mi promesa si se quedaba a dormir conmigo:

— Lo haré —respondí a regañadientes.

Satisfecha y haciendo como si nada hubiera ocurrido, me soltó:

— Perfecto, ¿de qué lado duermes?

Tuve que morderme un huevo para no decirle que era una vulgar calientapollas, porque no en vano se había comportado como una zorra y que habiendo obtenido el placer que había ido a buscar, ahora se hacía la estrecha. Afortunadamente cuando ya iba comentar lo que opinaba de ella, vi en su mirada que se sentía culpable y avergonzada por su actitud.

Me pareció entrever que se sentía fatal y que estaba a punto de llorar, por ello y en vez de cantarle las cuarenta, la hice un hueco en la cama a mi izquierda.

—Como quiero que me abracés, dormiré a tu derecha— dijo con una sonrisa.

Que supiera de qué lado solían ponerse mis parejas, significaba que me había espiado, pero no fue eso lo que me dejó desconcertado, sino que admitiera que deseaba que yo la tomara entre mis brazos. Sin saber qué me iba a deparar el futuro me acosté del lado acostumbrado y esperé a que la morena se uniera a mí.

Con paso firme, se acercó y mientras se tumbaba en la cama, me susurró al oído:

—Te doy permiso que me toques un poco pero solo eso.

La seguridad con la que me hablo me indignó y sobre reaccionando a sus palabras, apagué la luz y me dispuse a dormir sin siquiera tocarla. Ella al notar que me apartaba de ella, se pegó a mí y en silencio, me empezó a desabrochar el pijama:

— ¿Qué haces? — exclamé escandalizado de lo que esa bruja de cara

angelical estaba haciendo.

Descojonada, me contestó:

—Yo estoy casi desnuda, es lógico que tú estés igual.

Indignado y deseando darle una lección, me quité el pijama y ya en pelota picada, la miré diciendo:

—Ahora es tu turno, quítate las bragas.

Mi reacción no la intimidó y demostrando su carácter, la cabrona con los dedos deslizó su tanga y se lo sacó por los pies.

—¿Contento? —preguntó.

No contesté y tratando de serenarme, cerré los ojos y me puse a pensar en lo que había ocurrido ese día. Desgraciadamente me resultó imposible de concentrarme en otra cosa al sentir sus labios recorriendo mi pecho.

—¡No te pases! ¡No soy de piedra! — murmuré en voz baja al notar que mi pene empezaba a reaccionar.

La maldita al percatarse de mi involuntaria erección me miró y señalando mi entrepierna, se mordió los labios. No me costó reconocer en ese gesto que esa mujer estaba resuelta a hacérmelo pasar mal durante la noche, pero también y por primera vez, descubrí deseo.

—Me lo has prometido— rezongó de buen humor creyéndose a salvo.

Con enorme cabreo tuve que soportar el experimentar que, obviando mis quejas, incrementara sus caricias mientras ponía una de sus piernas sobre mí. Al hacerlo, me quedé cortado al comprobar que comenzaba a acariciar mi erección con su muslo.

«¡Será zorra!», sintiéndome engañado, pensé al saber que estaba preso de esa promesa. Por eso intenté separarla de mí, pero al ir a empujar, la muy puta aprovechó para llevar mis manos hasta su pecho mientras me decía:

—Tengo los pezones super sensibles.

Mis intentos por permanecer impávido quedaron en nada al sentir la suavidad de sus tetas y eso fue mi perdición. Guadalupe gimió de gusto al sentir que le daba un suave pellizco en una de sus rosadas areolas.

—Tócame— ordenó forzando mis caricias llevando mi otra mano a sus senos.

Como un zombi sin voluntad cumplí su mandato amasando delicadamente sus pechos. Esta al sentirlo, sus pezones se pusieron duros mientras su dueña pegaba su sexo contra el mío y lo empezaba a frotar contra mi erección.

—Llevo años soñando con esto— escuché – pero no sabía qué me iba a

resultar tan agradable.

Su susurro me recordó el motivo de la atracción que sentía por mí y aun asumiendo que gran parte era por el lavado de cerebro, nuevamente intenté rehuirla, pero pude evitar que ella llevara mis manos hasta su culo. Dando un salto al vacío, empecé a acariciar sus nalgas mientras la científica no dejaba de sollozar al restregar su clítoris contra mi pene.

— ¡Me encanta! —exclamó al sentir que su cueva se encharcaba.

Rozando mi sexo con el suyo, Guadalupe dejó sobre la mesilla cualquier recato y ya descaradamente buscó liberar la tensión que se iba incrementando en su entrepierna. La urgencia con la que ansiaba renovar su placer me volvió loco e intenté penetrarla, pero la morena con un breve movimiento de caderas evitó mi ataque aprisionando mi pene entre sus piernas.

—Solo tócame, nada más— sollozó descompuesta por el placer que la invadía.

Su actitud hipócrita, pidiéndome cordura mientras con su cuerpo buscaba exactamente lo contrario, consiguió enervarme y apretando sus pechos con mis manos, le susurré al oído:

—Córrete de una puta vez y así me dejas dormir.

Mis palabras fueron la gota que esa mujer necesitaba y restregando su coño con más fuerza contra mi verga, se corrió regando con su flujo mis piernas. La fuerza de su orgasmo fue tal que su cuerpo empezó a convulsionar mientras se mordía los labios intentando que no me diera cuenta del incendio que la consumía. Curiosamente, en mitad de su clímax, buscó mis labios diciendo:

— ¡Bésame! ¡Por favor!

Respondí con pasión a su beso y mientras mi lengua jugueteaba con la de ella en el interior de su boca, ella misma intentó ensartarse con mi pene, pero entonces retirándola dije sabiéndome al mando:

— ¡Hoy no toca! Si quieres que te haga mía, pídemelo mañana y ¡de rodillas!

— ¡Jamás! — respondió.

Hecha una furia, salió de la cama y se fue del cuarto...

## Capítulo 15



Contento por haber demostrado a Guadalupe que no era un juguete en sus manos, me costó dormir al tener que reconocer lo agradable que hubiera sido sentir a las caricias de esa mujer. Deseando que al despertar claudicara y se entregara a mí, me sumergí en brazos de Morfeo. Seguía siendo de noche cuando mi descanso se tornó aún más placentero al soñar que la morena recorría con sus dedos mi cuerpo.

Desperté al sentir que comenzaba a darme besos por el pecho mientras usaba sus manos despertar al durmiente que tenía entre las piernas.

—Te deseo, pero antes debes pedírmelo —comenté aún medio dormido creyendo que era ella, la que en ese momento se deslizaba por mi cuerpo.

—Yo también, mi amor —contestó una voz cargada de pasión que no reconocí como suya.

Abriendo los ojos descubrí que no era la mexicana sino Lucienne. Tardé unos segundos en reaccionar al comprobar que, completamente desnuda, sus besos se iban acercando a mi sexo.

— ¿Qué haces? — murmuré asustado.

La francesita miró satisfecha la erección que ya lucía mi verga y levantando su mirada, contestó:

—Venir por lo que es mío.

Recordando su fijación por mi semen, me la quedé mirando mientras ella profundizaba sus caricias. La lujuria que vi en sus ojos era tan inmensa que no pude ni quise detenerla. Aun así, reclamé mi sitio diciendo:

—Al menos se pide.

Al escuchar mi queja, paró un segundo y poniendo tono de puta, susurró en voz baja:

—Lo siento, pero es que no he podido ni dormir pensando en esto. ¿Me dejas hacerte una mamada?

Bien podía haberla rechazado, pero aceptando que lo deseaba casi tanto como ella, la dejé hacer. Dando por sentado mi permiso, Lucienne se deslizó por mi cuerpo en busca de mi pene y al encontrarlo, con una dulzura sin par, se apoderó de él usando sus labios.

—Me encanta, zorrita— musité en cuanto vi cómo besaba mi capullo.

Mis palabras fueron interpretadas cómo la confirmación verbal de mi deseo y sacando su lengua recorrió con ella toda mi verga dejándola completamente embadurnada con su saliva. Demostrando una pericia sin igual, con una mano la agarraba fuertemente mientras que con la otra me acariciaba con ternura los testículos. Ese triple tratamiento, consiguió su

objetivo que no era otro que excitarme.

—Necesito que me des de beber— dijo satisfecha al ver que había alcanzado su tamaño máximo. Y convirtiendo sus deseos en hechos, empezó a lamerlo de arriba abajo sin dejar de masturbarme.

Por mi parte en ese momento albergaba dos sentimientos contrapuestos. Si bien estaba totalmente excitado con la idea de poseer a esa diminuta pero preciosa mujer, por otro estaba destrozado al no saber que parte de la atracción que ella sentía por mí era propia y cual impuesta. Quizás por ello, la pregunté si estaba segura de lo que estaba haciendo.

—Yo sí y ¿tú? —contestó con una sonrisa mientras me daba otro lametón — Sé que te amo.

Tardé en contestar porque, aunque tenía claros mi fascinación por ella, no podía llamar a eso amor. No fue hasta que sentí que un par de lágrimas pugnaban por derramarse por sus mejillas cuando respondí:

—También.

Esa escueta respuesta fue suficiente para la francesa. Pegando un grito de alegría, separó sus labios y comenzó a meterse alternativamente cada uno de mis huevos sin dejar de masturbarme. Para entonces mi excitación era brutal. Deseaba que culminara su felación con mi pene hasta el fondo de su garganta, pero incapaz de exteriorizar mi deseo, me quedé callado mientras esa muchacha seguía zarandeando con ansia mi miembro entre sus manos.

— ¿Podría terminar con la boca? — insistió con lujuria en sus ojos.

No esperó mi respuesta para metérsela hasta la garganta. Deseando eternizar el momento, el ritmo que imprimió a su mamada fue lento pero constante. Es más, cuando veía que estaba muy excitado, paraba durante unos instantes para acto seguido reiniciar sus maniobras con mayor ardor.

— ¡Cométela! — exclamé mientras presionaba su cabeza contra mi pene con mis manos.

Para Lucienne que encajara toda mi extensión hasta el fondo de su garganta fue el banderazo de salida para que, con una alegría desbordante, empezara a sacar y a meter mi verga de su interior. La precisión que demostró al hacerlo, así como el calor y humedad de su boca, me hicieron temer que no tardaría en correrme.

«¡Joder con la niña!», pensé haciendo acopio de toda mi fuerza de voluntad para no derramar mi simiente antes de tiempo.

Cada vez más segura de lo que estaba haciendo, la francesita aceleró la velocidad de su mamada y llevando una de sus manos a su sexo, se empezó a

masturbar mientras me preguntaba excitada si con eso la consideraba ya mi mujer.

—Sí—confirmé con la respiración agitada a su pregunta.

Mi respuesta la azuzó su calentura y sin dejar de acariciar su clítoris con los ojos inyectados de deseo, me soltó:

—A partir de hoy seré tuya cuando, donde y cuantas veces quieras, pero ahora necesito que me hagas el amor.

Acto seguido, izando su cuerpo, puso mi polla entre los pliegues de su sexo y dejándose caer, se empaló lentamente. La nueva postura me permitió observarle de cara y descubrir que sus pequeños pechos me resultaban cautivantes. Sin pensar en lo que estaba haciendo, con mi lengua empecé a recorrer esos pezones desproporcionados para el tamaño de sus tetas.

—Siempre supe que te volverían loco y que los usarías de chupetes —gimió al sentir mi boca apoderándose de ellos y terminando de llenar su conducto con mi pene, clavó sus uñas en mi pecho: — ¡ámame!

Lucienne aceleró el ritmo de sus caderas como si mi pene fuera una silla de montar y ella, un jinete. Sin necesidad de moverme y olvidando todo excepto a la francesa, disfruté de su vagina húmeda mientras mordisqueaba sus areolas. Los gemidos de la muchacha se acuciaron mientras aceleraba el compás con el que acuchillaba su interior con mi verga y ya cuando sus movimientos se habían convertido en algo vertiginoso, escuché su grito:

— ¡Me corro!

La presión que sus músculos ejercieron en mi miembro y los jadeos que salían de su garganta fueron un estímulo excesivo y sabiendo de su predilección por mi simiente, le avisé que estaba a punto. Al conocer que iba a derramar mi semen, Lucienne saltó de la cama y sacando mi instrumento de su interior, como si para ella fuera vital el recibir mis descargas en su garganta, se lo llevó a los labios mientras con sus manos me ordeñaba.

Mi placer no tardó en llegar y cuando lo hizo, impresionado, observé su cara de satisfacción al sentir la primera descarga sobre su paladar. Solo he de decir que pegó un grito relamiéndose, para acto seguido disfrutar de cada explosión y de cada gota que salió de mi miembro hasta que consiguió ordeñar por entero mis huevos. Una vez comprobó que no salía más, Lucienne usó su lengua para asear mi extensión a base de largos y sensuales lametazos.

Su insistencia, además de dejar mi polla inmaculada, provocó que se me volviera a poner dura como una piedra. La pequeña francesa estaba mirando

embelesada mi erección cuando desde la puerta escuchó a Trisha decir:

—Cariño, ni se te ocurra pensar en repetir. ¡Tenemos que llevar a María a la playa!

Al girarme, descubrí en su mirada que debía llevar observándonos bastante tiempo. Muerto de risa, le di la razón y me levanté a desayunar, dejando a la muchacha con las ganas de darse otro banquete con mi esencia.

Ya en el restaurant, pude comprobar que a Guadalupe no se le había pasado el cabreo, el cual lo había hecho extensivo a todos y especialmente a Lucienne.

«Se considera traicionada», sentenció al observar que ni siquiera se había dignado a contestar a la francesa cuando esta le preguntó si había conseguido descansar.

Prometo que me preocupó que se considerara marginada y por ello quise entablar una conversación con ella. Cuando comenté lo guapa que la veía esa mañana, lo único que conseguí fue recibir una mirada de odio y por ello me abstuve de intentar otro acercamiento.

«Será mejor esperar a que se le pase», decidí olvidándome de ella.

En franco contraste mi hija estaba tan ilusionada con la idea de ir a la playa, que no paró de insistir en que nos fuéramos ya.

—Primero, te tengo que poner de bronceador— Julie la contestó.

La nena protestó airadamente porque eso suponía un nuevo retraso, pero la rubia evitó que huyera y tomándola entre sus brazos, la llenó de crema mientras hacía oídos sordos a sus quejas.

Como no podía ser de otra forma, me enterneció el modo tan dulce con el que la americana se impuso a María porque no en vano era la primera vez que la veía en su papel de madre. Tratando de apoyarla y que la niña dejara de protestar, comenté que luego era mi turno:

—Con lo blanco que soy, sino me echo, me voy a quemar.

Guadalupe certificó que su cabreo era con todos replicando a mis palabras:

—Después del despertar que has tenido, debería darte vergüenza pedir que esa zorra te acaricie y para colmo, enfrente de mi hija.

Julie, demostrando que a mala leche nadie la ganaba, la contestó:

—Lo que te pasa es que has desayunado “chile” pero no el que deseabas.

No me pasó inadvertido el doble sentido de su respuesta y menos a Guadalupe, que como mexicana entendió que perfectamente el albur. Indignada se abalanzó sobre la americana y si no llego a estar ahí, hubiesen

llegado a las manos.

—Joder, Guadalupe. ¡Tranquilízate! —dije reteniéndola a la fuerza.

—Y si no quiero, ¿me vas a pegar? — preguntó fuera de sí.

Estuve a un tris de soltarle un guantazo, pero la presencia de María me lo impidió y en vez de ello, opté por algo todavía más humillante, acercándola a mí, la besé. Al sentir mi lengua forzando sus labios intentó patearme, pero en vez de parar su violencia incrementó mis ganas de darle una lección y llevando mis manos hasta su culo, comencé a magrearla mientras ella intentaba zafarse.

Mi hija vio en ello un juego y riendo le pidió a su madre que se diera prisa porque quería irse a la playa. Al escuchar su voz dejó de debatirse, lo cual aproveché para acercar mi boca hasta su oído y darle un suave mordisco en el lóbulo mientras le decía:

—Tienes suerte que María nos esté viendo, la próxima vez que intentes pegarme, te aseguro que nada evitará que te viole. ¿Lo has entendido?

Mi amenaza no solo cumplió su objetivo, sino que provocó que los pezones de esa morena se erizaran bajo su blusa. Si ya de por sí eso me resultó raro, más lo fue comprobar que, contra toda lógica, su dueña sonreía y me decía:

—Para qué no me rechaces como anoche, ¿he de darte una buena hostia?

El cambio mostrado me dejó perplejo y no fui capaz de replicar nada cuando olvidando que estábamos discutiendo, esa loca se dio la vuelta y meneando su trasero, se fue riendo.

Julie esperó a que la mexicana desapareciera para comentar:

—Amo, esa putita se merece un buen azote.

—Lo sé —respondí sintiéndome burlado...

## Capítulo 16

De la mano de María, bajé por la empinada vereda que daba acceso a la cala. Tan preocupado estaba con la situación que ni siquiera advertí que el cerrado palmeral servía de barrera natural al lugar y que eso hacía que esa playa fuera un paraje virgen, un pedazo de edén tropical apenas expuesto a la intervención humana.

Reconozco que me alegró comprobar que tal y como habíamos anticipado no había un alma a la vista. Mi hija nada más pisar la arena salió corriendo y por eso Trisha tuvo que salir tras ella mientras el resto extendíamos nuestras toallas cerca de unas rocas.

Estaba todavía quitándome las chanclas cuando de pronto observé que Guadalupe se despojaba del blusón:

«¡Dios mío! ¡Cómo está!», exclamé mentalmente al contemplar el escueto bikini que portaba y es que lejos de ocultar la exuberancia de su cuerpo, esa tela estratégicamente colocada la realzaba.

Aunque ya sabía que la mexicana era la dueña de un buen par de pechos, me seguían maravillando cada vez que tenía la oportunidad de disfrutar de ellos tan claramente como en ese instante y es que además de lo exiguo de tela, esta era de encaje y esa barrera era tan tenue que se podía distinguir a la primera el color negro y el tamaño de sus pezones.

«¡No puede ser que le gusté sentirse observada!», pensé babeando al percatarme que producto de la caricia de mi mirada esos dos botones se contraían excitados.

— ¿No te da vergüenza la forma en la que me estás mirando? — me preguntó y haciéndose la ofendida se dio la vuelta.

—Para nada —respondí mientras descaradamente seguía deleitándome con el resto de su cuerpo y es que, si su delantera era de infarto, su trasero no se quedaba atrás— tienes un cuerpo cojonudo digno de ser mirado.

Curiosamente mi piropo fue bienvenido y con evidente coquetería, la morena se puso a lucir con descaro el modelito que llevaba sin importarle ya mis babas al descubrir el minúsculo tanga que llevaba puesto desvelaba a su pesar que Guadalupe se había depilado las ingles al completo.

Seguía totalmente embelesado en ella y en la perfección de esas duras nalgas, cuando escuché que la americana me decía:

—Amo, ¿me permite darle una lección?

—Por supuesto —respondí manteniéndome al margen.

Todo mi ser me rogaba dar el paso, recorrer los dos metros que me separaban de esa morena y tomarla al asalto. En vez de ello tuve que contener mis ganas y esperar a ver que es lo que la rubia había planeado.

Siguiendo con una hoja de ruta preestablecida, Julie se despojó del vestido que llevaba puesto, obligándome a reconocer que tenía un cuerpo al menos tan apetecible como el de la mexicana y que estaba de buenísima.

«¡Me encantan sus melones!», valoré al revisar de reojo el tamaño de sus pechos.

Por muy conocidos que me fueran, eran tan enormes que al verla que se empezaba a echar crema, nada pude hacer e involuntariamente mi miembro se endureció solo con pensar en que eran míos.

Esas ubres tampoco pasaron desapercibidas a Guadalupe que, sintiéndose acomplejada por su tamaño, se le ocurrió aprovechar la condición de sumisa de la americana y con tono duro pidió que le untara bronceador.

—Espera que le eche antes a Alberto— respondió ésta.

—Te lo he pedido yo antes— le exigió— ¡no quiero quemarme! ¡Putá!

Reconozco que no me esperaba ese desplante y menos que tumbándose boca abajo sobre la toalla, se quitara la parte de arriba del bikini. A Julie le debió ocurrir algo parecido por lo que tuvo que ser también la propia Guadalupe, la que la sacara de la parálisis en la que me había instalado al decir:

— ¿Qué esperas para obedecer?

Guiñándome un ojo, se echó un buen chorro en la mano y tanteando el terreno, comenzó a esparcirla por los hombros de la mexicana. Los planes de Julie me tenían desconcertado porque no entendía cómo, complaciendo a esa caprichosa, iba a castigarla.

—Sigue, no te he dicho que pares— susurró al sentir que disminuía el suave masaje que los dedos de mi sumisa estaban dando a los músculos de su cuello— quiero que tu amado amo vea lo que se ha perdido.

Obviando sus malos modos, Julie dejó sus hombros y cogiendo el bote, directamente echó bronceador por la espalda formando un camino con la crema. Para entonces, seguía sin entender que era lo que se proponía y no sabiendo a qué atenerme, me quedé observando cómo la rubia seguía untando ese viscoso líquido por su espalda y no fue hasta que Guadalupe suspiró cuando empecé a sospechar lo que la rubia se proponía.

Por ello no me extrañó que habiendo embadurnado con suficiente crema su espalda, mi sumisa decidiera que fuera Lupe la que diera el siguiente paso

y se separara de ella. Esta al notarlo protestó diciendo:

—Me falta el trasero, ¿no pretenderás que se me queme?

Supe que era lo que mi sumisa esperaba al verla volver sonriendo a su lado y más aún cuando antes de empezar nuevamente a esparcirla, se me quedó mirando y señalando el culo que tenía que proteger, se lamió los labios.

Comprendí que me iba a resultar imposible no ponerme bruto si seguía observando al ver que la rubia se ponía a echar crema a esos dos preciosos cachetes y el modo en que comenzaba a embadurnarlos usando únicamente las yemas, sin apoyar la palma no fuera a ser que se sintiera molesta. Pero entonces en plan duro, Lupe la exigió que usara toda la mano para que no le quedara marca.

«¿De qué va esta tía?», me pregunté al ver que estaba haciendo a Julie pasar un mal rato a propósito, cuando en realidad su cabreo era conmigo.

Obedeciendo sin permitir que esa morena supiera que era exactamente lo que andaba buscando, se puso a untar su trasero sin cortarse, esperando que fuera ella quien se turbara al notar la friega descontrolada a la que estaba sometiendo sus nalgas.

—Ni se te ocurra ensuciarme el bikini— protestó al notar que lo cerca que estaba de mancharla.

Lo que nunca se esperó Lupe fue que para cumplir su deseo a Julie solo se le ocurriera quitárselo.

— ¿Qué coño haces? — le espetó al sentir que se lo estaba quitando.

—Me has pedido que no te lo manche y eso es lo que hago —contestó mientras terminaba de retirar la braguita de su bikini.

Lupe me miró y al ver que no perdía ojo de lo que ocurría, se sintió contenta y excitada. Supe antes que ella que llevaba las de perder al comprobar que no contenta con ello, Julie se ponía a embadurnar con crema los bordes del ojete de la morena y que al protestar esta, con una dulzura empalagosa, le contestó:

—Si quieres paro.

—No quiero quemarme— fue su respuesta mientras cerraba los ojos, sabiendo que yo la estaba observando.

Eso fue su perdición porque al escucharla, mi sumisa derramando suficiente crema por la raja de su culo se puso ya sin reparos a disfrutar de ese trasero. Magreando con descaro sus nalgas, las abrió y llamándome a su lado, me dejó contemplar por vez primera el immaculado ojete de la mujer.



«Nunca se lo han roto», pensé ya excitado y retirándome a mi toalla seguí observando.

Ambas cruzaron su Rubicón particular cuando María me pidió a que jugara con ella y es que aprovechando que Lupe estaba indefensa teniendo a su hija tan cerca, hundió una de sus yemas en el sobre estimulado ojete de la morena.

El gemido de placer que surgió de su garganta confirmó a Julie que la tenía en sus manos y por eso no solo no se lo sacó, sino que usó la otra mano para tomar posesión de su clítoris.

—Por favor —murmuró roja como un tomate al notar que la estaba masturbando.

—Tranquila, sé lo que necesitas— le susurró mientras incrementaba la velocidad y la profundidad de sus caricias.

—No sigas. No quiero correrme frente a la niña— aulló en voz baja, totalmente cachonda por el doble estímulo al que la estaba sometiendo.

Sabiendo que no tardaría en correrse, la rubia me rogó que me llevara a María de ahí y conociendo sus intenciones, cogí a la cría y la llevé hasta la orilla. Julie nada más comprobar que me alejaba, llamó a Lucienne para que la ayudara.

La francesa comprendió al instante que era lo que quería de ella y de reojo pude admirar cómo hundía la cara entre los muslos de la indefensa mexicana. El aullido y los movimientos de sus caderas fueron la demostración que habían castigado su insolencia regalándola un placer que no había pedido y que incluso habría rechazado, si le hubiesen preguntado.

«Pena no me da ninguna», sentenció mientras me metía con nuestra hija en el mar...

## Capítulo 17

Mas de una hora me pasé tomando olas con mi hija sin querer recordar que tarde o temprano tendría que hablar con Guadalupe. Sabía que era la última pieza que le faltaba al diseño de mi difunto padre y aunque ya había decidido olvidar quién nos había unido, no por ello dejaba de joderme.

Por ello, ya de vuelta a las toallas, sonreí amargamente al notar la mirada de la morena taladrándome. Sin nada que perder, me acerqué a ella y sorprendiéndola con sus defensas bajadas, le di un beso en la mejilla mientras distraídamente mi mano acariciaba su trasero.

—Eres preciosa —comenté antes de tumbarme sobre la arena.

La morena, completamente anonadada, no dejó de buscarme con la mirada. Sus ojos seguían cada uno de mis movimientos como si estuviera hipnotizada. Parecía como si estuviese esperando que la llamara y así tener una excusa para lanzarse a mis brazos. Como sabía que de hacerlo la consecuencia lógica sería terminar entre sus piernas, me aguanté las ganas y traté de concentrarme en olvidar su presencia.

No lo conseguí y no porque no quisiera, sino porque al darse cuenta de que evitaba hacerle caso, cogió a la cría y se puso a jugar a mi lado. En un principio me extrañó que habiendo tanta playa lo hiciera tan cerca de mi toalla. Entendí la razón cuando aprovechando que la nena estaba distraída haciendo una muralla, recorrió con una leve caricia mi pecho.

No me hizo falta abrir mis ojos para saber que eran sus dedos los que estaban acariciando disimuladamente mi piel. La propia mexicana se ocupó que no tuviese duda de su autoría al susurrar con voz dulce en mi oído:

—Me gustaría que me perdonaras.

Reteniendo mi primer impulso que no era otro que desnudarla y tirármela ahí mismo, respondí:

—No estoy enfadado contigo ni tengo nada que perdonar a una mujer tan bella como tú.

Sus pezones involuntariamente se erizaron al escuchar mi piropo, pero antes de poder disfrutar de mi triunfo, su dueña totalmente ruborizada huyó hacia la orilla. Disfrutando del modo en que meneaba el trasero al correr, le solté muerto de risa mientras me recreaba en sus curvas:

— ¡Me encanta tu culo y más que lo muevas para mí!

Al notar que mi miembro me pedía perseguirla, no supe cuánto tiempo iba a poder aguantar sin saltarle encima y todavía estaba tratando de

calmarme, cuando escuché a Julie decir:

—Quieres hacer el favor de ir con ella, ¿no te das cuenta de que te necesita?

Dudé un segundo y comprendiendo que deseaba hacer caso a su consejo, salí corriendo tras la mexicana imaginando que en vez del tanga era mi pene en vez el que se acomodaba entre sus nalgas.

Si de por sí esa mujer era mi fijación, al correr el vaivén de sus pechos la convirtió en una tentación imposible de resistir y nada pude hacer para evitar que, al irme acercando a ella, bajo mi traje de baño, luciera una tremenda erección.

El bulto no le pasó inadvertido y riendo salió rumbo a la siguiente cala. No sé si lo sabía, pero lo cierto es que no había nadie en ese impresionante arenal y olvidando momentáneamente a la mexicana, me puse a admirar el paisaje.

— ¿Vienes? — preguntó desde la orilla con un tono tal que no me pude negar.

Al mirarme, me di cuenta de esa morena se había quedado mirando mi entrepierna. Por un momento me quedé pensando el qué hacer, pero recordando su gusto por exhibirse ante mí, le solté que quería que me mostrara sus tetas.

Avergonzada pero excitada por igual, llevó sus manos a la espalda y se desabrochó el bikini. Llegando a su lado, coloqué una mano sobre su pecho y al ver que no se quejaba, me dejé llevar por la situación y pellizqué su negro pezón.

—Malo— susurró mientras el objeto de mis caricias se encogía y se ponía duro.

Supe que no estaba molesta cuando aprovechó esa circunstancia para darme un suave beso en sus labios. Al sentir su caricia, abrí mi boca dejando que su lengua jugara con la mía y de esa manera tan sensual, rompimos el hielo y Lupe por fin se mostró dispuesta a entregarse a mí sin pedir nada a cambio y más cuando comenzó a rozarse contra mí de un modo tan sensual que mi pene que se había mantenido medio erecto, se elevó a su máxima extensión.

No contenta con esas suaves caricias, la mexicana me llevó mar adentro y sin darme opción a negarme, nos alejamos de la orilla. Acojonado por la lujuria que leí en sus ojos, no pude evitar que pegándose se colocara entre mis piernas.

—Hazme tuya —murmuró y sin esperar nada más, comenzó a darme besos en el cuello mientras presionaba sus pechos contra el mío.

Dejé que disfrutara rozándose contra mí hasta que más cachondo de lo que debería haber estado, me agaché y metiendo uno de sus pezones en mi boca, me dediqué a mordisquearlo con insistencia. El gemido de placer que dio me permitió empezar a mamar de su seno como si de su hijo me tratara.

— ¡Te deseo! — susurró al sentir mis dientes apoderándose de su oscuro pezón.

Envalentonado por su entrega, bajé mi mano hasta su entrepierna y separando los pliegues de su sexo, me concentré en su clítoris. Como el resto de su cuerpo, su botón estaba preparado para ser mío y cogiéndolo entre mis dedos lo acaricié, mientras miraba como su dueña se derretía ante mi ataque.

— ¡Dios! — aulló de placer.

Su respiración entrecortada se hizo más patente cuando ahondando en mis maniobras, aceleré la velocidad de los movimientos de mi mano. Temblando como un flan, la morena me rogó que la usara diciendo:

—Fóllame.

Su petición no cayó en saco roto y obligándola a quedarse quieta, le di la vuelta. Fue entonces cuando colocándome tras ella, le metí un par de dedos en su coño mientras con la otra mano, masajeaba una de sus ubres.

—Eres una zorra calentorra— dije mientras le mordía en el cuello.

Lupe, al no estar acostumbrada a recibir insultos y menos mordiscos, se mantuvo sin moverse como temiendo haberse equivocado al ofrecérseme. Su pasividad me dio alas y colocando mi glande en su coño, empecé a jugar con meterlo.

—Tócate, putita mía— le ordené.

Al notar que se me quedaba mirando sin saber qué hacer, llevé una de sus manos hasta su clítoris y dejándola allí, insistí:

—Mastúrbate para mí.

Azuzada por mis palabras, se comenzó a masturbar y dominada por un deseo hasta entonces desconocido para ella, al sentir que mi pene tomaba posesión de su interior, se corrió pegando un chillido.

—Soy tuya.

Al comprobar que esa morena había llegado al orgasmo sin haber empezado todavía a moverme, supe que acababa de ganar una batalla, pero tenía que vencer la guerra, la penetré con la intención de profundizar en su deseo.

Tal como supuse, su coño me acogió en su plenitud y aprovechando que ya se había convertido en un pequeño manantial, comencé a moverme mientras Lupe no paraba de gemir como una loca. Su segundo orgasmo cuajó de improviso y gritando su placer, me rogó:

— ¡Quiero sentir tu semen en mí!

Sin hacerla caso, ralenticé mis penetraciones para disfrutar de su entrega. La mujer sollozó al sentir el cambio de ritmo y sacando fuerzas imprimió a sus caderas un ligero ritmo mientras me pedía que acelerara. Poco a poco la cadencia de nuestros movimientos fue alcanzando una velocidad de crucero, momento en que decidí que forzar su entrega y entonces convertí mis penetraciones en fieras cuchilladas.

Ella chilló descompuesta al experimentar mi ataque.

— ¡Me estás matando! — berreó como cierva en celo.

Guadalupe supo que no había marcha atrás cuando sin dejar de tomarla, mis dedos se apoderaron de su clítoris y recreándome con una caricia circular sobre ese botón, le pedí que se moviera.

Totalmente indefensa, sufrió en silencio la tortura de su botón mientras sentía el modo en que mi pene se apoderaba una y otra vez de su interior. Al comprobar que mis toqueteos la estaban llevando a un nivel de lujuria que quería, no paré hasta que mis oídos escucharon su brutal orgasmo.

— ¡Te necesito! — exclamó con su respiración todavía entrecortada por el placer.

Su calentura era tal que a voz en grito me repitió que necesitaba ser usada. Su confianza extinguió todas mis dudas y forzando mis movimientos al máximo, decidí recrearme en esa mujer. Mientras ella no paraba de berrear, usé y de su sexo con largas y profundas cuchilladas. La mexicana, poseída por la pasión, me imploró que la inseminara.

— Me corro — escuché que decía mientras usaba sus pechos como apoyo para incrementar el ritmo de mi follada.

Gimiendo, Lupe insistió que siguiera porque todavía no estaba satisfecha. Deseando complacerla, comprendí que podía dejar atrás todas mis precauciones y usarla de un modo más salvaje. Por eso descargando un mandoble sobre una de sus nalgas, le grité que se moviera y me demostrara que era una hembra a la que valía la pena dominar.

Al oírme reclamándola su poca pasión, aceleró el movimiento de sus caderas mientras no dejaba de gemir con cada penetración. La violencia de mi asalto la hizo capitular y mientras se derretía de tanto placer, me rogo que

la dejara descansar.

— ¿Primero me provocas y ahora me pides que pare? ¡No pienso hacerlo hasta dejarte preñada!

Azuzada por mi orden y deseando quizás que cumpliera esa promesa, la morenaza se dejó caer sobre la arena.

—Soy todo tuya.

La excitación que llevaba acumulando durante el día provocó que no pudiese aguantar más sin descargar mi simiente y por ello cogiéndola de los hombros, profundicé mi ataque por ello no tardé en correrme, esparciendo mi semilla en su interior mientras Lupe convertía su culo en una ordeñadora y moviéndolo con desenfreno buscó sacar hasta la última gota depositada en mis testículos.

Satisfecho, la besé.

— ¿Qué va a decir cuando sepa Lucienne que me he entregado a ti?

—No lo sé —respondí— pero no tardaremos en saberlo porque ahí viene.

En un principio, pensó que le estaba tomando el pelo, pero al mirar a la orilla comprobó que la francesa venía hacia nosotros.

— ¿Qué hacemos? — preguntó abochornada, no en vano le había reprochado el haberse lanzado entre mis brazos.

No le hizo falta buscar una excusa porque al llegar esa monada nos abrazó y mientras buscaba nuestros besos, me soltó con tono alegre:

—Durante estos últimos días, has jugado con todas menos con nosotras y por eso me preguntó si puedes reservar esta noche solo Lupe y para mí.

Soltando una carcajada, las tomé del brazo y mientras volvía con ellas hacia las toallas, pensé en la suerte que había tenido al aceptar esa herencia envenenada...

fin